

The image features a dark, textured background adorned with numerous pink cherry blossoms and buds. The blossoms are in various stages of opening, with some fully bloomed and others as tight buds. The petals are a soft pink color, and the centers show prominent stamens. The buds are a deeper red-pink. The overall composition is artistic and evocative, typical of a book cover or a decorative poster.

MARIELA PAPPAS

Cuando florezca el
Cerezo

CUANDO FLOREZCA EL CEREZO

MARIELA PAPPAS

Copyright Mariela Pappas© 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio que sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares de Copyright.

La infracción de los derechos mencionados es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO.](#)
[CAPÍTULO DOS.](#)
[CAPÍTULO TRES.](#)
[CAPÍTULO CUATRO.](#)
[CAPÍTULO CINCO.](#)
[CAPÍTULO SEIS.](#)
[CAPÍTULO SIETE.](#)
[CAPÍTULO OCHO.](#)
[CAPÍTULO NUEVE.](#)
[CAPÍTULO DIEZ.](#)
[CAPÍTULO ONCE.](#)
[CAPÍTULO DOCE.](#)
[CAPITULO TRECE.](#)
[CAPITULO CATORCE.](#)
[CAPÍTULO QUINCE.](#)
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)

«Nada puede salvarte sino escribir. La escritura evita que las paredes se derrumben».

Charles Bukowski.

CAPÍTULO UNO.

10 de marzo, 7:22.

Para Kenji Iwamoto no había nada más deprimente que la luz de la mañana filtrándose por los paneles traslúcidos del techo y bañando su sala de estar. El sol era todavía más irritante después de otra noche sin dormir.

Cuando me paguen las regalías del próximo libro voy a comprar unas cortinas negras aislantes, pensó en la cocina, mientras la cafetera emitía una suave vibración y derramaba la mezcla de granos tailandeses con chocolate dentro de la taza que rezaba: «*Soy escritor. Odio a la gente.*» Cuando el café estuvo listo, le dio un sorbo. Estaba asqueroso, así que lo derramó en el lavado y puso una segunda cápsula en la cafetera. El kilo de Marfil negro tailandés valía más de quinientos dólares, pero la vida era demasiado corta para beber café malo. La segunda taza salió mejor, comprobó con una sonrisita satisfecha. Ahora sí: las tostadas estaban doradas y crujientes, la mantequilla derretida a la temperatura perfecta, y el café listo. Cargó su desayuno hasta la sala de estar y se dejó caer en el sofá tapizado en terciopelo verde inglés. Alzó la vista hacia una de las tantas bibliotecas que amuraban toda su residencia. Los estantes llegaban hasta un metro debajo del cielorraso. Sintió deseos de leer algo de Edgar Allan Poe, pero con pereza recordó que la letra P estaba en el quinto nivel, y no tenía ganas de ir a buscar la escalera.

Estaba a punto de darle la primera mordida a su tostada cuando la chicharra de la puerta lo sobresaltó. Una ola de pánico subió fría por su columna vertebral, y las manos le temblaron tanto que dejó caer el pan. ¿Quién lo visitaba? A Kenji Iwamoto nadie lo visitaba. Nunca. Intentó ignorar el timbre, pero la chicharra parecía penetrarle el cráneo. Soltando un gruñido de rabia, caminó hasta el panel de la pared y respondió.

—¿Quién jode a esta hora?

—Correo —dijo una voz del otro lado—. Tengo un paquete para el señor Iwamoto.

—Déjelo en la entrada.

—N-no puedo. Tiene que firmar.

Se le escapó otra exhalación furibunda.

—Envíeme el archivo y lo firmo —dijo a la vez que manoteaba la mesita de café en búsqueda de su móvil. Cuando lo encendió, vio dos llamadas perdidas de su terapeuta y un mensaje de texto de su agente.

—Lo siento, señor —insistió el cartero—. Es un pedido especial. No puedo dejarlo aquí.

Tiene que firmar el acuse de recibo.

—¡Mierda! —Rechinó los dientes y colgó el tubo con tanta fuerza que el panel casi se quiebra.

Tomó un respiro hondo; eso era lo que el psiquiatra le había enseñado, ¿no? Tomar aire en cuatro tiempos, retenerlo en siete y exhalarlo en ocho, para que la ansiedad no se le subiera la cabeza. Pero algo le decía que era muy tarde: su corazón palpitaba tan fuerte que creyó iba a reventarle, y sus palmas ya estaban cubiertas de sudor frío.

Vamos, vamos, ¿qué tan difícil puede ser?, se dijo a sí mismo, y se encaminó hacia la puerta de entrada. Solo tenía que atravesar el jardín, llegar hasta el muro que rodeaba su casa y abrir el portón. De tan solo pensarlo sus palpitaciones aumentaron. Abrió la puerta, y ver el cielo abierto le hizo temblar las piernas. Volvió adentro para buscar sus gafas de sol, y sin pensarlo arremetió hacia afuera. Con cada paso sentía que el aire se le agotaba, sin embargo, atravesó el jardín plagado de enebros chinos, crisantemos y caléndulas. A mitad de camino sintió un mareo y se aferró a una de las sillas de madera frente al estanque.

—Debí haberme puesto protector solar —se quejó entre jadeos—, ahora me va a dar cáncer de piel.

Miró hacia adelante y pensó que era más probable que tuviera un infarto antes de llegar al muro. Pero logró llegar, y se tomó un largo momento para normalizar su respiración antes de abrir el portón, apenas los centímetros necesarios para exponer la mitad de su rostro.

—¿Señor Iwamoto? —El cartero no lucía mayor de veinte años. Le extendió el formulario para que firme. Así lo hizo, y después se vio obligado a abrir el portón de par en par para que el muchacho entrara la carretilla que cargaba la jaula.

Una vez que el cartero se hubiera ido y el portón estuviera cerrado, cobijando su casa del mundo exterior, las piernas de Kenji ya no lograron sostenerlo. Se dejó caer sobre la hierba, vomitó un poco, y luego se tumbó para respirar. Al cabo de una treintena de exhalaciones, el pánico se disipó de su organismo, y el pájaro de casi metro y medio de altura lo observaba con ojos curiosos desde detrás de los barrotes de su jaula.

10 de marzo, 9:34.

Una ducha, dos ansiolíticos y cinco vasos de sake más tarde, Kenji estaba más tranquilo. Sentado en el largo escritorio de roble de su estudio, en el segundo piso, compraba alimento para aves por Internet cuando llegó una videollamada emergente. Respondió.

—Hola, hola, ¿cómo está mi escritor favorito? —Hokama-san lo saludó desde la pantalla de su laptop—. Te has levantado temprano.

—No dormí.

—Oh, ¿sigues con pesadillas?

—Hokama-san, ¿eres mi agente o mi psiquiatra? —refunfuñó Kenji, y se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz—. Porque ya tengo uno y no necesito dos.

—Solo me preocupo por ti, eso es todo.

Te preocupas por las ventas, pensó Kenji, pero no dijo nada. Miró al hombre regordete del otro lado de su pantalla, con ese corte de cabello que hacía que su cabeza luciera como una calabaza maltrecha.

—Oye. —Hokama-san alzó una copia de su última novela frente a la cámara—. “Las criptas del infierno son mi hogar” se está vendiendo muy bien. En la primera semana ya superó a “Decapitación para la noche de bodas” y “La revolución zombi no será televisada”. Voy a preguntarte lo mismo de siempre: ¿considerarías hacer una firma de ejemplares? No tiene que ser una librería muy grande. Incluso podría ser fuera de Tokio...

—Sabes que no. Yo no salgo.

—Bueno, ¿y que tal una entrevista? La editorial esta presionando mucho con eso.

—Claro. Pueden enviarme las preguntas por correo electrónico y yo las respondo.

—Me refiero a una entrevista cara a cara. —insistió Hokama—. ¿Por qué te niegas? No eres un chico feo, tal vez deberías hacer algo con tu cabello.

—Soy escritor, no modelo.

—Yukio Mishima se sacaba fotos desnudo.

—Yukio Mishima estaba loco.

—Tú no estás muy cuerdo que digamos. ¡Kenji, eres el escritor de terror más popular de Japón: tienes miles y miles de fans! Ellos quieren ver más de ti que tu foto en la contraportada.

—Creo que un aura de misterio es buena para un escritor de terror.

Hokama-san suspiró frustrado. No era la primera vez que tenían aquella discusión.

—Bueno —dijo Kenji mientras buscaba el icono para terminar la llamada—, si eso es todo...

—¡Espera! —gritó Hokama-san—. Ni siquiera me has dejado explicarte el motivo de mi llamada. —Tomó un respiro—. La editorial tiene una propuesta para ti. Quieren publicar tu próxima novela.

—Perfecto. Ya me pondré a escribirla, en un mes la tienes. —Puso la mano en la tapa de la laptop, dispuesto a cerrarla—. Adiós.

Hokama-san volvió a gritar.

—Escúchame, Kenji-kun. —El hombre parecía haber perdido toda paciencia y ya tenía la frente brillante por el sudor—. Quieren publicar tu próxima novela...pero tiene que ser una novela romántica.

Kenji sintió que su cerebro se detuvo por un segundo.

—Hokama-san, debe haber un problema con la internet. —Soltó una risita nerviosa—. Me

pareció oír que dijiste una novela romántica.

—No hay ningún problema con la internet. Publicarán tu próxima novela siempre y cuando sea una historia romántica.

Kenji tragó saliva y notó que sus manos temblaron sobre el escritorio.

—¿Acaso se volvieron locos? —estalló—. ¿No saben quién soy, lo que escribo? ¡Ellos publicaron todas mis novelas! ¿Y qué paso con el manuscrito de fantasía oscura que te envié? ¿No lo has leído?

Hokama-san asintió con paciencia.

—Lo leí. Francamente, Kenji-kun, estoy preocupado por ti. ¿Cómo va la terapia? —Kenji desvió la mirada y suspiró— Mira, eres el escritor más talentoso que he conocido. Ni siquiera cumpliste treinta y ya tienes siete best sellers en tu haber.

—Gracias.

—¡Pero eres muy problemático! La gente piensa que eres un ermitaño, incluso hay rumores de que no existes y que todos tus libros son producto de escritores fantasmas. Ni siquiera usas redes sociales.

—Porque son un invento patético para explotar a gente solitaria y con baja autoestima, desesperada por validación externa. —Notó que Hokama-san tenía la vena del cuello hinchada—. Pero un desafío es interesante de tanto en tanto. Siempre quise escribir un romance gótico.

—¡No! —El hombre golpeó la mesa—. Eso no vale. Nada de vampiros, ni sangre, ni tragedias...una novela romántica a toda ley. Bien rosita y con final feliz, ¿me entiendes?

—Hokama-saaan —se lamentó Kenji.

—Imagínalo: “Kenji Iwamoto, el príncipe heredero del terror, lanza su primera novela romántica” ¡En el mundo del marketing, eso es oro puro! ¿Sabes la expectativa que generará? Y te ayudará a humanizar tu marca.

—No soy una marca, soy un ser humano.

—Kenji-kun. —El tono de voz del hombre sonaba más severo, casi una octava más baja—. Si no haces esto, olvídate de publicar tu manuscrito de fantasía oscura.

Kenji se sintió como la víctima de un sacrificio. Una vaca al matadero. Derrotado, solo pudo bajar la vista y asentir.

—¡Ese es mi chico! —festejó Hokama-san.

—Oh, vete a la mierda.

—¡Métele muchas escenas picantes! —gritaba su agente mientras Kenji ya cerraba la laptop con un golpe seco.

Se sirvió otro sake, para bajar dos ansiolíticos más.

10 de marzo, 18:15.

Nada era más aterrador que la hoja en blanco. Kenji Iwamoto nunca sufría del llamado bloqueo de escritor: al contrario, su cabeza siempre estaba desbordada de ideas, como a punto de explotar. Era la primera vez en su vida que la pantalla de su laptop le devolvía una imagen blanca, vacía, estéril durante horas y horas. Tomó un respiro y estiró la espalda en la silla de madera. Ahora que el sol se estaba poniendo, había decidido salir al jardín e intentar escribir en un entorno distinto. Pero había sido inútil. Dolorido, giró el cuello y sus ojos viraron hacia el este. Del otro lado de Tokio, en el parque de cerezos de Yoyogi, algunos pimpollos tímidos ya comenzaban a crear salpicaduras rosadas sobre las copas llenas. Estaba perdido en un ensueño cuando el teléfono vibró en su bolsillo, con otra videollamada emergente.

Era el doctor Akaneya, desde su despacho de paredes celestes y con un cuadro que solo decía «*Respira*» en grandes letras occidentales.

—Kenji, no va a haber ningún progreso si faltas a tus sesiones y no respondes mis llamadas. —Lo regañó—. Especialmente ya que te niegas a venir a mi consultorio. El punto de tener un teléfono móvil es mantenerlo encendido para poder comunicarte con el mundo.

—¿Quién quería hacer algo tan horrendo?

Curioso, el pájaro se acercó dando zancadas, y Kenji movió el teléfono para poder capturarlo con la cámara.

—Mire, Akaneya-san, le presento a Edogawa Rampo. Lo llamé así en honor a mi escritor favorito. Cuando leí “La bestia ciega” a los quince años, decidí que quería ser escritor.

—¿Qué es ese monstruo? —dijo el doctor, horrorizado.

—Balaeniceps rex, comúnmente llamado picozapato—festejó Kenji, acariciándole el enorme pico—. Es una especie de cigüeña, lo hice traer de África. ¿Por qué esa cara? ¡Usted dijo que me haría bien adoptar una mascota!

—Me refería a que fueras al refugio y adoptes un perro o un gato. ¿Esa cosa puede vivir en cautiverio?

—Si se siente solo puedo traerle una compañera. —Kenji se encogió de hombros, y el picozapato se alejó para intentar cazar una rana en el estanque del jardín—. La llamaría Agatha Christie o Shirley Jackson. Siempre me han gustado los pájaros, son tan pacíficos. Dios, sueno igual a Norman Bates^[1].

El doctor Akaneya farfulló.

—El propósito era que salieras de tu casa. Para superar tu agorafobia es necesario dar pequeños pasos fuera de tu zona de confort.

—Bueno, tuve que abrirle la puerta al cartero. Eso fue un progreso, ¿no? Aunque me dio un ataque de pánico después.

Vio al doctor tomar notas.

—¿Sigues con terrores nocturnos? —continuó el psiquiatra. Kenji se mordió el labio y asintió—. ¿Quieres compartirlos? —Kenji negó con la cabeza—. Bueno, eres un escritor. Plasmar esas pesadillas en tus libros es una manera sana de sublimar el miedo a través de la creatividad.

—¿Tuvo que ir cinco años a la Universidad para darme un consejo tan estúpido? Además, todas las noches sueño que muero. No hay nada más cliché que eso.

Se hizo un breve silencio incómodo. Los moribundos rayos del sol teñían el cielo de púrpura y rosado.

—La enfermera Yoshida dice que eres hostil con ella y que no tomas tu medicación.

—No es verdad: hoy tomé como cinco. —Soltó una risita y vio la cara punitiva del doctor—. Mire, si las tomo todos los días, no puedo escribir. Es como si mi cerebro se hiciera puré.

Kenji quiso decir algo más, pero las palabras se quedaron atoradas en su garganta con un dolor punzante.

—¿Prefieres las pesadillas y los ataques de pánico? Es necesario que sigas el tratamiento, especialmente si no te comprometes a hacer cambios en tu conducta. Ya te lo he dicho mil veces: salir a la calle, tomar sol, hacer ejercicio y socializar.

—Prefiero la muerte.

—Voy a darte una medicación nueva. —El doctor Akaneya ignoró su último comentario y se dedicó a escribir en su talonario—. Te las enviaré mañana con la enfermera Yoshida. Y Kenji, no las mezcles con alcohol.

—¿Qué gracia tiene, entonces?

—Hablo en serio. Llámame la primera noche en que las tomes, para ver cómo te sientes. Y no apagues tu teléfono.

—Me tengo que ir.

—Nos quedan cuarenta minutos.

—Tengo que escribir. Adiós. —Kenji cortó la videollamada.

11 de marzo, 3.38.

Lo primero que el samurái hizo fue abrir la jaula y liberar a la alondra. El pajarillo voló hacia lo alto de los cerezos, que todavía conservaban algo de nieve, y se perdió en el horizonte.

Cerró la puerta corrediza y caminó hacia el centro del cuarto. Ya había lavado su cuerpo y vestía solo la túnica ceremonial blanca. Se arrodilló sobre el tatami y cogió la daga, la misma que usaría para abrirse el vientre. Su cabello negro aun caía empapado hasta el suelo, lo recogió con dedos tiernos y comenzó a cortarlo. Con cada mechón azabache que se desprendía, él derramaba una lágrima.

Cuando finalmente su cabeza estuvo afeitada, se desnudó el torso. Sin vacilar apuntó el filo hacia su vientre. Cuando la hoja le perforó la carne, el samurái lamentó tanto no volver a oír cantar a la alondra, como saber que no volvería a ver florecer los cerezos.

Kenji despertó sobresaltado, el corazón a punto de reventarle. Con las manos todavía temblorosas, se revisó el estómago: estaba sano, ninguna daga le había hecho el harakiri. Solo una pesadilla, otra pesadilla, se dijo a sí mismo una y diez veces. Había sido tan vívida que casi podía sentir el acero desgarrándole la carne.

Soltó una larga exhalación y descansó la nuca en la mullida almohada. Tenía el cuerpo cubierto de sudor frío, pero las palpitaciones estaban calmándose.

Miró el reloj en su mesa de noche; el miedo ya se había disipado, pero no se creía capaz de seguir durmiendo. Dio un suspiro frustrado al levantarse de la cama. Con pasos lánguidos caminó hacia su estudio y encendió la luz. También encendió la laptop, y se encontró de nuevo con esa aterradora página en blanco.

Ya que estaba despierto, bien podría intentar escribir algo. Pero antes necesitaba otro sake.

11 de marzo, 14:48.

Se despertó con la cara sobre el escritorio, una mancha de baba en la madera de roble y la pantalla de la laptop en descanso. Con pesar se dio cuenta de que no había escrito nada en toda la noche: se había quedado dormido frente al ordenador. Esto va a ser imposible, farfulló Kenji mientras estiraba sus brazos. La página seguía en blanco, su mente seguía en blanco, y la frustración bullía en su pecho. Cuando se levantó de la silla, sintió la espalda rígida y dolorida. Apagó el velador, encendido desde la madrugada, y bajó las escaleras hasta la planta baja. Se preparó otra taza de Marfil negro y se paseó un poco por su sala de estar, contemplando los miles y miles de libros que llenaban su biblioteca.

Debería leer algo de romance para inspirarme, pensó en voz alta. Sin embargo, pronto descubrió que la única novela romántica en su colección era Romeo y Julieta. Hokama-san había pedido por un final feliz, pero la llevó escaleras arriba, y volvió a sentarse frente al escritorio de roble para leer. La luz del día se filtraba por el enorme ventanal, haciendo resplandecer como esmeraldas las hojas de las plantas poto que decoraban su estudio. Kenji le dio un sorbo al café y abrió el libro en una página al azar. Julieta estaba bebiendo el veneno, y su imaginación voló.

Qué forma de morir, pensó, sentir tus intestinos retorciéndose...De seguro hay maneras más rápidas e indoloras. Como saltar de una ventana, por ejemplo. Dejó la taza sobre el escritorio y caminó hacia el ventanal. Desde allí oteó el jardín, donde Edogawa Rampo, adormilado, remojaba sus largas zancas en el estanque.

¿Qué tan alto es esto?, pensó. ¿Una caída desde esta altura mataría a alguien?

Se encontró abriendo el ventanal y asomando la cabeza, luego la pierna, y pronto la mitad de su cuerpo. Abajo, la cigüeña alzó su rostro para mirarlo. El grito de horror de la enfermera Yoshida lo trajo de nuevo a la realidad. Giró la cabeza y vio a la mujer pálida como un fantasma, el único color en su rostro eran sus labios pintados de rojo.

—¿Qué hace?!

—Escribiendo.

Ella corrió hacia él y lo cogió del brazo.

—Entre...—jadeaba al ayudarlo—. ¡Realmente se ha vuelto loco!

—Enfermera Ratched^[2], ¿cómo ha entrado?

—Usted me dio la clave de la cerradura, ¿recuerda? Para emergencias como esta. —La enfermera Yoshida bufó al cerrar el ventanal.

—Ahora voy a tener que cambiarla —protestó Kenji, y se dejó caer de nuevo en la silla.

La mujer de negro cabello rizado se quitó su cárdigan lavanda, buscó en su bolso un frasco de píldoras y lo depositó con violencia sobre el escritorio.

—Le traje su medicación. ¿Y qué es ese monstruo en el jardín? Casi me da un infarto al verlo.

—Después las tomo. Ahora tengo un proyecto muy importante entre manos.

—El doctor Akaneya me dijo que me asegurara de que las tome.

Kenji soltó una protesta, abrió el frasco, se llevó una píldora a la boca y bebió un sorbo de su café. Cuando la enfermera no estaba viendo, se sacó la píldora de abajo de la lengua y se la escondió en el bolsillo. Volvió a encorvarse sobre su laptop.

—¿Y qué es este proyecto tan especial? —dijo ella.

—Una novela nueva —exhaló, recordando su sufrimiento—. Tengo que escribir una novela romántica.

—¿Usted? —Soltó una carcajada.

—¿De qué se ríe?

—¿Alguna vez se ha enamorado?

Esas palabras le dolieron más de lo que esperaba.

—Tampoco he presenciado un apocalipsis zombi, y escribí sobre eso.

—Bueno, no va a conocer a nadie aquí encerrado. Creo que, venciendo su timidez...

—No soy tímido.

—Ay, por favor. —La mujer sonrió—. He lidiado con pacientes peligrosos, hablo de verdaderos psicópatas. Usted no puede engañarme. Debajo de esos libros sangrientos y esa actitud sarcástica, no hay más que un muchachito asustado.

Kenji no dijo nada, solo desvió la mirada de nuevo hacia el ventanal. A lo lejos, los cerezos

del parque Yoyogi se tornaban de un rosado más furioso.

—Si le hiciera caso al doctor Akaneya —siguió hablando ella—, de a pequeños pasos vencería su agorafobia y no le sería difícil conocer a una chica. ¿O tal vez le interese un chico? —Kenji sintió el ardor subiendo por sus mejillas, y ella insistió—. ¿Es eso lo que lo avergüenza tanto? ¡Hombre, estamos en el siglo veintiuno! Mi sobrino es gay, se casó el año pasado. Viajamos a Taiwán para la boda, fue preciosa. Allí es legal el matrimonio entre el mismo sexo, ¿sabía?

—Enfermera Ratched, si sigo oliendo su perfume barato y escuchando el sonido de su voz voy a saltar por la ventana en serio.

—Bueno. —La enfermera Yoshida suspiró—. Mi hermana y yo somos fanáticas de Jane Austen. Leímos muchas novelas rosas también. Tal vez pueda ayudarle...

—No necesito su ayuda. Vuelva debajo de la piedra de donde salió y déjeme escribir tranquilo.

Ella soltó otra exhalación.

—¿Y qué tal una caminata? Hay un bonito café en la esquina, sirve unas magdalenas deliciosas. No es un viaje largo, puede ir de mi brazo. A veces caminar ayuda a despejar la mente y la inspiración brota mejor.

—La inspiración es para amateurs —respondió sin alejar la vista de la eterna página en blanco.

—Ya casi estamos en época de floración de cerezos. —Ella lo ignoró—. ¿Qué tal un paseo por el parque Yoyogi? Es un poco más lejos, pero puedo llevarlo en mi auto. Puede llevar su laptop y escribir allí. Los escritores japoneses siempre han encontrado inspiración en los cerezos.

—¿Por qué no me deja en paz? —estalló Kenji.

La escuchó refunfuñar mientras volvía a calzarse el cárdigan, y sus tacones repiquetearon contra los escalones de madera mientras descendía. Al cabo de unos minutos, Kenji estaba a solas de nuevo con la página en blanco.

11 de marzo 19:16.

Había desplegado el proyector en la sala para ver una de sus películas favoritas: Onibaba. Una repentina lluvia creaba la atmosfera perfecta para ver películas de terror, y el descenso de la temperatura obligó a Kenji a encender la chimenea eléctrica. Pero acurrucado en el sofá, la culpa le impedía disfrutar.

Debería estar viendo alguna mierda romántica para inspirarme, no historias de fantasmas, suspiró.

Onibaba terminó y Kenji encendió las luces de la sala. Al hacerlo, un resplandor extraño le

llamó la atención desde el jardín. Pestañó, y ya no había nada. Tan solo Edogawa Rampo disfrutando de la creciente tormenta.

Kenji se dio cuenta de que no había cenado. No importaba: los escritores no necesitan comer. Solo escribir. Pensó en hacerse otro café, pero terminó sirviéndose un vaso de wiski. Unos truenos anunciaron que la lluvia y el frío iba a empeorar. Él regresó al estudio escaleras arriba, y volvió a sentarse al escritorio.

Aunque sea un capítulo tiene que salir esta noche, se dijo. Y a medida que las horas pasaban se conformaba con escribir una página, o un párrafo. O una oración.

Pero su mente estaba en blanco. O, mejor dicho, no dejaba de revolcarse en las palabras de la enfermera Yoshida. Tal vez algo de razón tenía: ¿cómo una persona que nunca se había enamorado podía escribir una historia de amor? Y peor todavía: ¿cómo alguien virgen podía escribir sobre amor?

Sintió de nuevo las palpitaciones en su pecho, esa horrible mezcla de rabia y autoodio hirviendo en la boca de su estómago.

Debía escribir, debía escribir. Lo único que mejoraba todo era escribir.

Y no podía hacerlo.

Con un aullido entre dientes, Kenji revoleó la laptop por los aires, la vio chocar contra la pared y llegar hecha añicos al suelo de madera. Escuchó su propia risa, quebrada, reverberar hasta desaparecer entre el sonido de la lluvia.

Tal vez debía tomar una de esas píldoras nuevas. O tres. O cinco, u ocho. Pero terminó bebiendo otro vaso de wiski y metiéndose en la cama.

11 de marzo 21:41.

Antes de abrir los ojos, pudo escuchar la lluvia repiqueteando contra el techo y los truenos distantes. No estaba solo, y un escalofrío subió desde sus pies hasta sus sienes. Recordó aquella pintura de Füssli, “La pesadilla”, donde una mujer yacía en la cama con un demonio presionándole el pecho. Durante un instante, le pareció ver un rostro en sus párpados cerrados, devolviéndole la mirada. Al abrirlas no pudo ver a nadie, pero Kenji sabía que no estaba solo.

Manoteó el velador de la mesa de noche y lo encendió. Su dormitorio estaba vacío, pero la sensación de ser observado todavía galopaba en su pecho.

Se puso unos pantalones y bajó hasta la sala, iluminada de tanto en tanto gracias a los relámpagos. Le costaba respirar y las rodillas le temblaban. Un extraño terror lo llamó a mirar hacia el ventanal, y allí, el rostro de un hombre lo miraba desde la tormenta. El mismo hombre de sus pesadillas, ataviado como un samurái. Y con el refulgir del siguiente relámpago, había desaparecido.

Con las manos temblando, Kenji buscó su teléfono y marcó el 119^[3].

Veinte minutos más tarde, dos agentes de policía ya habían revisado toda la residencia, sin encontrar rastros de ningún intruso.

—¿Pero qué clase de inútiles son, para esto pago impuestos? —Las palpitaciones de Kenji se tornaban más rápidas y violentas—. ¡Les digo que alguien se metió en mi casa! ¡Un loco vestido de samurái!

—Lo siento, Iwamoto-san, pero no encontramos a nadie. Tampoco hay rastros de que hayan violado el sistema de seguridad, y las cámaras no mostraron a ningún intruso.

El policía se encaminó hacia la puerta y su compañero lo siguió.

—¿Adónde van? —los persiguió Kenji—. ¿Van a dejarme solo? ¿Saben quien soy yo? ¿Y si es un asesino serial o un fanático desequilibrado? ¿Y si me apuñala mientras duermo?

—Le aseguro, Iwamoto-san, que no está en peligro. No hay nadie en esta casa más que usted, y las alarmas funcionan a la perfección.

El tono del agente sonaba algo molesto, y Kenji sintió un leve mareo, como un golpe en la nuca. En el fondo, temía que los policías estaban en lo cierto. No había nadie en la casa, y él estaba volviéndose loco. Los videos de la cámara de seguridad confirmaron que no había ningún intruso, solo Kenji alucinando. La cabeza comenzó a darle vueltas, y parecía que todo iba a volverse negro en cualquier momento. Quiso decir algo, pero le costaba respirar.

—¿Iwamoto-san?

No pudo responder: sentía que iba a desmayarse o morir en cualquier momento.

Mientras estaban subiéndolo a la ambulancia, su teléfono vibró. En la pantalla, un mensaje de texto de Hokama-san decía: «¿Cómo va la novela?», seguido de una carita feliz.

Kenji arrojó el teléfono al pavimento y las ruedas de un auto lo destrozaron al pasar.

11 de marzo 23:13.

Ya le habían chequeado la presión arterial y la respuesta ocular. También le habían preguntado su nombre completo, la fecha y quien era el primer ministro. Luego lo dejaron solo, y Kenji descansó unos minutos en la mullida cama, mucho más mullida de lo que él esperaba de una sala de urgencias.

—Su historia clínica dice que sufre de ataques de pánico —dijo un doctor al acercarse, sosteniendo la hoja en su mano derecha—. ¿Estuvo tomando su medicación?

Kenji tomó una profunda bocanada antes de responder.

—No.

—¿Por qué no?

—Si las tomo no puedo escribir. —Se encontró repitiendo la misma frase que le había dicho al doctor Akaneya el día anterior. Esa frase que todavía le costaba terminar.

El doctor hundió los ojos en la historia clínica y alzó la cara para mirarlo.

—Momento... ¡usted es él, el que escribe esos libros de terror! ¡Kenji Iwamoto!

—El que viste y calza.

—No puedo creerlo —festejó—. Mi hijo es fanático de usted, ¡tiene todos sus libros! De hecho, hoy compré “Las criptas del infierno son mi hogar”. ¿Podría autografiarla? Es su cumpleaños y no puedo pasar el día con él porque tengo guardia. ¡Lo haría tan feliz!

—Claro. —Kenji se incorporó en la cama.

Entusiasmado, el doctor se retiró y regresó segundos después con un ejemplar entre las manos y un bolígrafo.

—¿Cómo se llama su hijo?

—Akira. —Cuando tuvo el libro firmado, la sonrisa del doctor se hizo más amplia y le dedicó una cortés reverencia a Kenji—. Muchas gracias, Iwamoto-sensei. Ya puede retirarse.

—P-pero... ¿no tendría que quedarme en observación?

—No tiene ningún problema físico, fue apenas una crisis de ansiedad pasajera. No tomar la medicación en forma adecuada puede empeorar los ataques de pánico e incluso provocar alucinaciones. Vaya a casa, descanse y, sobre todo, siga las indicaciones de su psiquiatra.

12 de marzo 0:07.

Deambulaba solo por las calles de Tokio, y pronto descubrió que el cielo teñido de negro no le resultaba tan intimidante. De hecho, la brisa que había dejado la lluvia y el delicioso aroma a tierra mojada le brindaban cierto confort a su caminata. Ahora se sentía avergonzado de haber montado una escena tan patética y tragicómica. No debería haber visto Onibaba antes de ir a dormir: con razón después terminó alucinando sobre fantasmas y samuráis. Decidió no tomar el camino más rápido a casa, y vagabundeo por el distrito de Asakusa sin prisa y con el cuerpo y la mente agotados. Sin embargo, sus pies se sentían ligeros, como flotando en la libertad de estar solo en medio de la noche, y sin teléfono que lo moleste. Pronto se encontró atravesando el puente peatonal sobre el río de Sumida. Algo le hizo detenerse, y descansó los antebrazos en la barandilla de hierro. El cielo estaba estrellado, y se podía divisar los cerezos que florecían del otro lado de Tokio. Abajo, el suave oleaje del río se asemejaba a una mancha de tinta. Kenji cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Si no puedo escribir, no puedo vivir.

Por fin pudo completar la frase, y el resultado lo aterró. Pero era cierto: ¿qué otra cosa tenía, si no la escritura?

Miró hacia abajo, hacia el tentador abismo azabache donde resplandecían los reflejos de la luna. Luego miró a ambos lados: no había nadie. Subió una pierna por encima de la barandilla y luego la otra. Ya estaba del otro lado, y no había separación entre sus pies y el vacío. Sujetándose al puente con las manos detrás de su espalda, estiró un pie hacia esa infinita libertad. El vértigo lo sobrecogió. Estaba por saltar, cuando un pensamiento lo asaltó:

¿Quién va a cuidar a Edogawa Rampo?

Asustado, giró el cuerpo con violencia para regresar del otro lado, pero al hacerlo resbaló. Manoteó para aferrarse al entramado de hierro con todas sus fuerzas, y en ese momento alguien le sujetó los brazos. Kenji no pudo ver quién lo ayudaba.

Ya a salvo en el puente peatonal, Kenji se encontró entre los brazos de un hombre alto, el cuello de su abrigo estaba levantado y una cálida y amaderada fragancia a cerezos emanaba de él.

CAPÍTULO DOS.

—¡Maldita sea, uno ya no puede suicidarse tranquilo! —Kenji se apartó del abrazo. La cara le ardía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el extraño. Había algo peculiar en su inflexión.

Kenji posó sus ojos en aquel hombre por primera vez, y se encontró impresionado por lo alto que era. Su sobretodo negro lo hacía ver todavía más imponente, y el cuello levantado le otorgaba un aire misterioso. La cara tenía ángulos endurecidos, pero al mismo tiempo el arco de las cejas y los labios delicados le brindaban un aura melancólica. Llevaba el cabello corto echado hacia atrás, haciendo que la luz de la luna bañara su rostro pálido y lo hiciera resplandecer como un jade blanco.

—Sí, sí, estoy bien. —Kenji apartó la vista. Le daba vergüenza que alguien tan buenmozo le hablara—. G-gracias.

—Debería ir a un hospital —insistió el desconocido.

—De allí vengo. —Kenji rio, pero el otro lo miró preocupado. Sus ojos eran profundos y aterciopelados, con los párpados un poco caídos—. Mira, estoy bien. En serio. No tienes de qué preocuparte.

Kenji le dio la espalda y se alejó unos pasos. Su respiración estaba un poco agitada y se sentía un idiota.

—¿A dónde va? —preguntó el hombre de negro.

—A casa.

—¿Solo? ¿Por qué no llama a alguien?

¿A quien iba a llamar? Aunque su teléfono no hubiera quedado hecho trizas en la autopista, su contacto de emergencia era la enfermera Yoshida, y no quería llamarla.

—No tengo teléfono —rio Kenji.

—Yo tampoco.

Era raro; incluso un antisocial como él tenía teléfono. Kenji giró para mirar de nuevo a aquel hombre.

—No vivo lejos. —Le dedicó una sonrisa nerviosa—. Estaré bien. Gracias de nuevo.

—Aun así. —El extraño trotó una pequeña carrera a su encuentro—. Déjeme acompañarlo. —Kenji estaba sacudiendo la cabeza—. Por favor.

Kenji escudriñó a esa figura alta que lo miraba con preocupación. Había algo clásico y atemporal en esa cara nívea, en esos rasgos prominentes. Por algún motivo descabellado, esa

mirada acaramelada lo hacía sentir seguro. Como llegar a casa.

—De acuerdo. Puedes acompañarme.

12 de marzo 00:38.

Las luces amarillentas de los faroles bañaban las calles con un tono bronceado, creando un ambiente casi de ensueño. El invierno se negaba a retirarse, y el viento le acariciaba el rostro con su gélida mano, haciendo revolotear algunos diminutos pétalos de cerezo. Kenji caminaba encorvado y con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. A pesar de que su paso era lento, su corazón galopaba. Saber que ese extraño caminaba a su lado le despertaba una intensa euforia, que sentía palpitando en su sangre. De tanto en tanto le echaba una mirada furtiva, y el desconocido le sonreía.

—Gracias por ayudarme —dijo Kenji, en un intento por romper el silencio incómodo—. Una vez en casa, te daré algo de dinero.

—No quiero nada. Me hace feliz saber que el famoso escritor Kenji Iwamoto está a salvo. Su corazón se agitó, y no pudo evitar sonreír.

—¿Sabes quién soy?

—Por supuesto. Soy un gran fanático tuyo.

Kenji soltó una risita de sorpresa.

—Momento, ¿me estabas siguiendo?

—No —respondió el otro, serio.

Kenji le creyó a medias: de todos modos, no le parecía un fanático peligroso. Cierta dulzura emanaba de él, a pesar de su aspecto taciturno.

—¿Cuál es tu nombre? —La voz le tembló al preguntar. Deseó en secreto que el otro no lo hubiera notado.

—Hirokata. Hirokata Enomoto.

En silencio, Kenji rodó cada sílaba en su lengua: era un nombre curioso, inusual. Tan curioso e inusual como ese hombre ataviado en negro.

—¿Qué edad tienes?

Hirokata tardó en responder.

—Veinticinco.

—¡Pareces de cuarenta! No, eso no es lo que quise decir. Digo, eres tan alto y refinado para alguien de nuestra edad. No puedo creer que tengas tres años menos que yo. —Se lamentó Kenji—. Háblame en tono informal, es menos deprimente.

—Lo haré, Kenji.

—Hirokata...Cuando lleguemos a casa te regalaré un ejemplar de “Las criptas del infierno

son mi hogar”. Es lo menos que puedo hacer después de que...

—Ya lo tengo. Tengo todos tus libros, incluso “Caníbales sádicos”. Es uno de mis favoritos.

—¡No puede ser, mi primera novela! ¿Cómo la conseguiste? Pocos saben de su existencia, la autopubliqué...

—...bajo el seudónimo Yorimoro Kou. —Hirokata sonrió orgulloso—. Te dije que era un gran fanático tuyo.

—Ya veo. —Kenji sacudió la cabeza—. Esto se está pareciendo mucho a “Misery”. Primero me salvas la vida...después me atas a la cama y me rompes las piernas.

—No te romperé las piernas. Con respecto a lo otro, ¿te gustan ese tipo de cosas?

Kenji sintió el ardor subir por las mejillas: no sabía coquetear, no lo había hecho nunca en su vida. Abochornado, bajó la vista hacia sus propios pies mientras caminaba. No dijeron nada durante los próximos minutos, tan solo caminaron lado a lado por las calles embebidas de madrugada.

—¿Vas a escribir más libros como “Caníbales sádicos”? —Hirokata rompió el silencio con su voz profunda.

—No lo sé. —Kenji suspiró, recordando sus preocupaciones—. Creo que la gente ya debe estar aburrida de tanto gore sin sentido.

Hirokata inspiró aire por la nariz y se quedó mirando hacia el cielo, como meditando sus próximas palabras. Kenji vio el vapor su aliento ascender hacia las estrellas, y admiró la curva de su nuez de Adán.

—Creo que tus libros son muy bellos.

Kenji soltó una carcajada.

—¡Me parece que te has equivocado de autor!

—Claro que no. Siempre creí que, alguien que está tan obsesionado con la muerte y todas sus posibles variantes, es porque en el fondo está muy enamorado de la vida.

Kenji tragó saliva, una ola cálida y embriagadora subiendo por todo su cuerpo como una fiebre deliciosa.

—No soy el único loco —masculló entre risitas.

Caminaron como flotando en un sueño por el apaciguado Tokio. Algunas libélulas revoloteaban alrededor de los faroles, y Kenji sintió que Hirokata y él eran las dos únicas personas en el universo. Dos almas perdidas en una noche invernal. Una parte de él deseó que esa caminata durara toda la eternidad.

Pero pronto se encontraron frente al portón de su residencia, y una urgencia terrible devoraba a Kenji. Por algún motivo, se negaba dejar ir a aquel extraño. No podía dejarlo ir.

—Bueno, ya tienes “Las criptas del infierno son mi hogar”, pero seguro no tienes un ejemplar autografiado —ofreció, notando lo patético que sonaba.

—Gracias. —La elegancia de Hirokata lo hizo sentir menos avergonzado—. Pero compartir una taza de té con mi escritor favorito es recompensa suficiente.

Durante una décima de segundo, Kenji olvidó la clave de la cerradura. Mientras el portón se abría, un estremecimiento le recordó que era la primera vez que invitaba a pasar a alguien. Sin embargo, había algo esa noche que espantaba todos sus habituales miedos. Atravesaron el jardín, donde Edogawa Rampo dormía con su pico presionado contra su pecho.

—Adelante. Annie Wilkes^[4]. —Kenji invitó a Hirokata a pasar. Estaba tan nervioso que creyó que iba a vomitar.

—Esto es muy bonito. —Hirokata admiró la sala de estar con una exhalación.

Kenji se le acercó por detrás para quitarle el sobretodo y la bufanda, tuvo que estirar los brazos por lo alto que era. Debajo llevaba un pesado sweater blanco de cuello alto, y el aroma a cerezos acarició la nariz de Kenji. Arrojó el abrigo sobre el sofá de terciopelo verde inglés y vio a Hirokata encaminarse hacia una de las tantas bibliotecas amuradas.

Cuando Kenji encontró uno de los tantos ejemplares de “Las criptas del infierno son mi hogar” que la editorial le había dado notó que sus dedos temblaban por la ansiedad. Tomó asiento en el sofá y se encorvó sobre la mesa de café para autografiar el libro. La firma le salió horrible.

Se puso de pie y le ofreció el libro a Hirokata, sus dedos se rozaron y Kenji sintió una descarga eléctrica en toda su carne. Los dos permanecieron inmóviles, sosteniendo el libro sin decir una palabra, tan solo mirándose a los ojos.

—Ehm...—farfulló Kenji—. ¿Quieres un café, Annie Wilkes?

—Té verde, si no es molestia.

—Claro que no es molestia.

Soltó el libro y se apuró a la cocina. Puso agua a hervir y una cápsula de Marfil negro en la cafetera para él. Era la oportunidad perfecta para estrenar el juego de té chino. Notó que su pulso estaba acelerado: ¿qué estaba haciendo? ¿Acaso se había vuelto loco, invitando a un completo extraño a su casa? Y lo peor de todo era que no tenía miedo. ¿Por qué no tenía miedo? Espió a Hirokata, quien parecía inmerso en su colección de libros. Cuando Kenji regresó cargando la bandeja, Hirokata volvió a sonreír.

—Tal vez debería dejarte dormir. Has tenido un día difícil.

El día ha sido un puto infierno, pensó Kenji. Pero la paz que ese extraño le proveía era adictiva, y no quería dejarlo ir. Era la primera vez en su vida que no deseaba estar solo.

—Los escritores no necesitamos dormir —dijo, y bebió un sorbo de café.

—¿Aquí es donde trabajas?

—No. Mi estudio esta arriba. ¿Quieres verlo?

Hirokata asintió entusiasmado, y Kenji lo guio escaleras arriba. Una vez en el segundo piso, cuando las luces se encendieron los ojos de Hirokata observaron curiosos la laptop destrozada en el suelo. Pero pronto se olvidaron de ella.

—Así que aquí es donde han nacido tantas historias increíbles —suspiró, acariciando con la yema de los dedos la madera de roble del escritorio—. ¿Estás trabajando en algo nuevo?

Kenji se encogió de hombros. Admiró de nuevo a Hirokata, sus largas piernas, su rostro pálido y sus ojos luminosos. Era demasiado perfecto para ser real. Y de pronto, ese hechizo exquisito y reconfortante que lo abrazaba comenzó a asustarlo.

—Espero que no seas un asesino serial —pensó en voz alta.

—No soy un asesino serial. —Sonrió el otro.

Kenji sacudió la mano.

—Si lo eres, no importa. —Se dejó caer en la silla y bebió más café—. Me espera un destino peor que la muerte, de todas formas.

—¿A qué te refieres? —Hirokata se acercó cargando su taza de té entre los dedos largos y delicados.

—Sufro de bloqueo de escritor.

—¿Eso está relacionado con lo del puente?

Kenji asintió. Al recordar todo ese asunto de la novela romántica, la dulce neblina que lo envolvía se reventó como una burbuja de jabón.

—Tengo que escribir...—Hizo una pausa dramática—, ...una novela romántica.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no tengo la más puta idea sobre amor, romance...o sexo. No me malinterpretes: es mentira eso de que un escritor debe escribir sobre lo que sabe. Eso es para quienes no tienen la imaginación para ver más allá de su propia vida cotidiana. Que escriban un diario íntimo y no se hagan llamar escritores. Con la investigación y documentación necesarias, uno puede escribir sobre lo que sea. Pero...esta vez...creo que esta batalla es demasiado para mí.

Hirokata soltó una risita, y rodeó el escritorio para sentarse en el sillón de enfrente.

—¿De qué te ríes?

El otro no dijo nada. Afuera, una sutil llovizna comenzó a acariciar la hierba y repiquetear en el estanque. Al cabo de unos largos segundos, Hirokata habló.

—Yo tengo una historia de amor para ti. Ambientada en la época de los samuráis.

—¿Qué?

—Tengo una historia de amor. Si quieres, puedo contártela, y tú puedes escribir sobre ella.

—Oh no, no podría...

—No voy a pedirte nada a cambio —insistió Hirokata—. No tienes que darme crédito, ni nada. Tampoco voy a pedirte dinero. Solo escucha la historia. Si no te sirve, puedes desecharla.

Un hormigueo ardió bajo la piel de Kenji, impaciente, hambriento, feliz.

—¿Es una historia de amor?

—Es una historia de amor —aseguró Hirokata.

12 de marzo 1:48.

Un aguacero tamborileaba sobre el techo, y las gotas se arrastraban sobre el ventanal como pequeños insectos. Kenji encendió la chimenea eléctrica, donde unas llamas artificiales danzaban y tomó asiento en su escritorio. Le había acercado una silla a Hirokata, quien estaba sentado unos cuarenta centímetros frente a él, con la espalda bien recta y los hombros hacia atrás. La postura de un verdadero príncipe, no como Kenji que parecía un jorobado.

—¿Sabes? —bromeó Kenji—. Esto es igual a “Entrevista con el vampiro” de Anne Rice. —Soltó una carcajada y pensó que Hirokata bien podría ser uno: con esa piel tan blanca, ese cabello negro y esos rasgos angulosos—. No eres un vampiro, ¿no?

—No soy un vampiro.

—Qué lástima. —Le dio otro sorbo a su café. Abrió una libreta de cuero y su pluma favorita, esa que rara vez tenía la chance de usar.

—¿Vas a escribir allí?

—Sí, mi laptop tuvo un accidente. —Con ojos culpables oteó la máquina hecha añicos sobre el suelo—. Me gusta tomar notas a mano. Se siente más...natural, supongo. Las ideas brotan mejor.

Hirokata asintió, y con dedos delicados llevó la taza de té a sus labios. Kenji tomó una larga bocanada de aire.

—Bueno, soy todo oídos.

CAPÍTULO TRES.

Junio, 1828.

Era el décimo año de la Era Bunsei, durante el periodo Tokugawa. Luego de una lluvia veraniega que abatió toda la noche, la mañana llegó resplandeciente, y los crisantemos de la fortaleza Sanehisa destellaban como oro puro, acariciados por un suave viento perfumado a cerezo y lavanda. Tal belleza distrajo a Aritoki Manaba de su clase de esgrima: sus compañeros samuráis practicaban bajo la severa mirada del maestro Chikusa, y sentado sobre el reluciente piso pulido él esperaba su turno cuando sus ojos viraron hacia los jardines. Afuera, la vida vibraba entre los blancos abetos y los fresnos tupidos, y Aritoki sintió su juventud bullendo en sus venas, se apoderaron de él unas ansias melancólicas de abandonarse a sí mismo y perderse en ese verano glorioso. Cerró los párpados, los sonidos de las espadas de madera chocando entre sí se fueron desvaneciendo como un tambor cada vez más debilitado. Cuando abrió los ojos de nuevo, lo asaltó la visión de un muchacho hermoso. Con un suspiro de sorpresa, se preguntó si acaso estaba soñando. El extraño vestía un kimono de algodón celeste estampado con libélulas, y llevaba el cabello negro peinado con una cola de caballo suelta, los largos mechones laterales de su flequillo ondeando mientras caminaba. Cuando la clase se detuvo para contemplar la escena, Aritoki supo que estaba despierto. Escoltado por dos guardias del clan Sanehisa, el muchacho se descalzó y entró a la sala de esgrima. Pronto, un murmullo curioso rebotaba por las paredes, hasta que el maestro Chikusa los obligó a hacer silencio. El hombre de sienes grises recibió a los samuráis con su típica impaciencia.

—¿Por qué interrumpen la práctica?

—Tenemos un nuevo recluta —respondió uno de los guardias con tono socarrón, y le dio un empujoncito al chico desconocido—. Dice que quiere ser samurái al servicio del clan Sanehisa.

Recién en ese momento, Aritoki notó que el otro cargaba una espada a la cintura, y aprovechó la cercanía para deleitarse en ese rostro de porcelana. A pesar de la delicadeza algo infantil de sus pómulos y nariz, el muchacho fruncía el ceño y los labios en actitud estoica y feroz a la vez. Y los ojos negros ardían como dos piezas de carbón.

—Saben que no funciona así —protestó el maestro Chikusa, y se dirigió al chico—. No cualquiera puede servir al clan Sanehisa. Tienes que venir de una familia noble, o por lo menos traer una carta de recomendación. No luces como si ya hubieras servido a otro clan; de hecho, parece que ayer dejaste los pañales.

—Se lo explicamos —exhaló otro de los samuráis—. Varias veces. Pasó toda la noche durmiendo frente al portón.

Los murmullos de los demás samuráis volvieron a alzarse, y Aritoki se descubrió con su corazón latiendo más fuerte.

—¿Bajo la lluvia? —rio el maestro Chikusa, sorprendido—. Bueno, por lo menos es tenaz. Es una buena característica para un samurái.

—Lo llevamos con el señor Sanehisa —continuó hablando uno de los samuráis—, y accedió a que lo pongan a prueba.

—¿De veras? —La sonrisa de Chikusa se tornó cruel, y caminó unos pasos alrededor del chico, examinándolo—. Parece más una chica que un chico. —Todos rieron, menos Aritoki—. ¿También eres mudo?, ¿Cuál es tu nombre?

—Gennosuke Kawada, señor —respondió el muchachito, su temple inmune a las burlas.

Cuando Aritoki oyó su voz por primera vez, su pulsó se aceleró. No esperaba un tono tan profundo unido a una apariencia tan delicada, y al mismo tiempo sospechó que esa voz se había agravado recién un par de otoños atrás.

—¿De dónde eres?

—De Asahi, señor.

—¿Asahi? Ni siquiera sé dónde queda eso. ¿Quién es tu familia, a qué se dedican?

—Asahi es una aldea en las montañas de Honshu, señor. Mi familia tiene una granja de gusanos de seda allí.

Una carcajada reverberó contras las paredes.

—Bueno, gusanito, vamos a ver para qué sirves. —Chikusa cogió una espada de madera de la pared y se la arrojó. El chico la cogió con dedos hábiles, y con parsimonia se dedicó a colocarse el peto protector en el pecho. A pesar de su corta edad, parecía no temerle a nada en el mundo.

Los guardias hicieron una reverencia antes de retirarse, y la sala se agitó una vez más con los cotilleos ansiosos de los demás samuráis, quienes se apuraron a sentarse y dejar el centro despejado para el enfrentamiento. El maestro Chikusa llamó a Aritoki.

—Dale una buena paliza —le susurró al oído—, que regrese con el rabo entre las patas a ese pueblo de mierda de donde salió.

Aritoki asintió, y un nudo se formó en su garganta. Se acercó a su rival a paso lento, los pies desnudos apenas acariciando la madera del suelo, y sus dos puños asiendo con fuerza el mango de la espada de práctica. Sabía muy bien por qué el señor Sanehisa había accedido a poner a prueba a un desconocido sin siquiera carta de recomendación: para humillarlo frente a todos, y reafirmar el prestigio del clan. Y ese era el deber que ahora recaía en los hombros del joven samurái. No le gustaba, pero era su deber.

Gennosuke y él se colocaron a los dos metros reglamentarios de distancia, las puntas de sus

espadas besándose con timidez, y los ojos hambrientos de los demás samuráis rodeándolos. La mirada de Gennosuke parecía de hielo puro, y a la vez quemaba. Por primera vez en muchos años, Aritoki se sintió nervioso.

El maestro Chikusa dio la orden, y el combate comenzó.

Los primeros segundos, nada ocurrió. A Aritoki no le gustaba atacar primero: sabía que cuando uno atacaba, irónicamente, se encontraba en su posición más vulnerable. Por eso prefería observar a su rival durante los primeros instantes del combate; así conocía su técnica, sus instintos, si era un guerrero impulsivo o conservador. Y cuando su oponente lo atacaba, Aritoki podía descubrir su debilidad y usarla a su favor.

Pero Gennosuke no arremetía; tan solo lo observaba con los jaspes negros que eran sus ojos, y Aritoki se sintió más presa que depredador. Aquello le provocó una extraña agitación. Su corazón galopó duro contra sus costillas, y notó su espalda cubierta de sudor caliente. Apretó los labios y contuvo su impulso de atacar. Sabía que, quien atacase primero perdería. Y Aritoki Manaba, el mejor samurái al servicio del clan Sanehisa, no perdía nunca.

Era difícil contenerse a Gennosuke, quien lograba provocarlo con nada más que la belleza de su rostro. Aritoki admiró en silencio al enemigo, los labios rosados como un pimpollo de clavel, y las cejas elegantes como las alas de un cuervo. Era obvio que el capullo de su juventud había florecido con los crisantemos del otoño, y ahora la crueldad de esa belleza azotaba a Aritoki como la lluvia de verano. Indefenso, se quedó inmóvil mientras Gennosuke se abalanzaba contra él.

El grito del maestro Chikusa lo trajo de nuevo a la realidad. Sin separar sus ojos de los de Gennosuke, notó que tenía la punta de la espada a milímetros de su garganta. Aunque fuera un arma de madera, un golpe así podría haberlo asesinado. Aritoki solo estaba vivo por capricho de Gennosuke.

—¡Esa técnica es ilegal! —aulló el maestro Chikusa, deteniendo el combate.

—¿Por qué? —replicó el muchacho con fingido tono inocente.

—En las prácticas no usamos el suki^[5] —lo regañó Chikusa—. Solo atacamos al pecho, los brazos y los costados.

—Es una ridiculez. En la vida real, esas reglas no existen. ¿Qué sentido tiene entrenar samuráis así? —Gennosuke arrojó la espada de madera con desdén.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a un superior? —rugió Aritoki, pero Gennosuke solo sonrió.

—Déjalo —murmuró Chikusa, dándole un golpecito en el hombro para tranquilizarlo. Luego volvió a dirigirse a Gennosuke—. Me has impresionado, gusanito: con esa cara de niña has vencido a uno de mis mejores hombres. Cámbiate y ven conmigo, vamos a hablar con el señor

Sanehisa.

Aritoki apretó los dientes; la furia y la humillación lo obligaron a bajar la vista. Sin embargo, mientras el maestro Chikusa se ausentaba, él tomó el control de la clase como si nada hubiera ocurrido.

Para el atardecer, la brisa ululaba entre los robles, y el clan Sanehisa tenía un nuevo aprendiz de samurái entre sus filas.

Si ya de por sí Gennosuke Kawada era un muchacho hermoso, vestido con el uniforme del clan Sanehisa lucía como un cerezo recién florecido en abril. Cuando se pavoneaba por los patios de la fortaleza vistiendo la chaqueta con el diseño del dragón negro en la espalda y las mangas, y las hojas de crisantemo bordabas en el pecho, pocos hombres se resistían a admirarlo. Llevaba un cinto de seda del cual colgaban dos espadas, y su cabello recogido en el tradicional moño alto, pero su flequillo continuaba largo, provocando todo tipo de miradas lascivas.

Incluso a Aritoki le costaba alejar sus ojos de su compañero. Lo estudiaba durante las prácticas de esgrima, donde Gennosuke blandía la espada como si se tratara de una danza, y algo se revolvía en su interior cuando veía al chico moverse y girar sobre sus exquisitos pies descalzos. Otras veces sus miradas se entrecruzaban en el comedor, mientras todos los samuráis cenaban, o en alguno de los laberínticos corredores de la fortaleza, y Gennosuke le regalaba a Aritoki una sonrisita enigmática y efímera.

Una tarde calurosa, el maestro Chikusa se encontraba sentado en los escalones de madera de la sala de esgrima, espantando los abejorros con un abanico cuando Aritoki lo saludó con una reverencia.

—Aritoki —protestó el hombre sin dejar de abanicarse—, dile al gusanito que se corte el cabello^[6]. ¡No puede andar provocando así, los hombres se están volviendo locos! No te has dado cuenta, pero el día en que llegó, muchos se lo estaban comiendo con los ojos. Dile que se corte el flequillo antes de que haya problemas—. Chikusa se abanicó más rápido—. ¡Ay, estoy demasiado viejo para estas cosas!

Aritoki sintió una punzada caliente en el esternón.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo?

—Porque eres su superior, debe aprender de ti. ¿Acaso todavía estás resentido porque te ganó?

—No estoy resentido —refunfuñó él—. Y no me ganó: fue un mero ejercicio.

—Estás resentido. Esta será una lección para ti también: el orgullo no es bueno para un samurái. ¡Ahora ve! ¡Ay, que calor que hace!

Con una protesta entre los labios, Aritoki recorrió la fortaleza en búsqueda de Gennosuke.

Pero no lo encontró ni en la sala de esgrima, ni en el patio donde los samuráis practicaban arquería, ni en los establos, ni en el estanque donde algunos hombres meditaban o llevaban sus pinceles para improvisar algún poema. Uno de los sirvientes de la caballeriza le informó que el muchacho se había ido a pescar, y Aritoki se encaminó al río.

Dejó la fortaleza detrás de su espalda, y siguió el pequeño sendero colina abajo, bordeado por helechos que danzaban al viento y violetas perfumadas bajo los abetos blancos. Llegó al río cuya corriente cantaba, y donde los rayos del sol creaban espejos que le hacían doler la vista. Escuchó las voces de unos niños chapoteando y riendo a los gritos, y sentado en la orilla encontró a Gennosuke riendo de sus ocurrencias. Se había arremangado la hakama^[7] por debajo de las rodillas y tenía los pies remojados en el río. Cuando Aritoki vio la curva de su pantorrilla desnuda, la deliciosa piel pálida y cubierta por un vello que apenas era una pelusilla azabache, notó que su corazón se aceleró de nuevo. Gennosuke giró el rostro hacia él y le dedicó una mirada maliciosa; su coleta estaba casi deshecha, y los largos mechones de su cabello brotaban salvajes hasta acariciar sus hombros.

—¿Qué ocurre, Aritoki-san?

Aritoki se aclaró la garganta antes de hablar.

—Chikusa quiere que te cortes el flequillo.

—No pienso hacerlo. —Aplaudió a uno de los niños, que había pescado un gran róbalo.

—¡No puedes negarte! —insistió Aritoki, sentía sus mejillas ardiendo—. Es una orden.

—Es mi cabello, yo hago con él lo que quiero. —Le devolvió una mirada desafiante.

—Mira, entiendo que eres joven, pero ahora vives con otra treintena de hombres. Llevar el cabello así solo causará problemas.

Gennosuke curvó sus labios en una sonrisa y alzó uno de sus hombros como lo haría una cortesana coqueta.

—¿Acaso no te gusta cómo me queda?

Aritoki no pudo soportar la negrura de esos ojos, o la fiereza sensual con la cual lo miraban: de su pecho escapó un bufido scandalizado y abandonó el río con las carcajadas de Gennosuke golpeando su espalda.

Julio, 1828

Eran tiempos de paz, y por lo tanto los samuráis dedicaban su tiempo a cultivar las artes de la espada, la caligrafía, la arquería y la pintura, y no a la guerra. Sin embargo, desde la llegada del verano (y de Gennosuke), la fortaleza Sanehisa estaba sumida en el más puro de los caos. No pasaba un solo día sin que la belleza del muchacho provocara alguna trifulca. Chikusa cobraba

un nuevo mechón blanco cada vez que tenía que separar a dos samuráis que se batían a un duelo a muerte por el amor del jovencito.

Y Gennosuke, quien se negaba a cortarse el flequillo, amanecía cada vez más adorable, como los cerezos que rebosaban esplendor después de una ráfaga de lluvia primaveral. Recibía una carta de amor distinta cada noche, la cual destrozaba con crueldad a veces sin terminar de leerla. Otras veces, ni siquiera se molestaba en abrirla; con tan solo ver el remitente la arrojaba al brasero.

En cierta ocasión, Aritoki tuvo que rescatar del río a su compañero Eiji, quien intentó ahogarse después de que Gennosuke lo rechazara.

—¡Ay, ay, ay, estoy demasiado viejo para estas cosas! —se quejaba el maestro Chikusa todos los días.

Y Aritoki también había notado algo diferente en él, como una espina que lo torturaba todas las noches y le impedía dormir. Un deseo que estallaba en su carne y le despertaba ansias de gritar. Nunca había experimentado una angustia similar, que era dolorosa y eufórica al mismo tiempo, y tampoco estaba seguro de qué la causaba. Solo sabía que había llegado con el verano, con Gennosuke.

Agosto, 1828

Aritoki revolvía su sopa de miso con algas y arroz, y la charla de sus compañeros en el comedor formaba un murmullo que lo aislaba en sus propios pensamientos. La voz potente de Tadasue Naitou lo obligó a mirar hacia la mesa de enfrente, donde el robusto samurái y dos de sus amigos amedrentaban a Gennosuke.

—¿Qué desayunabas en la granja de gusanos, tierra? ¿O eran tan pobres que se comían a los gusanos? —La risa de Tadasue sonaba como el bufido de un toro.

Gennosuke permanecía sentado, inmóvil, con la mirada fija en el horizonte. Pero Aritoki notó el rojo subiendo por sus mejillas, tal vez por vergüenza o tal vez por rabia. Tal vez por ambas. Las carcajadas crueles retumbaron en su cabeza, y se encontró abalanzándose hacia Tadasue, los dedos a punto de desenvainar. Sorprendido por el ataque, el otro retrocedió, la risa en sus labios ahora lugar a una expresión bovina y torpe.

—¿Te has vuelto loco, Aritoki? —lo espetó Tadasue. Sus compañeros también retrocedieron, asustados—. ¿Vas a desenfundar tu acero por el mariconcito este?

—No deberías burlarte de otro samurái.

Tadasue volvió a reír, un poco más confiado que antes. Y con resquemor, Aritoki recordó que, si bien él era más alto, el otro pesaba el doble que él.

—¿Llamas samurái a este campesino? Debería haberse quedado en el lodo, junto con los

gusanos.

Aritoki reparó en que había desenfundado la katana recién cuando el silbido de miedo reverberó por todo el comedor. Los compañeros de Tadasue lo abandonaron, y él también desenfundó con un movimiento intimidante. El miedo punzó el pecho de Aritoki: se había enfrentado con Tadasue en varios ejercicios de esgrima, y sabía que era un oponente feroz. Pero todos sus enfrentamientos siempre habían sido con espadas de madera y usando los petos protectores. Ahora, el acero de la katana estaba a escasos centímetros de su pecho, apenas protegido por la chaqueta de algodón.

—No tienes que hacer esto. —El susurro de Gennosuke fue casi inaudible.

De todas maneras, ya era demasiado tarde.

Tadasue atacó primero, y el miedo de Aritoki se disipó un poco al comprobar que era un guerrero impulsivo. Esquivó la primera escaramuza y cerró su guardia. Tadasue atacó de nuevo y Aritoki lo bloqueó. Unos pasos urgentes desde el pasillo se mezclaron con los gritos entusiasmados de los samuráis. Tadasue volvió a arremeter, lanzando un golpe diagonal hacia las costillas de Aritoki. En una fracción de segundo, él logró esquivar el golpe y contraatacar. La sangre brotó escarlata del antebrazo izquierdo de Tadasue, y él dejó caer la katana. El sonido del filo chocando contra el suelo hizo eco con el gemido de dolor.

Era la primera vez que Aritoki hacía sangrar a un hombre, y sintió que su estómago se revolvía.

—¿Qué mierda está ocurriendo aquí? —El maestro Chikusa irrumpió en el comedor y se interpuso entre él y Tadasue, quien arrodillado en su propia sangre sujetaba su antebrazo.

—Tadasue me insultó —dijo Gennosuke, todavía impasible.

El maestro miró a Aritoki con ojos desorbitados.

—¿Y por eso atacaste a tu propio compañero con una katana de verdad? ¿Ibas a matarlo?

Aritoki no pudo responder: el aire se agolpaba con rabia en su pecho. Pero supo que sí, que era capaz de asesinar a Tadasue sin siquiera pestañear. Y eso lo aterró.

—¿No vas a responderme? —insistió el maestro Chikusa. Ante la falta de respuesta, lanzó un suspiro furibundo—. Una noche en el calabozo, Aritoki. Jamás creí que, de todos los samuráis aquí, fueras justamente tú el que necesitaría una lección de disciplina—. Volteó para mirar a Tadasue—. Ve a que te curen ese brazo. ¡Y deja de llorar, pareces una niña! Ay, estoy demasiado viejo para estas cosas.

Dos samuráis desarmaron a Aritoki y lo escoltaron al calabozo donde solían encerrar a los ladrones o condenados a muerte. Era la primera vez en su vida que estaba allí, encerrado entre los gruesos barrotes y custodiado por guardias que vestían el mismo uniforme que él. Cerca de la medianoche, se tumbó en la cama de paja que apestaba a orina e intentó dormir, pero le resultó imposible. No comprendía qué se había apoderado de él; a diferencia de Tadasue, Aritoki no

disfrutaba crear o participar en camorras. Se había unido al clan Sanehisa diez años atrás, cuando apenas tenía trece y usaba el flequillo largo igual que Gennosuke. Y desde aquel entonces su conducta siempre había sido intachable. ¿Qué lo había empujado a atacar al imbécil de Tadasue?

La rabia escaldaba en su interior: Gennosuke. Gennosuke tenía la culpa. Y Aritoki lo odiaba. No podía quitarse del corazón las almendras negras de sus ojos, el perfecto arco de sus labios y sus pies descalzos en el río. La furia palpitaba en su carne, cada vez que el muchacho brotaba en su memoria, y era un ardor molesto y placentero a la vez. Aritoki dio vueltas toda la noche, incapaz de dormir y de despegarse a Gennosuke de su alma inflamada.

Para el amanecer, la penitencia terminó. Dos samuráis abrieron la puerta de su jaula y le devolvieron la katana. Pero a pesar de que Aritoki podía pasearse de nuevo con libertad por la fortaleza, su corazón seguía atormentado. Cuando se cruzó con el maestro Chikusa en la sala de esgrima, este lo obligó a prometerle que no se metería en más problemas. Aritoki dio su palabra y la clase transcurrió con normalidad. Sin embargo, cada vez que la mirada de Aritoki se entrecruzaba con la de Gennosuke, él sentía que su sangre hervía.

Se contuvo hasta el atardecer, cuando por fin tuvo la chance de encontrarse a solas con Gennosuke.

No fue un arreglo pactado: Aritoki deambulaba por el patio principal y divisó al muchachito bajo la sombra de un gran cerezo. Las últimas luces violáceas del crepúsculo bañaban su rostro fantasmal, y las libélulas revoloteaban alrededor de su cabello. Durante un fugaz momento, una neblina vaporosa extinguió la rabia de Aritoki, quien se creyó deslizándose en un sueño perfumado a madreselva. Pero pronto la furia volvió a galopar en su pecho.

Al verlo, Gennosuke arqueó sus cejas con preocupación.

—¿Te encuentras bien, Aritoki-san? Quise visitarte el calabozo, pero no me lo permitieron.

—¡Cállate! —estalló el joven samurái—. ¡Todo esto es tu culpa!

Al oírlo, la cara de Gennosuke se enrojeció de ira, y el pequeño atisbo de amabilidad que había demostrado antes se desvaneció.

—¡Yo no te obligué a pelear con el bruto de Tadasue! —Lanzó un suspiro molesto—. Ese buey estaba resentido porque lo rechacé.

—¿Hasta cuando vas a continuar creando problemas? ¡Has traído el caos a esta fortaleza!

—No es mi culpa ser tan hermoso.

Aritoki respiró hondo, intentando calmarse.

—Has rechazado a todos los hombres de este clan. Si no vas a aceptar a ninguno, entonces córtate el cabello.

Gennosuke frunció el ceño, su belleza tornándose sombría.

—No todos se propusieron.

—¿Qué?

—He rechazado a todos hasta ahora —explicó con un mohín misterioso—. Pero no todos los hombres de este clan se propusieron.

Otra punzada atacó el pecho de Aritoki, y Gennosuke lo dejó solo. Allí, a la sombra del cerezo y con el canto de las cícadas arrullándolo, Aritoki comprendió el motivo de su angustia: los dioses lo habían enlazado a Gennosuke con el hilo rojo de amor. Y ese descubrimiento hizo que la angustia se transformara en júbilo.

12 de marzo 2:23.

—¡Espera! —interrumpió Kenji, alejando su mirada de la libreta de cuero y buscando los profundos ojos negros de Hirokata—. ¿Esta es una historia de amor entre dos hombres?

—¿Recién te das cuenta? —Hirokata soltó una risita desvergonzada—. ¿Hay algún problema?

—No por mi parte. —Le devolvió el mismo gesto sugerente—. Hokama-san pidió una historia de amor, no especificó que debía ser una historia heterosexual. Y las novelas Boy's Love se venden bastante bien, aunque no tanto como las heteros. En todo caso, puedo cambiarles el género a los personajes.

Hirokata rio más fuerte que antes.

—Pues hay un par de cosas que no podrás cambiar.

—No me digas cómo hacer mi trabajo.

Kenji notó que su taza de café estaba vacía. Iba a necesitar más cafeína, aunque ya sentía de nuevo esa picazón en las yemas de los dedos, ese entusiasmo por ponerse a escribir. Y todo gracias a ese extraño buenmozo. Estiró sus músculos antes de ponerse de pie y ofrecerle más té a Hirokata, quien se negó. En el trayecto hasta la cocina se deleitó en la tormenta que golpeaba el cielorraso en una sinfonía caótica: la noche perfecta para forjar una historia. Seguro que llovía igual que ahora la noche en que Mary Shelley ideó Frankenstein en la casa de Lord Byron, pensó escaleras arriba. Y ese pensamiento lo hizo sonreír. Lo segundo que lo hizo sonreír fue la presencia de Hirokata, esperándolo en su escritorio con esa aura tan misteriosa, como si se riera un chiste que solo él entendía.

—Bueno, ya estoy listo. —Al sentarse, Kenji bostezó.

—¿Seguro? Luces cansado.

El escritor sacudió la cabeza.

—Los escritores no necesitamos dormir, ¿recuerdas? Además, quiero saber cómo sigue la historia de Aritoki y Gennosuke.

CAPÍTULO CUATRO.

Agosto, 1828.

Aritoki no comprendía su propia alma. Cada día el aroma a los pinos y fresnos bañaba la fortaleza Sanehisa, y él intentaba cumplir con sus labores, pero de tanto en tanto se encontraba abstraído en un ensueño. Gennosuke había desatado una rabiosa primavera en su interior, y Aritoki se sintió despierto por primera vez en su vida.

Pero al mismo tiempo, su mente estaba envuelta en una telaraña.

Después de varias noches sin dormir, decidió escribirle una carta a Gennosuke. Pero al momento de mojar el pincel en la tinta se paralizó. La mente en blanco; jamás había escrito una carta de amor. Recordar la belleza del chico lo intimidó, así que solo escribió «*Encuéstrate conmigo la próxima luna llena, bajo la sombra del cerezo.*» Enrolló el papel y a la hora de la cena se escabulló a la cocina. Escondió la nota dentro de la boca del pescado que iban a servirle a Gennosuke.

No pudo dormir hasta la siguiente luna llena.

Esa noche toda la fortaleza dormía y solo las cigarras cantaban junto al estanque, Aritoki se vistió con su mejor kimono y se encaminó hacia los cerezos que bordeaban el portón. Era lo suficientemente lejos para que dos amantes tuvieran privacidad, custodiados por los árboles y los juncos que danzaban al viento, y con la luz plateada de la noche bañando las sombras.

Aritoki esperó bajo el cerezo, su corazón agitado y su frente algo sudada. Pronto la figura de Gennosuke se dibujó con las líneas blancuzcas de la luna, caminando sendero abajo para unirse a él. Sus pasos eran apurados y su coleta azabache se batía al andar. Cuando estuvieron cara a cara, Aritoki creyó desfallecer ante los hermosos rasgos del muchacho.

—Sabía que eras tú—dijo Gennosuke al verlo. Parecía enojado. Recién en ese momento Aritoki se dio cuenta de que no había firmado la nota.

—Recibiste mi carta.

—Por supuesto que la recibí; la pusiste en mi comida y casi me ahogo. El maestro Chikusa me dio primeros auxilios. Al ver esa caligrafía espantosa imaginé que ese trataba de Aritoki-san. Tampoco aclaraste bajo cuál cerezo me esperabas. ¡Hay un millón en esta maldita fortaleza! Por eso llegué tarde, y ahora estoy todo transpirado por tu culpa.

—L-lo siento.

Se hizo silencio, apenas interrumpido por las cícadas, y la luna refulgió sobre los labios de

Gennosuke de una manera particularmente bonita. Otra vez, Aritoki se sintió caminando en un sueño, pero también sospechó que el chico iba a rechazarlo.

—¿Dónde esta tu carta? —exigió Gennosuke, impaciente.

—No he escrito ninguna carta.

—¿Sin carta? ¿Tampoco un poema, ni un regalo? —Gennosuke bufó—. ¿Alguna vez has hecho esto antes?

—Sí, lo he hecho. —Recordó en voz alta—. Pero, desde el otro lado. Cuando era un muchachito y usaba el flequillo igual de largo que tú, un samurái de nuestro clan me confesó su amor con una carta atada a una ramita de ciruelo.

—¿Y lo aceptaste?

Aritoki se encogió de hombros.

—Por supuesto, venia de una familia prestigiosa y yo necesitaba un maestro. Cuando cumplí la mayoría de edad me corté el cabello y dejé de ser su aprendiz y amante, pero quedamos en buenos términos hasta que él falleció hace unos años.

Gennosuke frunció el ceño.

—Qué historia más deprimente. ¿Lo amabas?

Aritoki no respondió. Se dio cuenta de que nunca había conocido el amor, hasta que Gennosuke había llegado a la fortaleza.

—¿Por lo menos te gustaba acostarte con ese viejo? —insistió Gennosuke.

—Qué directo eres —se quejó Aritoki. Luego envolvió a encogerse de hombros—. Era mi deber.

Gennosuke resopló, enfadado, y se paseó haciendo círculos debajo del gran cerezo. Aritoki siguió sus pasos, el corazón inflamado e impaciente.

—Pues yo nunca he tenido un amante —confesó Gennosuke—. Por eso todavía uso el flequillo largo. Me prometí dejármelo hasta conocer al verdadero amor, aunque todavía no se me ha confesado nadie que me guste.

Aritoki ponderó en aquellas palabras, y de pronto reparó en la locura que había cometido al invitar a Gennosuke. Un samurái tomando de amante a un muchachito aprendiz era una cosa, una relación entre dos samuráis adultos era considerada homosexualidad. Y no era tan bien visto, especialmente si eran compañeros del mismo clan. Por supuesto, a muchos hombres eso no les importaba. El amor le ofuscaba los sentidos hasta al más severo de los samuráis, y ahora Aritoki estaba sintiendo eso en carne propia. Y todavía así, no se arrepentía de su encuentro con Gennosuke. Pasar algunos minutos bajo la luz de la luna junto al muchacho era un regalo, así que embebió cada detalle de esa escena para llevársela consigo a la eternidad. Los ojos oscuros de Gennosuke, coronados por esas gruesas pestañas azabache, el puente de la nariz recibiendo los reflejos de las estrellas, los labios mullidos teñidos de lavanda gracias a la oscuridad de la noche,

y la fragancia de los cerezos arrastrando a Aritoki a un hechizo embriagador.

—¿Bueno? —lo apuró Gennosuke—. ¿Para qué me has pedido que venga?

Aritoki se quedó mudo, y eso enfureció más a Gennosuke

—Me haces perder el tiempo —refunfuñó el chico, y se alejó dando trancazos.

Una punzada de desesperación atacó a Aritoki. Ver a Gennosuke alejándose era enloquecedor, y se encontró persiguiéndolo por el sendero bordeado por los juncos y las violetas.

—Espera, espera —dijo jadeante. Gennosuke se detuvo y giró para mirarlo. Su cara pálida parecía la de un fantasma hermoso, y a Aritoki le temblaron las rodillas. ¿Por qué la belleza era tan aterradora? Pero ya había cruzado un umbral del que no había vuelta atrás. Tampoco quería volver atrás, a esos fríos inviernos aburridos. No después de que el verano de Gennosuke lo azotara con ese dolor vibrante y magnífico. Solo había un camino posible, y Aritoki sabía que era el correcto, a pesar de que el mundo dijera lo contrario—. Gennosuke, ¿quieres ser mi amante?

La expresión de Gennosuke cambió; una sonrisa delicada suavizando todo su semblante juvenil.

—Bastante te has demorado. Estuve esperando tu confesión desde el día en que llegué.

CAPÍTULO CINCO.

Septiembre, 1828.

Después de haberse confesado, Aritoki no tuvo otra oportunidad de reunirse con Gennosuke. Por supuesto se veían en el comedor y en las prácticas de esgrima del maestro Chikusa, y de tanto en tanto se cruzaban en los corredores de la fortaleza o durante alguna tarea del clan Sanehisa, pero los primeros días de otoño se aproximaban y los dos muchachos no habían vuelto a encontrarse a solas. Tampoco dormían en la misma barricada, así que la angustia crecía en el pecho de Aritoki con cada noche que pasaba.

Temía que, con el paso del tiempo, la pasión del jovencito por él se apagara y se arrepintiera de haberlo aceptado. Pero también temía arruinar las cosas con un primer encuentro improvisado y torpe. Tenía que ser especial.

Un mediodía, contemplando las copas de los cerezos ya teñidas de ocre y anaranjado, Aritoki tuvo una idea que lo hizo sonreír. Para el atardecer, cuando se liberó de sus deberes, buscó papel y tinta y escribió una nota que decía: «*Encontrémonos en las afueras de la fortaleza el primer día de otoño.*» Cortó una ramita de crisantemo de los jardines y enrolló la nota en ella, y cuando se cruzó con Gennosuke en los corredores, la deslizó con discreción entre sus dedos al pasar.

El primer día de otoño llegó con una majestuosidad rojiza y melancólica, y el viento acariciaba la cara de Aritoki quien aguardaba por su amante bajo un fresno en las afueras de la fortaleza Sanehisa. Estaba nervioso, hasta que divisó a Gennosuke caminando hacia él. Tan solo verlo lo hizo sonreír, llevaba el sedoso cabello atado en una cola de caballo, y un kimono lavanda que resaltaba el sonrojo en sus mejillas. El corazón de Aritoki dio un vuelco cuando tuvo al muchachito cara a cara, tan solo el viento cantando entre ellos. Durante unos largos momentos, ninguno de los dos pronunció una palabra, tan solo se miraron, como perdidos en un hechizo.

—¿Adónde vamos? —Gennosuke rompió el silencio, y Aritoki recordó los planes que tenía para ese día.

—A Miyagino —respondió, ya encaminándose por el estrecho sendero bordeado por violetas que guiaba hacia el norte.

—¿Miyagino? —Gennosuke lo siguió con pasos apresurados, sus sandalias de madera repiqueteando—. ¿Por qué allí?

—No es tan lejos, llegaremos para la tarde —explicó con una sonrisita misteriosa—. ¿Alguna vez estuviste allí?

Gennosuke sacudió la cabeza.

—Pero, de todos los lugares, ¿por qué justo Miyagino?

Había dos razones: la más práctica era que Miyagino, con sus pacíficas montañas y ríos, estaba lo suficientemente lejos como para que ellos pudieran pasear sin preocuparse por miradas indiscretas. Pero Aritoki obvió esa razón y solo mencionó la segunda, la más romántica.

—Hoy en día, es el único lugar donde florecen los tréboles. Antes de la era Kambun los podías encontrar por todo Japón, pero ahora solo los encuentras en los campos de Miyagino.

Gennosuke sopló una risita por lo bajo.

—¿Y tu plan para nuestro primer encuentro es salir a recoger tréboles?

Aritoki sintió una punzada de miedo.

—¿No te agrada la idea?

—Sí, es muy original. Me gusta mucho.

Esa respuesta lo tranquilizó, y descendieron por la colina hasta entrar a la ciudad. A pesar de que el verano ya se había retirado, la caminata les provocó un calor sofocante, y al pasar por un puesto callejero Aritoki le compró a Gennosuke una pantalla para que se abanicara.

—¿Tu amor es tan ardiente que necesitaré un abanico? —Gennosuke aceptó el regalo, y Aritoki se puso rojo de vergüenza.

Cogieron un carro que los condujo hasta las afueras, y todo el trayecto Aritoki contempló cómo su amante se abanicaba con la pantalla de grandes abejorros y pimpollos de durazno pintados a mano, dejando escapar un suspiro nostálgico de tanto en tanto mientras contemplaba el paisaje a través de la cortina de bambú.

Cuando llegaron a Miyagino, el sol resplandecía con timidez entre las copas de cipreses teñidas de anaranjado y amarillento, y el graznido lejano de los cuervos se fundía con el zumbido de los insectos. Aritoki y Gennosuke se internaron entre los árboles ginkgo y abetos blancos, maravillándose con el brillo del sol entre las telarañas de las ramas altas. Caminaron a lo largo de un arroyo delgado, bordeado de helechos y juncos que se mecían con la suave brisa perfumada de otoño. Y, sin embargo, no había ni un trébol a la vista.

—¿Has encontrado alguno? —preguntó Aritoki, examinando entre los campos donde todavía languidecía algo del verdor del verano.

—Todavía no —respondió Gennosuke unos metros más lejos, sumergido entre dientes de león y raíces de cola de caballo.

El sol ya se estaba hundiendo rosado entre las colinas del este cuando Aritoki y Gennosuke se sentaron en la hierba para tomarse un descanso. Bandadas de garzas surcaban el crepúsculo, y ellos no habían encontrado ni una sola plantita de trébol.

—Supongo que soy un fracaso —suspiró Aritoki, descorazonado.

Sin dejar de abanicarse, Gennosuke soltó una risita.

—¿Por qué dices eso? Este lugar es muy hermoso.

Aritoki alzó la vista hacia las montañas.

—¿Se parece a Asahi? Nunca he estado allí, ¿cómo es?

—¿Y por qué viajarías allí? —Gennosuke rio todavía más fuerte—. Creo que pocos hombres siquiera saben de la existencia de Asahi. Es un mundo aparte, un pueblo minúsculo rodeado de montañas y cedros con raíces de más de cien años. En primavera los arcoíris se funden entre los árboles de melocotón. En verano, una serenada de cícadas y sapos arrulla los campos de arroz durante las húmedas noches. Los otoños son una magnífica paleta de rojo, anaranjado y dorado, y en inviernos los copos de nieve resplandecen bajo la luna llena. —Gennosuke soltó un suspiro—. ¿Sabes? Crecer allí fue aburridísimo. Cuando era niño lo odiaba, pero ahora me doy cuenta de lo hermoso que era.

—Es la naturaleza del hombre valorar las cosas solo después de perderlas.

Hicieron una pausa para contemplar la suave línea de árboles oscuros perderse en cielos color ámbar. Y en la mente de Aritoki todavía retumbaban las palabras de Gennosuke.

—Tienes una forma de expresarte muy hermosa.

—Supongo. Siempre he sido talentoso con las palabras. A los once años ya era experto tanto con la espada como con la pluma.

—Debías tener muchos pretendientes —comentó Aritoki algo celoso.

Gennosuke rio a carcajadas.

—¿A quién podía interesarle un provincianito que criaba gusanos?

A mí, quiso decir Aritoki, pero guardó silencio. Gennosuke continuó:

—Por eso vine hasta Edo: quería convertirme en un gran samurái y vivir un gran amor. ¡Una vida gloriosa, y una muerte gloriosa! ¡Nada de tibieza, quiero vivir mi vida a pleno y cuando muera llegar al otro mundo con un gran estruendo!

Gennosuke se dejó caer entre risas, su cabello azabache despeinado y esparcido en caracolas entre los dientes de león.

—Y lo lograrás —suspiró Aritoki—. No he conocido a nadie como tú. Tú...brillas, no sé cómo explicarlo.

Vio a Gennosuke cerrar los ojos, y su belleza lo sobrecogió. Sentía tantos deseos de besarlo, ¿sería correcto en su primer encuentro? Aritoki recordaba que su antiguo amante lo besaba solo durante los albores de la pasión, nunca fuera del lecho. Y ningún beso había sido memorable para él. Pero en esta situación, siendo la parte mayor de la pareja, no estaba seguro de cómo tomar la iniciativa. ¿Y si Gennosuke se molestaba?

—Bueno, ¿vas a besarme o no? —protestó Gennosuke sin abrir los ojos—. ¿Cuánto tiempo voy a tener que quedarme acostado luciendo hermoso, fingiendo que no sé lo que ocurre?

—¡Qué directo eres! —se acaloró Aritoki. Y sin perder el tiempo, acercó su rostro al de

Gennosuke. Le acunó las mejillas con ambas manos y le besó los labios con delicadeza. Eran tan suaves y exquisitos como imaginaba, tal vez más, y pudo sentir al chico suspirando dentro de su boca. El tiempo se detuvo para Aritoki, y deseó en silencio permanecer en aquel campo de tréboles para toda la eternidad. Los insectos revoloteaban dentro de sus párpados y estómago, y la boca de Gennosuke sabía tan dulce...

Estaban jadeantes cuando por fin separaron sus labios, Gennosuke lucía un sonrojo que lo hacía ver todavía más adorable. Aritoki quiso besarlo de nuevo, pero cuando volvió a inclinarse sobre él, el muchacho giró la cara.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Ahí hay uno!

Aritoki también giró el cuello, a escasos centímetros brotaba un tímido retoño de trébol, tan verde como el jade. Entusiasmado, estiró el brazo para arrancarlo, pero Gennosuke se lo impidió.

—¡No! Déjalo crecer...hay tan pocos.

Aritoki sonrió, y alejó los dedos del pequeño trébol para acariciar la mejilla de Gennosuke. Tumbados entre los dientes de león, se besaron una y otra vez hasta que las cigarras comenzaron a chirriar en la naciente oscuridad, y los amantes repararon con tristeza en que debían volver a casa.

Octubre, 1828.

El sol del mediodía obligó a Aritoki a usar un sombrero de paja mientras patrullaba la capital junto a otros dos samuráis del clan Sanehisa; el pendenciero Chiyo y el regordete Kenzo. Había sido una mañana tranquila; apenas habían tenido que separar la pelea entre dos criadores de perros, lo que llevó a que uno de los canes mordiera a Chiyo. El samurái caminaba sujetándose el antebrazo ensangrentado y Kenzo se burlaba de él, y Aritoki iba al frente del grupo. Deambularon por las angostas calles, ajetreadas con los vendedores ambulantes en sus carros, las geishas y los comerciantes. Al encontrarse cerca de una tienda que exhibía coloridos abanicos y sombrillas pintados con grullas y abejorros, Aritoki se detuvo. Sus ojos también vagaron por los peines de jade y carey, y por las botellitas de perfume a jazmín y rosa china. Se preguntó si acaso podría comprarle un regalo a Gennosuke.

—¿Qué estás mirando? —Kenzo se acercó, curioso—. Esos son regalos para mujer. ¿Acaso tienes una prometida, Aritoki-san?

—Claro que no. —Se apuró a responder Aritoki—. Solo estaba mirando.

Vio a Kenzo abrir la boca, pero no alcanzó a decir nada. En la calle de enfrente otros dos samuráis vistiendo el dragón negro y dorado del clan Sanehisa se acercaban. El corazón de Aritoki se aceleró al ver que uno de ellos era Gennosuke. A pesar de su corta estatura y la suavidad casi femenina de sus rasgos, un aura amenazante emanaba del chico cuando cargaba las

dos espadas a la cintura. Sus ojos resplandecieron al divisar a Aritoki, pero se esforzó en mantener su porte frío cuando los dos grupos intercambiaron saludos.

—¿Qué le pasó en el brazo? —preguntó Chouko, el compañero de Gennosuke.

—Lo mordió un perro —explicó Aritoki.

—¡Era un monstruo rabioso! —refunfuñó Chiyo—. ¡Casi me mata!

—Era un pequinés —agregó Kenzo, todavía riéndose.

—¿Ya terminaron sus rondas? —preguntó Aritoki a los otros dos.

—Nos queda llevar estas ofrendas al templo del monte Utsu —respondió Chouko, señalando la canasta de frutas y flores que cargaba Gennosuke.

Aritoki se aclaró la garganta y trató de sonar natural.

—Hay que limpiarle la herida antes de que se le infecte. ¿Por qué no llevan a Chiyo a la fortaleza mientras Gennosuke y yo visitamos a los monjes?

Notó una sonrisita casi imperceptible curvar los labios sonrojados de Gennosuke, quien bajó la vista y no dijo nada. Chouko aceptó la petición y pronto los tres samuráis se alejaban en el sendero colina arriba a los cuarteles del clan Sanehisa.

Ya solos, Gennosuke y Aritoki se encaminaron en dirección contraria, pero ninguno de los dos pronunció una palabra durante largo rato. Aritoki no las necesitaba tampoco: era feliz con tan solo caminar bajo los faroles junto a Gennosuke, con el aire perfumado a heno y crisantemos acariciándoles los rostros.

—Inventaste esa mentira para que pudiésemos estar solos, ¿no? —rió Gennosuke por lo bajo. Aritoki no respondió, solo sonrió.

Se alejaron de las casas y tiendas, y recorrieron un camino bordeado por durazneros que los condujo hasta la base del monte Utsu. Allí un templo de paredes de roca se alzaba acompañado de pinos negros y ciruelos, cuyas ramas semidesnudas masajeaban los aleros de la pagoda.

Atravesaron la entrada principal, y los ojos de Gennosuke devoraban con curiosidad cada columna, cada flor adornando el templo, cada vela a los pies de la enorme figura de Buda en el altar principal. Aritoki iba a decir algo, pero la aparición de un monje lo interrumpió.

—Qué gusto verlo, Manaba-san. —El hombre de túnica y cabeza afeitada le dedicó una reverencia profunda y cortés a Aritoki. Luego sus ojos estudiaron a Gennosuke con compasión.

—Un honor estar aquí. El señor Sanehisa envía una ofrenda para mantener el favor de Buda durante el próximo año.

Gennosuke extendió la canasta y unos duraznos cayeron rodando. Con torpeza, el chico se inclinó a recogerlos.

—Muchas gracias. ¿Desean rezar en representación a su amo, para el bienestar de su clan?

Aritoki asintió, aunque no era muy asiduo a rezar. El monje los condujo hacia el altar principal, donde se alzaba un majestuoso Buda bañado en oro. Un profundo aroma a incienso se

mezclaba con el perfume de los lotos y jazmines que adornaban el altar. Otro monje oraba a unos metros de distancia, su figura una pequeña montaña anaranjada mientras otro monje marcaba un ritmo preciso con el tambor.

El hombre que los guiaba invitó a Aritoki y Gennosuke a arrodillarse frente al altar, y les indicó que junten las palmas y cierren los ojos. Así lo hicieron.

—¿Y ahora qué hacemos? —Gennosuke rompió el silencio, molesto.

—¿Es tu primera vez rezando? —rió Aritoki, enternecido por la evidente inocencia del chico—. ¿Acaso no había templos en Asahi?

—Por supuesto que los había —respondió casi ofendido—, pero en mi familia no somos budistas.

—No seas irrespetuoso. —Lo regañó Aritoki, pero escuchó al monje riendo por lo bajo.

—No es ninguna ofensa. ¿Y en qué creía tu familia, jovencito?

—Bueno...los campesinos que trabajan de sol a sol no tienen mucho tiempo libre para rezar. ¿En qué creíamos? Pues, no lo sé. En el viento, supongo, y en las montañas, y en la lluvia.

Aritoki se encontró sobrecogido, como siempre que Gennosuke hablaba sobre su hogar. Había algo en las palabras del chico que lo envolvía en un suave hechizo y le aceleraba el corazón.

—Pues no tiene mucho sentido que recen si sus deseos no son sinceros. —El monje miró de nuevo a Aritoki—. No se preocupen, yo rezaré por el bienestar de su amo. Su deber está cumplido. Pero ya que están aquí, mejor recen por lo que verdaderamente ansían.

El samurái suspiró, y el aire le dolió en el pecho. Miró a Gennosuke, sentado a su lado, y la forma en que las velas moldeaban sus preciosos rasgos. El chico le devolvió una mirada delicada, como si estuvieran hablando sin pronunciar una palabra.

—¿Cuál es el punto? —murmuró Aritoki, dolorido por el mismo amor que lo estaba engullendo—. ¿Qué sentido tiene rezar por cualquier cosa? A fin de cuentas, todos morimos. Cualquier belleza por la podamos rogar llegará a su fin, y ninguna plegaria puede evitarlo. Todos los cerezos se marchitan, todos los amantes se separan.

—Precisamente por eso. —El monje sonrió—. Cada vida en este mundo flotante es hermosa, precisamente porque no es eterna. Es su condición efímera lo que hace valiosa a la vida.

—No comprendo —dijo Gennosuke.

—Entonces intentaré explicártelo con una historia. Hace muchos años, durante la era Heian, había una cortesana llamada Emiko. Era famosa por su belleza, todas las noches recibía miles y miles de cartas de amor, y los hombres se abrían el vientre si ella los rechazaba. Sin embargo, conforme comenzó a envejecer y su juventud se esfumaba, el miedo se apoderó de ella. Temía que, si envejecía y perdía su belleza física, nadie la amaría. Confundida y aterrorizada, siguió el consejo de una de sus damas de compañía, que era asidua a la hechicería, y tomó un baño en la laguna de Isamu. Según la leyenda, quien se bañara en sus aguas durante una noche de luna

oscura se convertía en inmortal.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Gennosuke, ansioso.

—Para Emiko el tiempo se detuvo, lo que significaba que no podría morir. Pero fue justamente eso lo que le arrebató de toda su belleza. Así que su deseo se convirtió en una maldición.

Aritoki hizo una larga pausa, ponderando con cuidado las palabras del monje.

—No comprendo —pensó en voz alta.

—Todo tiene un propósito de ser —sonrió el monje—, aunque los hombres no lleguemos a comprenderlo. La muerte tiene un propósito también. Le otorga valor a la vida. Por eso rezamos, para enraizarnos en el presente. La vida no sucede ni en el pasado ni en el futuro, el ahora es lo único que poseemos, si es que el hombre realmente posee algo en esta vida. —Aritoki seguía sin comprender—. Todavía eres joven para comprenderlo, Manaba-san. Pero cuando se disipe la impulsividad de tu juventud, lo entenderás.

Aritoki asintió, y rezó en silencio junto a Gennosuke. Cerró los ojos y dejó que el tiempo se esfumara, fundiéndose en el aroma del incienso. Durante unos momentos su concentración se rompió, tratando de imaginar por qué estaría rezando Gennosuke. Abrió los párpados y lo observó: tan pacífico, tan hermoso, orando con sus palmas juntas y sus ojos cerrados. En ese preciso momento, Aritoki supo por qué rezar. Volvió a cerrar los ojos y no le importó si Buda se molestaba, solo deseó que su alma y la de Gennosuke se unieran en una para toda la eternidad. No deseaba ninguna otra cosa por el resto de su existencia.

Cuando volvió a abrir los ojos, descubrió que los monjes se habían retirado. El fuego de algunas velas se había extinguido, pero el perfume de a loto y jazmines languidecía junto al incienso. Afuera, el atardecer había teñido el bosque de ocre oscuro, y los insectos empezaban a entonar una sinfonía nocturna junto a las ranas de la ciénaga.

—Deberíamos regresar —dijo Aritoki, y Gennosuke obedeció.

Dejaron el templo y descendieron por la colina del monte Utsu. Era una noche de luna oscura, como la del cuento que el monje les había contado, y se les hizo difícil encontrar el rumbo hacia la fortaleza Sanehisu. Los sonidos ominosos del bosque nublaron el ánimo de Aritoki, la historia que les había contado el monje lo había dejado intranquilo, y recordó que la laguna de Isamu no quedaba demasiado lejos de allí. La había pasado en numerosas ocasiones durante sus viajes, y nunca le había llamado la atención. Apenas era un banco de aguas verdosas y poco profundas, bordeado por algunos juncos y malezas, sin ninguna apariencia mágica o memorable.

Mientras atravesaban el sendero bordeado por cerezos, Aritoki sintió que Gennosuke le cogió los dedos con timidez, y ese simple contacto fue suficiente para que un relámpago subiera por su columna vertebral.

—Te quiero, Aritoki-san —susurró el chico en la oscuridad, envolviéndole el dedo índice y

mayor con los suyos.

Él quiso responderle, pero las emociones que le acongojaban el pecho eran tan intensas que le atoraron las palabras en la garganta. Solo apretó esos delicados dedos entre los suyos, y escuchó la respiración de Gennosuke en la negrura, deseando nunca más regresar a la luz.

Para cuando los guardias les abrieron el portón de la fortaleza Sanehisa, a la distancia los lobos aullaban la llegada de la madrugada. Los dos samuráis cruzaron el patio perfumado a arces, y se estaban preparando para separarse cada uno a su barraca, cuando el maestro Chikusa los interrumpió.

—Buenas noches, Chikusa-san. —Aritoki le hizo una reverencia—. Venimos de dejar la ofrenda en el templo del monte Utsu. La oscuridad nos retrasó.

El hombre no dijo nada. Su semblante lucía más severo que de costumbre, y llevaba los brazos cruzados sobre su pecho. Después de observar a Gennosuke durante unos largos instantes, finalmente dijo:

—Vengan conmigo a la sala de esgrima.

Obedecieron, y con cada paso el corazón de Aritoki se agitaba, advirtiéndole que algo no estaba bien. Recorrieron los pasillos de la fortaleza hasta que se encontraron en la sala de esgrima, vacía a aquellas horas de la noche. El maestro Chikusa encendió una lámpara, y la madera del piso relució como un espejo. Luego el hombre se sentó sobre sus rodillas en su sitio habitual.

—Peleen —ordenó con voz calma.

Tanto Aritoki como Gennosuke se quedaron paralizados.

—¿Maestro? —preguntó Aritoki.

—Ya escucharon: cojan dos espadas de madera, pónganse la protección y peleen. Quiero verlos enfrentarse.

Los dos muchachos volvieron a entrecruzar miradas. Aritoki vio su propio miedo reflejado en los ojos de Gennosuke, pero no tuvo más remedio que obedecer. Se apartaron unos metros y eligieron dos espadas de madera de la estantería en la pared. Mientras Aritoki se ataba el peto de madera notó que sus dedos estaban temblando. No era la primera vez que le tocaba practicar con Gennosuke, pero había algo en aquella situación que le molestaba. Tomó un respiro hondo y se colocó el casco protector. Caminó hacia el centro de la sala, donde Gennosuke ya se estaba poniendo en guardia. A través de las rejas de metal del casco, pudo divisar la mirada de su amante como dos piezas de carbón encendido.

El maestro Chikusa dio la orden, y el enfrenamiento comenzó.

El bambú de las espadas hizo un sonido seco al reverberar con los primeros golpes. Pero a Aritoki le costaba concentrarse: no quería pelear con Gennosuke, ni tampoco comprendía el

propósito de aquel ejercicio. Bloqueó algunas estocadas del otro, y respondió con unos ataques a los antebrazos enguantados con cuero. Dibujaron algunos círculos al desplazarse, y compartieron unos ataques más. Gennosuke logró golpearle el lado izquierdo del casco, y Aritoki sentía el golpe rebotar entre sus oídos. A su vez, él logró asestarle unos golpes en el faldón derecho y en otro brazo.

El sudor le bañó la espalda, caliente y molesto, y durante unos momentos Aritoki recordó que debajo de la belleza casi infantil y frágil de Gennosuke, había un guerrero feroz. El chico se impulsó hacia adelante con una estocada veloz, y Aritoki apenas logró esquivarla. Contrató con un golpe al frente del casco, y se escuchó así mismo soltar un atisbo de miedo. En una pelea real, sin cascos ni espadas de madera, la precisión de ese golpe podría haberlo decapitado, de no ser porque Gennosuke frenó el impulso a último segundo. Y en una batalla real, Aritoki hubiera aprovechado esa debilidad para dar el golpe mortal. Pero él también se encontró conteniéndose.

Intercambiaron un par de golpes más, hasta que el maestro Chikusa detuvo el ejercicio y les ordenó sentarse a su lado.

Aritoki se quitó el casco, Gennosuke hizo lo mismo. El cabello húmedo y el rostro transpirado le otorgaba cierta sensualidad que distrajo a Aritoki.

—Se preguntarán porqué quería verlos pelear. —El maestro hizo una pausa y soltó una larga exhalación—. Un rumor llegó a mis oídos esta mañana. De hecho, ese rumor está circulando por la fortaleza desde hace meses. —No necesitó decir más para que los tres supieran de qué estaba hablando. Aritoki sintió una punzada de vergüenza en su pecho que lo obligó a bajar la vista. Cuando volvió a alzarla, con el rabillo del ojo vio que Gennosuke permanecía estoico. El chico era más valiente que él. La voz cavernosa de Chikusa volvió a llenar el aire—. Poco me importa lo que un hombre haga en privado, o con quien. Pero saben bien que el ambiente político se está revolviendo. No sabemos cuánto tiempo durará esta paz que ustedes siempre han conocido. Cuando los veteranos escuchamos sobre los barcos occidentales que surcan nuestras orillas, o las noticias de los mongoles amenazando las fronteras chinas, sabemos que en esta vida nunca se puede dar nada por sentado. Mucho menos la paz. Un samurái siempre debe estar preparado para morir. Ese es su deber. Y un hombre no puede dar todo de sí en una guerra si tiene un ser amado en el mismo campo de batalla que él. Mientras algo o alguien lo mantenga apegado a esta vida terrenal, nunca estará realmente listo para hacer ese sacrificio final. —Tomó otra profunda bocanada de aire y se puso de pie—. Sea lo que sea que ustedes tienen, ténganlo ya. —Le dedicó una última mirada a Gennosuke antes de abandonar la sala—. Aritoki, si quieres un amante búscalo en otro clan; no me interesa si es un hombre. Y Gennosuke, córtate el flequillo de una maldita vez.

El silencio pesaba una tonelada entre aquellas paredes vacías, y Aritoki sintió que su esternón se partía en dos. Aun así, permaneció sentado sobre sus rodillas, emanando el aire que le

aprisionaba el pecho, sin decir una palabra. Escuchó la respiración de Gennosuke, un sutil lamento, y su sufrimiento se multiplicó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró Gennosuke como un animal herido, su voz casi inaudible.

—Lo has oído —sentenció Aritoki—. Nuestro deber.

Apretó los dientes, y notó que su mandíbula estaba temblando. La explosión de Gennosuke se sintió como una katana abriéndole el vientre.

—¡Eres un cobarde! —gritó antes de esfumarse de la sala dando furiosos trancazos.

Una vez solo, Aritoki lloró.

12 de marzo 4:17.

La tormenta azotaba el techo y el firmamento con relámpagos, pero el sueño había derrotado a Kenji. Hirokata observó al joven escritor dormido sobre el escritorio, su cara enterrada entre sus antebrazos, y no pudo evitar sonreír. Se tomó unos largos instantes para observar esos delgados brazos pálidos extendidos sobre la mesa de roble. Entre sus dedos todavía descansaba el bolígrafo. él se lo quitó con cuidado.

—Kenji. —Le dio unos suaves golpecitos en el hombro, pero la única respuesta que obtuvo fue un ronquido.

Hirokata volvió a sonreír, luego se puso de pie y rodeó el escritorio. Con delicadeza le quitó a Kenji los anteojos de fino armazón dorado, luego lo cogió del brazo y logró ponerlo de pie. El escritor refunfuñó un poco, sin abrir los ojos, y Hirokata lo alzó sobre su espalda con facilidad.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó, pero de nuevo, la única respuesta fueron unos ronquidos inentendibles.

Cargándolo sobre la espalda, Hirokata recorrió la casa con pasos cuidadosos, mientras una sinfonía de truenos rugía afuera. Luego de travesar un estrecho y corto pasillo, Hirokata cruzó una puerta. Tanteó la pared en la oscuridad hasta que encontró el interruptor, y el dormitorio se iluminó con la luz cálida de una lámpara colgante en forma de átomo. Entre las cuatro paredes pintadas del mismo verde inglés que el sofá había una cama, enmarcada por dos mesas de noche de bambú atiborradas de libros. Hirokata acostó a Kenji, le acomodó con ternura la cabeza sobre una de las almohadas y lo arropó con el mullido acolchado.

Tomó asiento en la cama y miró alrededor; estudió cada detalle de ese dormitorio: los cuadros con ilustraciones botánicas, el pequeño estante con todavía más libros, la enorme planta tropical en la esquina de la ventana.

Le gustan las plantas y los libros, pensó Hirokata en voz alta. Otro trueno retumbó en el cielo, y recordó el sofá en el estudio. Decidió dormir allí. Volteó la vista de nuevo hacia el rostro

dormido de Kenji.

—Te he extrañado —susurró Hirokata mientras con dulzura le apartaba unos mechones de la frente.

CAPÍTULO SEIS.

12 de marzo 11:28.

Kenji abrió los párpados con lentitud y se descubrió en su cama. Escuchó que afuera ya no llovía, y bajo el calor reconfortante del acolchado, estiró los músculos entumecidos de sus piernas. Por costumbre extendió el brazo hacia la mesa de noche en búsqueda de sus anteojos. Y después, poco a poco, fue recordando el resto de los eventos de la noche anterior. El ataque de pánico. El hospital. El puente.

Y Hirokata.

Hirokata había cambiado el curso de las cosas. Kenji dejó escapar una profunda exhalación, hundiendo la nuca en la almohada, y sonrió al recordar esos ojos negros. Luego una punzada en su pecho le borró la sonrisa: ¿Y si Hirokata era otra alucinación? Era demasiado perfecto para ser real.

No, no estaba tan loco. Por supuesto que Hirokata había sido real. Y otra cosa lo preocupaba: ¿realmente había dejado entrar a un desconocido a su casa? ¿Por qué ese hombre alto de aspecto melancólico se había ganado su confianza con tanta rapidez? ¿Acaso Kenji caía tan fácil por una cara bonita?

No importaba: quién sabe dónde estaría Hirokata ahora. Pensar que jamás volvería a verlo le provocó una tristeza horrenda. Tal vez era para mejor. Era hora de regresar a la rutina, de terminar la maldita novela romántica. Gracias a la historia de samuráis que Hirokata le había narrado, la inspiración danzaba en su pecho.

—Menos mal que no era Jack el destripador, o hubiera amanecido muerto —suspiró al levantarse de la cama—. Esa es una buena historia para una novela, para cuando termine la historia de amor de los samuráis.

No podía esperar a desayunar para después ponerse a trabajar, pero al ver sus propios pies descalzos sobre la alfombra de piel sintética, otro pensamiento lo paralizó: ¿Cómo había llegado a la cama? No recordaba acostarse.

Las palpitaciones estaban creciendo en su pecho cuando escuchó unos pasos en el corredor, y luego unos golpecitos en la puerta.

—No joda, enfermera Ratched —protestó. Se volvió a acostar con un movimiento violento, cubriéndose hasta la nariz con el acolchado—. Es demasiado temprano.

Pero al abrirse la puerta, un sonriente Hirokata estaba del otro lado.

—¿Kenji-kun? ¿Estas despierto?

Kenji volvió a sentarse en la cama, y su pulso se aceleró al ver de nuevo esos ojos profundos y de párpados caídos, esa piel pálida resplandeciendo por la lana blanca de su sweater. Comprobó de nuevo que Hirokata no era una alucinación, y que, por alguna razón misteriosa, lo hacía sentir a salvo. Una alegría recorrió su interior al ver esa alta figura en el umbral de su dormitorio, poniéndose las manos en los bolsillos del pantalón negro.

—C-creí que te habías ido —murmuró Kenji.

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. El desayuno está listo. O mejor dicho el almuerzo.

—¿Qué hora es? —Otra vez Kenji manoteó en vano la mesa de noche en búsqueda del teléfono.

—Casi mediodía. Te espero abajo.

Hirokata volvió a desaparecer, y Kenji se levantó. Caminó hasta el baño contiguo y se dio una ducha rápida. El agua caliente lo acariciaba y su mente no dejaba de dar vueltas. ¿Por qué Hirokata no se había ido? ¿Y por qué lo entusiasmaba tanto verlo de nuevo?

Se sintió todavía más estúpido por vestirse con unos tejanos y su sweater favorito, ese del mismo color del café con leche. Normalmente pasaba todo el día en pijama, pero en esa ocasión incluso se miró el trasero en el espejo antes de salir de su cuarto.

Bajó las escaleras y cruzó la sala hasta la cocina. Vio la ancha espalda del otro mientras preparaba algo. Giró y sus ojos se encontraron de nuevo, cada vez que Hirokata sonreía, Kenji sentía las rodillas débiles.

—Preparé arroz, sopa de miso y algunos arenques —dijo mientras servía diversos platos en la barra que separaba la cocina de la sala.

—¿Hiciste todo esto? —Kenji se sentó en uno de los taburetes, incrédulo—. No era necesario. Siempre desayuno tostadas con mantequilla.

—No es algo muy nutritivo; debes mantenerte sano, especialmente trabajando en una novela. Quise hacerte café, pero no sabía usar la máquina.

—Yo lo hago. —Kenji bajó del taburete y dio unos pasos hacia la mesada. Encendió la cafetera y se preparó una taza—. ¿Quieres Marfil negro?

—¿Esos granos no se consiguen de los excrementos de elefantes?

—Sí, pero es el café más exquisito y caro del mundo.

—Prefiero el té verde. Gracias. —Hirokata vertió la tetera de agua hirviente en uno de las tazas. Kenji volvió a sentarse en el taburete de la barra, cogió los palillos y probó el arroz—. ¿Qué tal está?

—Delicioso. —Se tapó la boca para contestar mientras masticaba. —Es el arroz más esponjoso que probe en mi vida.

—Habría preparado pescado, pero no tenías. Solo hay naranjas en tu refrigerador.

Kenji asintió; los viernes solía comprar los víveres por Internet, pero con todos los problemas de ayer no había podido hacer la compra, y su refrigerador y alacena estaban casi vacíos. De pronto reparó en que sin teléfono ni computadora no tenía acceso a Internet. Además, el año anterior había arrancado de la pared el teléfono de línea, cuando Hokama-san no dejaba de interrumpirlo durante la edición final de “El profanador de tumbas”. Pero le gustaba mucho esa sensación de estar aislado del mundo, como si no hubiera en el universo nadie más que Hirokata y él.

La piel de Hirokata todavía poseía ese amaderado y seductor aroma a cerezos.

—No tenías que molestarte —murmuró Kenji—. La comida, y dormir aquí...

La sonrisa de Hirokata se esfumó.

—Estoy molestándote.

—¡No, no quise decir eso! Me refiero... ¿no hay nadie esperándote en casa?

Sacudió la cabeza.

—Vivo solo, igual que tú.

Kenji bajó la vista hacia su arroz y masticó en silencio. Sentía que si abría la boca iba a arruinarlo todo. Le costaba creer que alguien como Hirokata estuviera solo, aunque más extraño era que estuviera interesado en él. No lo había asesinado ni le había robado, ¿por qué todavía estaba allí? Estaba pensando cómo interrogarlo con sutileza, cuando el otro habló.

—¿Te sientes mejor hoy? —sonrió Hirokata.

—Sí...—Se aclaró la garganta, algo abochornado—. No voy a intentar de nuevo nada como lo del puente. Gracias por preocuparte.

Hirokata asintió, satisfecho. Su preocupación por Kenji parecía genuina.

—La historia que te conté ayer, ¿te ayudó con tu bloqueo?

—De hecho, me ha ayudado bastante. —La voz de Kenji se encendió, como siempre que pensaba en escribir. Giró el cuello y buscó su libreta de notas, solo para recordar que estaba en el piso de arriba, sobre el escritorio de su estudio—. ¿Sabes?, me gusta escribir mis notas en papel, empiezo a escribir el manuscrito en la laptop recién cuando tengo las ideas bien claras en mi cabeza. Pero con lo que me has contado anoche, creo que ya he llegado a ese punto.

—Me alegro. —Hirokata hizo una pausa—. Mira, sé que te gusta estar solo, no quiero invadirte. Te dejaré escribir tranquilo.

Kenji lo vio encaminarse a la sala y recoger su sobretodo del sofá. De tan solo imaginar a Hirokata cruzando la puerta, la ansiedad trepó por su espalda como una serpiente de hielo. Sin pensarlo, lo cogió de la muñeca.

—Espera. Mi laptop está muerta, necesito comprar otra. Por mucho que adore vivir sin Internet, no puedo escribir la novela sin una computadora. Y tampoco tengo teléfono así que no

puedo comprar una en línea. —Daba muchas explicaciones, como siempre que estaba nervioso. Podía escuchar sus propias palabras pisándose y sintió más vergüenza. Hirokata parecía no entenderlo—. Lo que quiero decir es... ¿p-podrías acompañarme a comprar una?

Otra ola de vergüenza lo invadió, ardiéndole en la cara y las orejas. Siempre que decía algo así, después venía una seguidilla de preguntas tan estúpidas como molestas. Preguntas que lo hacían sentir todavía peor: ¿por qué no puedes salir solo? No es lejos, ¿qué te da tanto miedo? Si es de día. La gente sale a trabajar todos los días, ¿por qué tú no puedes? A ver, pon un poco de voluntad que no es tan grave.

Estaba arrepiñiéndose de haber hablado, cuando de nuevo la sonrisa luminosa de Hirokata lo reconfortó.

—Déjame buscar mi abrigo y vamos. Y tú también deberías abrigarte, hace frío.

12 de marzo 14:17.

Los centros comerciales lo ponían nervioso: las multitudes marchando como zombis entre esos pasillos que apestaban a perfume artificial. Sin embargo, el proceso había sido rápido: entró a la tienda de informática y luego de un breve asesoramiento del vendedor, Kenji eligió una laptop nueva. Hirokata había intentado ayudarlo, pero no sabía mucho de computadoras. Luego de la compra quiso invitarlo a una pequeña cafetería dentro del centro comercial, pero Kenji estaba desesperado por salir de esa «*prisión consumista y postmoderna*». Ya en la acera se sintió mejor.

—Así que no sabes de computadoras, no tienes teléfono, ni sabes encender una cafetera —pensó Kenji en voz alta. Cargaba la caja en forma de maleta que contenía la laptop nueva, y Hirokata caminaba a su lado.

—Supongo que soy un bicho raro.

—No voy a juzgarte; sería como el muerto riendo del degollado.

—Hablando de eso, ¿hace cuánto que tienes...? ya sabes.

—¿La agorafobia? Un par de años, no recuerdo cómo empezó exactamente. —Se encogió de hombros—. Siempre he tenido esta...sensación de muerte persiguiéndome. No sé cómo explicarlo. Tengo unas pesadillas horribles donde muero, bueno, no soy yo, pero se siente como si fuera yo.

—¿Qué te ha dicho el terapeuta?

—Que tome sol, haga ejercicio y me inscriba en algún curso a conocer gente. —Kenji esbozó una sonrisa amarga—. Lo único que me hace sentir mejor es escribir. De todas maneras, leí que es normal que los ataques de pánico deriven en agorafobia si no son tratados.

—Pero tú recibes tratamiento.

—Lo hago. —De pronto reparó en lo bien que se sentía no tener teléfono y no recibir llamadas molestas del doctor Akaneya—. Bueno, hago terapia, pero no tomo la medicación.

—¿Eso te haría sentir mejor?

—Si y no... Verás, las píldoras eliminan los síntomas de pánico, así que podría decirse que me hacen bien. Pero al mismo tiempo, me asesinan toda creatividad. Y si no puedo escribir, entonces nada tiene sentido.

Hirokata hizo una pausa, como ponderando las palabras de Kenji.

—Entonces prefieres vivir con ansiedad antes que dejar de escribir.

Kenji soltó una risita amarga.

—Ya lo dijo Nietzsche: «Para que el creador exista es necesario mucho sufrimiento».

—¿Estás citando a un hombre que murió de sífilis?

—Crees que estoy demente, ¿no?

Hirokata también rio y sacudió la cabeza.

—Te comprendo mejor de lo que tú crees, Kenji. Aunque, ya llevamos dos calles caminando y pareces sentirte bien.

—Me gusta caminar contigo. —Soltó sin pensar, y luego se abochornó—. Digo, gracias por acompañarme. Supongo que tú tampoco trabajas hoy.

—No lo hago.

Kenji se mordió el labio, luchando contra su propia curiosidad.

—¿Y a qué te dedicas?

—Podría decirse que yo también escribo.

—¿En serio?

Ahora era Hirokata quien lucía avergonzado.

—Pero no como tú. Yo escribo artículos, principalmente sobre Historia y arqueología. Cosas aburridas. Siempre he envidiado a quienes tienen la imaginación para escribir historias.

Más que apaciguar su curiosidad, esa información la encendió todavía más, pero Kenji se quedó callado. Era una tarde soleada y fría, donde el invierno se negaba a partir, pero la primavera ya comenzaba a formar su hogar en las copas de los cerezos.

—Mira, ya están floreciendo —comentó Hirokata, capturando entre sus dedos uno de los pétalos que revoloteaban en el viento mientras ellos paseaban.

—Vienen del parque Yoyogi —respondió Kenji, señalando con el mentón hacia el este.

—Oh, ¿te gustaría ver la floración juntos?

—Tal vez —. De nuevo el ardor subiendo por sus mejillas. ¿Hirokata lo estaba invitando a una cita? ¿Por qué se sentía tan estúpido?

Caminaron en silencio unas calles más, Hirokata con las manos en los bolsillos de su sobretodo, y Kenji enfundado en su chaqueta de corderoy.

—La historia que me contaste anoche —interrumpió el silencio Kenji—, ¿dónde la has oído?

—Es una vieja leyenda. Ya ni recuerdo dónde la escuché.

Kenji pensó en silencio unos momentos.

—¿No te parece que Aritoki y Gennosuke se enamoran demasiado rápido? Van a acusarme de escribir InstaLove.

—A veces eso sucede. —Hirokata se encogió de hombros—. A veces conoces a alguien y con tan solo mirarlo a los ojos sabes que estaba destinado a ser. ¿Nunca te ha sucedido algo así?

Kenji se mordió los labios, el ardor subiendo por sus mejillas. Lo más cercano a algo así que le había ocurrido fue la noche anterior, cuando Hirokata lo ayudó en el puente. Pero no dijo nada; todavía no alcanzaba a comprender porqué se sentía tan a salvo junto a alguien que apenas conocía.

—Bueno... ¿desde cuándo importa lo que opinen en Internet? Pero voy a tener que cambiarle el desenlace: Hokama-san quiere un final feliz.

—La historia todavía no ha terminado. —Una sonrisita irresistible se curvó en los labios de Hirokata. —¿Quieres oír el resto?

—No quiero hacerte perder más tiempo. —Bajó la vista hacia su propio andar—. Seguro tienes mejores planes para un sábado.

—Nada mejor que pasarlo con mi escritor favorito.

12 de marzo, 16:35.

El atardecer se cernía con luces púrpuras en un cielo algo nublado, al llegar a casa Kenji le dio su pienso a Edogawa Rampo, quien después de comer sumergió sus zancas en el estanque para una siesta. Hirokata se ausentó para comprar algo de comida, y Kenji se acomodó en su estudio para probar su computadora nueva. Mientras el sistema operativo se iniciaba por primera vez, él aprovechó para organizar las notas en su libreta de cuero. Con el rabillo del ojo vio el frasco de ansiolíticos que la enfermera Yoshida le había traído el día anterior. Lo contempló unos segundos antes de arrojarlo al papelero.

Estaba encorvado su escritorio de roble cuando escuchó la puerta abrirse. Sonrió al escuchar los pasos de Hirokata subiendo hasta el segundo piso y cuando alzó la mirada para encontrarlo, vio que traía una caja de dulces bajo un brazo y un animal de peluche bajo el otro.

—¿Qué es eso? —rio Kenji.

—*Macarons*, para acompañar el té.

—No, no, lo otro.

—Ah, pensé que te gustaría. —Con una mueca maliciosa, Hirokata depositó un simpático elefante de peluche en el escritorio de Kenji—. Para que te fabrique café.

—Muy gracioso.

—¿Qué tal tu computadora nueva? —Hirokata se quitó el sobretodo y lo plegó con cuidado. Cada gesto de sus manos era ceremonioso y elegante.

—Espectacular, las teclas se sienten como terciopelo bajo mis yemas. ¡Y no sabes lo rápido que aparecen las palabras en la pantalla! Debería cronometrarlo, debe ser menos de una milésima de segundo. —Vio a Hirokata reír por lo bajo—. ¿Qué?

—Es tierno cómo te emocionas por cosas así.

Kenji refunfuñó.

—Pero no pude conectarme a Internet. Creo que la tormenta arruinó el módem.

—¿De veras? No puedo ayudarte con eso, sabes que no entiendo mucho de tecnología. —Hirokata abrió la caja de *macarons* y atacó uno sin piedad—. Prueba el de maracuyá.

Kenji así lo hizo.

—No necesito Internet para escribir de todas formas —dijo con la boca llena, sacudiéndose unas migas del sweater—. Ya estuve bosquejando el primer capítulo, pero me gustaría seguir escuchando la historia de Gennosuke y Aritoki.

Hirokata parecía complacido de oír eso.

—Voy a preparar té y vuelvo.

CAPÍTULO SIETE.

Diciembre, 1828.

A Aritoki nunca le había agradado el invierno, y aquel año la ausencia de Gennosuke hacía que sus huesos se sintieran más gélidos y pesados. Pasaba las noches acurrucado en su tatami, extrañando al chico en silencio mientras sus compañeros de barraca roncaban. Combatía la melancolía ocupándose de las tareas diarias del clan Sanehisa, que lo mantenían lo suficientemente ocupado. Sin embargo, cuando se cruzaba con Gennosuke en los pasillos de la fortaleza o en alguno de los jardines, su corazón volvía a inflamarse con dolor.

El chico parecía odiarlo, ni siquiera le dirigía la palabra, y ese odio lo hacía todavía más hermoso.

—¿Por qué no te has cortado el flequillo todavía? —lo regañaba el maestro Chikusa.

—Porque no quiero —respondía siempre Gennosuke, ataviado con su kimono del dragón dorado y negro, el crisantemo bordado en su pecho tan magnifico y tentador como sus labios.

Y su cabello seguía largo y espléndido, negro como las alas de un cuervo a medianoche y brillante como el mar iluminado por la luna a la madrugada. En su soledad, Aritoki ansiaba por deslizarse sus dedos en él, y aspirar su perfume a jazmín y madreselva.

Se consolaba a sí mismo diciéndose que había hecho lo correcto; había hecho lo honorable. Pero en sus momentos más frágiles no lograba comprender por qué lo correcto se sentía tan devastador.

El día previo a la cacería, Aritoki abandonó la fortaleza Sanehisa y se dirigió al mercado, donde los comerciantes pregonaban calzado de cuero, carne de jabalí y carbón, como siempre que el invierno estaba cerca. Incluso a la distancia las montañas ya comenzaban a lucir laderas nevadas, y los primeros ruiseñores cantaban. El samurái visitó al vendedor de pájaros y le solicitó un halcón entrenado para la caza. Se estaba paseando entre las jaulas de bambú, admirando las majestuosas aves de plumas cobrizas y picos afilados, cuando un canto delicado le llamó la atención, provenía de una jaula pequeña, de barrotes de delicada orfebrería plateada. Aritoki se acercó para mirar más de cerca la avecilla. Diminuta, marrón simple a la vista, pero cuya melodía le perforaba el pecho.

—¿Qué ave es esa?

—Una alondra —respondió el vendedor—. ¡no le será muy útil en una cacería!

—¿Cuánto pide por ella?

Para el atardecer, Aritoki regresó a la fortaleza con un halcón nuevo en su guante, y la jaulita con la alondra escondía entre las mangas de su kimono.

La práctica de esgrima había dejado a todos los hombres agotados, y ahora descansaban sentados sobre el suelo de madera mientras el maestro Chikusa daba las últimas instrucciones para la cacería del día posterior.

—Anuncian que la primera nevada fuerte será durante la próxima luna menguante, a partir de ese momento no sabremos si podremos abandonar el castillo. Por eso es necesario abastecernos. No pierdan el tiempo con presas vistosas o animales viejos. Recuerden que esto no es una cacería de vanidad, sino una para servir a nuestro señor Sanehisa. De lo que ustedes cacen mañana depende cómo pasaremos este invierno. —Chikusa hizo una pausa, y Aritoki se forzó para no bostezar. Escuchaba ese discurso todos los malditos años, y ya casi se lo sabía de memoria. Con discreción volteó la mirada hacia Gennosuke: él parecía atento. Era la primera vez que lo escuchaba—. ¡Aritoki! ¿Estás prestando atención? Eso espero, porque serás el líder de grupo.

Aritoki asintió con una reverencia de agradecimiento.

Tadasue farfulló.

—¿Realmente es sensato nombrar como líder a alguien tan distraído? —Otros samuráis rieron por lo bajo—. Parece que Aritoki-san tiene otras cosas en la mente, algo que él considera más importante que el deber.

—Si quieres superar a tu compañero —lo regañó Chikusa—, entonces concéntrate en mejorar tus habilidades en lugar de intentar disminuir las suyas. —Tadasue bajó la vista, y el maestro volvió dirigirse a Aritoki—. Y tú, más te vale que recuerdes tus prioridades durante la cacería de mañana.

—Por supuesto, señor. —Aritoki hizo otra reverencia.

Aritoki no podía dormir. Abandonó las barracas y se paseó sin rumbo por los jardines de la fortaleza, bañados de la luz azulada de la medianoche. Con un abrigo cubriéndole los hombros, merodeó entre el gélido viento que ululaba entre las ramas desnudas de los cerezos. Una vez en el patio principal, lo asaltó la visión de Gennosuke sentado bajo uno de los árboles. Llevaba el cabello suelto, flotando por debajo de sus hombros y pecho como una cascada de seda negra y la forma en que la luna esparcía la luz sobre su rostro lo hacía parecer un hermoso fantasma. Aritoki sintió su corazón acelerarse mientras se acercaba al muchacho.

—¿Tampoco puedes dormir? —le preguntó—. ¿Estas nervioso por la cacería de mañana?

—¿Por qué estaría nervioso?

Aritoki se sentó a su lado bajo el cerezo. Ninguno de los dos dijo nada.

—Te he visto en este lugar muchas veces. —Aritoki rompió el silencio.

—Me gusta escuchar el canto de los ruiseñores. En este árbol se escucha especialmente bien.

—Pero los ruiseñores no cantan de noche.

Otro silencio.

—Espera —Aritoki se levantó, entusiasmado—, tengo algo para ti.

Regresó a las barracas y, con cuidado de no despertar a ninguno de sus compañeros, buscó entre sus pertenencias. Encontró la jaulita con la alondra que había escondido durante toda la tarde, y volvió al encuentro de Gennosuke.

—¿Qué es eso? —preguntó, cogiendo la jaula con dedos delicados.

—Es una alondra. Creí que te gustaría su canto.

—¿P-por qué me regalas esto?

Los profundos ojos de Gennosuke se posaron él, desarmándolo.

—Creí que podíamos ser amigos de nuevo.

Gennosuke frunció los labios, sus mejillas enrojeciéndose como las hojas de un arce.

—¡Los cobardes no son mis amigos! —Se puso de pie con un impulso rabioso y se encaminó adentro. Al cabo de unos pasos, regresó—. ¡Pero me llevo el pájaro!

Una vez solo, Aritoki sonrió bajo el cerezo.

Era una mañana fresca y pálida, donde el invierno aun no había desplegado toda su majestuosidad cruel, pero Aritoki podía ver su aliento al respirar. No había escarcha ni nieve en el suelo, pero guio a su caballo con cuidado entre las pocas hierbas moribundas. Abandonó las puertas de la fortaleza a la cabeza del primer grupo de samuráis, todos abrigados con chaquetas reforzadas y calzado de cuero. Los cascos de los caballos hacían eco en el bosque de fresnos pelados y cipreses dormidos, y las conversaciones casuales de los hombres creaban un murmullo detrás de su espalda. Aritoki llevaba las garras de su halcón clavadas en su hombro derecho mientras cabalgaba a paso lento, pero su atención estaba en Gennosuke., quien montaba una preciosa yegua blanca y llevaba su arco y flechas en la espalda. No le habían asignado el grupo que él lideraba, así que cuando llegaron a la bifurcación de un enorme cerezo, Aritoki no lo vio más.

Su nuevo halcón resultó ser un cazador enérgico y preciso, y al tener a Chiyo y Kenzo como compañeros de cacería, no faltaron las bromas y los descansos prolongados compartiendo historias alrededor de una fogata improvisada. Para el mediodía, el sol refulgió con menos timidez, lo que permitió encontrar presas con más facilidad. En ocasión hubiera resultado una jornada liviana y entretenida, pero Aritoki no podía dejar de pensar en Gennosuke.

Unas horas más tardes, Aritoki se separó del grupo, siguiendo el vuelo de su halcón por sobre las copas de los abetos. El ave se perdió en el horizonte, seguramente tras una presa, y Aritoki

aprovechó para tomar un descanso mientras esperaba. Bajo del caballo y dio unos pasos hacia un estanque. Cuando se agachó a beber, vio el reflejó de Gennosuke sentado en la otra orilla. Alzó la vista rápido, y encontrarse a solas con el muchacho le agitó el corazón.

—¿Qué haces aquí solo?

Gennosuke se encogió de hombros.

—Estoy aburrido. Los hombres no dejan de competir entre sí, a ver quien caza más o a la presa más grande.

Aritoki bordeó el estanque con pasos lentos, acortando cada vez más la distancia entre él y Gennosuke. Había algo tan íntimo en estar los dos solos en ese bosque bañado de invierno, y el muchacho acariciaba una flecha entre sus dedos con ritmo delicado. Aritoki observó la belleza del otro; sus labios pálidos por el frío, temblando de manera casi imperceptible y el sol dándole reflejos de terciopelo azul a su cabello negro.

—¿Te ha gustado el canto de la alondra que te regalé?

—Me gustan más los ruiseñores.

Un susurro reptó entre la hierba, y los dos lo buscaron con la mirada. De entre los árboles asomó un cervatillo. Se acercó con pasos cautelosos, evaluando el riesgo, y como ni Aritoki ni Gennosuke se movieron, el animal caminó hasta la orilla del estanque. Se inclinó sobre sus frágiles patas para beber con pequeños sorbos, el agua goteaba de su barbilla y su pelaje era del mismo tono que la canela, con motas blancas en su lomo denotando su corta edad.

Aritoki observó al cervatillo, y unos instantes después viró su atención de nuevo a Gennosuke. Nunca lo había visto sonreír así.

Un balido reverberó a la distancia, la madre buscando a su cría. El cervatillo acudió al llamado, perdiéndose entre brincos hasta desaparecer. Gennosuke también se puso de pie, y Aritoki decidió que tenía que hablar.

—Espera. Si te gustan los ruiseñores, el mejor lugar para oír su canto es la montaña Shiomi. Cerca de allí hay una posada llamada El caballo azul. Podemos reunirnos en el solsticio de invierno, oírlos cantar, ver la primera nevada juntos y beber té en la posada.

Gennosuke frunció el ceño.

—¿Por qué?

Aritoki no pudo responder: no supo cómo explicarle a Gennosuke que seguir viviendo sin él era como robarle el oxígeno de los pulmones. Su halcón los sobrevoló, cargando una presa entre sus garras.

—Lo pensaré —respondió Gennosuke antes de subir a su yegua y alejarse galopando.

Esa respuesta fue suficiente para que Aritoki sonriera. Él también regresó con su grupo.

La oscuridad llegó más temprano, y pronto los samuráis estaban reuniéndose de nuevo en la bifurcación del cerezo. La mayoría halagaban el halcón de Aritoki y la cantidad de presas que

había conseguido, pero él los escuchaba a medias buscando a Gennosuke con los ojos. El muchacho estaba a metros de distancia, y aun así no podían hablarse.

Tadasue hizo su aparición, montado en su robusto caballo cobrizo, y fanfarroneaba entre risotadas de la cantidad de jabalíes, ciervos y zorros que había cazado. Los cuerpos ensangrentados se apilaban en el carro atado a uno de sus caballos.

—Deberíamos regresar antes de que anochezca —ordenó Aritoki.

—Todavía se ve —refunfuñó Tadasue—, me parece que alguien está envidioso.

—Ya tenemos suficiente carne —insistió Aritoki.

Tadasue estaba protestando cuando un sacudir entre los arbustos les llamó la atención. El mismo cervatillo de antes, con sus grandes orejas y el lomo moteado de blanco, pastaba entre las hierbas. Al verlo, Aritoki sintió miedo.

—Ese es mío —exclamó Tadasue, ya tensando su arco.

Sin siquiera pensarlo, Aritoki extendió la mano. Quiso abofetear la flecha antes de que saliera disparada, y así lo hizo: el proyectil se hundió en el barro a escasos metros de sus pies. Cuando vio al cervatillo huir, Aritoki sonrió, y recién en ese momento un dolor agudo lo hizo lamentarse. Al ver su mano, la encontró ensangrentada, pero no le importó.

—¿Te has vuelto loco? —chilló Tadasue.

Gennosuke lucía pálido como un fantasma.

—Dije que tenemos suficiente carne. —Aritoki arrancó un trozo de la manga de su chaqueta y se hizo un torniquete en la mano herida—. Ahora regresemos, antes que se haga de noche y la presa seamos nosotros.

Esa misma noche, la herida en la mano de Aritoki se infectó. Al despertar la mañana siguiente, la fiebre le impidió salir de su tatami. Fue Chiyo quien le informó al maestro Chikusa que él no podría presentarse en el patio principal. Horas más tarde, el doctor lo visitó en las barracas. Después de examinar la lastimadura le informó que no era grave, que debía beber un té de hierbas medicinales y hacer reposo. Así lo hizo: después de probar ese té asqueroso, Aritoki pasó la tarde durmiendo en su tatami, arropado bajo gruesas mantas y con el brasero lleno de carbón para mantener la barraca caliente.

La fiebre le produjo unos sueños tan vívidos como fantásticos, donde Gennosuke tenía grandes orejas de ciervo asomando entre su cabello azabache, y bailaba bajo un gran cerezo mientras los pétalos flotaban a su alrededor junto con copos de nieve. Aritoki sabía que estaba soñando, y no quería despertar. Quería vivir para siempre en el mundo de los sueños, donde Gennosuke lo acompañaría con sus profundos ojos negros.

Sin embargo, despertó, y cuando lo hizo, vio a Gennosuke sentado al lado del tatami. Aritoki creyó estar todavía soñando, y murmuró algo inentendible mientras intentaba incorporarse. El

chico se lo impidió.

—¿Qué haces? —lo regañó—. Debes descansar.

—Vas a levantar sospechas visitándome...

Aritoki quiso decir algo más, pero le ardía la cabeza. Era tan extraño ver las barracas vacías, sin decenas de samuráis durmiendo alrededor. Y más extraño era ver a Gennosuke junto a su tatami. Bajo las pesadas mantas, miles de hormigas le ardieron en el cuerpo, pero estaba demasiado débil para moverse. Tan solo contempló las delicadas manos de Gennosuke, que cogieron un tazón con agua y escurrieron un trapo en él. Luego, con delicadeza, depositó el trapo mojado en su frente. El agua estaba tan fría que Aritoki soltó un quejido.

Gennosuke volvió a reprenderlo.

—Hay que bajar esa fiebre.

Cuando el trapo se entibió con el calor de Aritoki, Gennosuke lo remojó en el tazón con hielo, y volvió a depositarlo en la frente de Aritoki. También lo usó para masajearle el cuello y los brazos, para después volver a cubrirlo con las mantas y echar más carbón al brasero.

Ahora la habitación se sentía deliciosa, o tal vez era cómo las llamas acariciaban los rasgos de Gennosuke con tonos bronceados. Aritoki levantó un poco su cuello para poder beber la sopa de pollo y jengibre, y Gennosuke lo ayudó acercando el plato a sus labios y sosteniéndole la nuca con mano tierna. Cuando terminó la sopa, Gennosuke volvió a arroparlo, y le quitó unos mechones de cabello húmedos de la frente con dedos dulces.

—Me siento mejor —suspiró Aritoki.

—Más te vale —protestó Gennosuke—, pues quiero todas tus energías para el solsticio de invierno.

CAPÍTULO OCHO.

Diciembre, 1828.

Aritoki esperaba en la puerta de El caballo azul, y su corazón latía acelerado. Sabía que eso era una locura...reunirse a solas con Gennosuke, violar la promesa que le había hecho al maestro Chikusa. Y, aun así, algo le decía que estaba en el lugar y en el momento correctos. A lo lejos se podía ver la ladera de la montaña Shiomi acariciada por los rayos de sol, el pálido resplandor de la nieve rebotando contra el cielo despejado. Un carro se detuvo frente a la posada, y cuando Aritoki vio la cortina correrse y a Gennosuke bajando del palanquín, su pulso se aceleró todavía más, con una energía desbordante y eufórica. El muchacho caminó a él con la mano sujetando la empuñadura de su katana anudada en el cinto. Vestía un simple kimono lavanda y un abrigo para la nieve. Al igual que él, había tomado la precaución de no usar el unirme del clan Sanehisa, pero una sombra de miedo todavía latía en el interior de Aritoki. Miedo que se desvaneció cuando tuvo cerca el rostro aniñado de Gennosuke, con sus labios como pimpollos de cerezo y el flequillo negro acariciándole el borde de las cejas, tan gruesas y sensuales como sus pestañas.

—Bueno —lo espetó Gennosuke—, me prometiste ruiseñores.

El recién nacido invierno les rozaba las narices y las mejillas con manos crueles, caminaron sendero arriba, bordeados por abetos blancos. El murmullo lejano de un estanque los acompañaba, así como los latidos de sus propios corazones inflamados. Pasearon como si el tiempo no existiera, perdiéndose entre los puntiagudos arbustos ya bautizados por los primeros copos de nieve y los corpulentos troncos de fresnos y ciruelos que se asemejaban a esqueletos ennegrecidos.

—Estoy feliz —dijo Gennosuke cuando se tomaron un descanso.

Pero el invierno cernió el crepúsculo más temprano, y los dos debieron encaminarse de nuevo a la posada. Sus sandalias de cuero crujían sobre la nieve al caminar, y cuando por fin llegaron a El caballo azul y se descalzaron, sus pies estaban empapados.

Aritoki pidió una habitación para los dos, y les asignaron una escalera arriba. Lo primero que hicieron adentro fue lavarse los pies con agua caliente y ordenar té para entrar en calor. Gennosuke encendió el pequeño brasero en el rincón y pronto el cuarto se tiñó de una calidez reconfortante. Aritoki ya se había cambiado por un kimono más liviano cuando tocaron a la puerta. Era la criada entregándoles la bandeja con la delicada tetera humeante y dos pocillos de

delicada cerámica. Mientras Aritoki despedía a la muchacha, Gennosuke soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Mira! —señaló entusiasmado: a través del ventanal se podía apreciar un enorme cerezo. Y allí arriba, entre las ramas donde se enredaban las escarchas hasta lucir como pequeños diamantes, un ruiseñor se protegía del invierno.

Gennosuke se apuró a abrir el ventanal para oírlo cantar.

—¡Va a entrar el frío! —se quejó Aritoki, pero el chico lo ignoró.

—¿Podemos tomar el té aquí, así lo escuchamos?

Aritoki no tuvo más remedio que sonreír. Transportó la bandeja hasta el rincón donde Gennosuke se había acomodado, junto al ventanal entreabierto. Se sentó el suelo a su lado y entraron en calor bebiendo el té verde, mientras se deleitaban con el cantar de la avecilla. Ya cuando las tazas estaban vacías y el cielo estaba casi negro, Aritoki se colocó detrás de Gennosuke y lo abrazó, rodeándolos a ambos con una gruesa cobija. Se perdieron en el calor de ese abrazo y en el canto del ruiseñor por horas, hasta que el pájaro voló y solo quedó el silencio entre ellos.

Aritoki lo abrazó más fuerte, presionando la delgada espalda contra su pecho, y se embelesó por el cálido perfume a jazmín y sudor que emanaba de la piel de Gennosuke. No había nada en el mundo que lo hiciera más feliz que ese aroma. Sintió el corazón del muchacho galopando duro contra la palma de su mano mientras lo abrazaba.

—¿Qué vamos a hacer? —suspiró Gennosuke con tristeza.

Por primera vez en su vida, no hubo una sola duda en la mente de Aritoki.

—No puedo vivir sin ti, Genno.

El muchacho alejó la espalda de su pecho unos milímetros, y giró para mirarlo a los ojos. Tan solo una mirada, y Gennosuke extendió el brazo hacia su abrigo para buscar algo. Cuando volvió a sentarse, esta vez enfrente a Aritoki, él vio que había cogido su daga. Antes de que pudiera decir algo, Gennosuke ya había hecho un corte en su mano.

—Juro mi amor por ti, Aritoki-san —dijo mientras la sangre brotaba escarlata de su piel nívea, y goteaba hasta el faldón de su kimono—. Que la sangre nos una para siempre.

Aritoki cogió la daga, y con la hoja todavía embebiendo la sangre de Gennosuke, se hizo un corte en su propia mano y entrelazó sus dedos con los del chico.

—Yo también juro mi amor por ti, Genno. Ni los hombres, ni la vida, ni la muerte podrá separarnos jamás.

Para la medianoche, la primera nevada hacía que los copos revoloteen sobre el cielo teñido de negro, y el canto de los ruiseñores fue reemplazado por el ocasional graznido de un cuervo o el ulular de un búho. Aritoki desnudaba a Gennosuke entre besos pausados, y el primer atisbo de sus redondeados hombros pálidos lo hizo estremecer. Conforme descubría su torso menudo, la

piel con un delicado sub tono azulado, y los suspiros que se le escapaban de la garganta, Aritoki sentía que su sangre bullía. No había tenido relaciones en años, y al mismo tiempo, era su primera vez. No solo porque iba a penetrar a alguien por primera vez, sino porque lo asaltaba un hambre que nunca antes había experimentado, un deseo abrasador de unirse a Gennosuke, de hacerlo feliz, de perderse en él.

El chico se tumbó de espaldas sobre el tatami, su cabello despeinado formando caracolas negras a su alrededor. Cuando Aritoki le descubrió los pequeños pezones rosados, los besó una y otra vez hasta que Gennosuke estaba retorciéndose entre lamentos deliciosos. No detuvo su tortura; escuchar esos gemidos agónicos hacía que su miembro palpita cada vez más duro, más ansioso por entrar en Gennosuke. Le besó el vientre suave, la corona de rizado vello negro entre las piernas y los sedosos muslos. Le acarició el miembro duro y sonrojado, y lo llenó de besos hasta que Gennosuke estaba suplicándole que lo llenara. Aun así, Aritoki se retrasó un poco más: no quería que el chico se sintiera como él se había sentido tantos años atrás con su otro amante. De hecho, con cada beso y caricia que compartían, él se daba cuenta de que aquello ni siquiera podía compararse con su experiencia anterior. Así que se tomó su tiempo para prepararlo, para besarle entre las piernas y penetrarlo con los dedos hasta que Gennosuke estaba temblando entre jadeos. Cuando lo penetró, Aritoki sintió un relámpago subiendo por su columna vertebral conforme Gennosuke lo ajustaba con todo su ser. Le besó las mejillas arreboladas y Gennosuke lo envolvió con sus brazos y sus piernas. Con cada movimiento Gennosuke se deshacía debajo de él, hasta que finalmente el placer los encegueció.

Una felicidad cálida bañó a Aritoki, mientras su carne todavía palpitaba.

—Mi cuerpo ya no es mío —confesó Aritoki con un suspiro, mientras su cuerpo todavía palpitaba unido al de Gennosuke, las piernas de los dos unidas en un ajustado nudo, el gozo desvaneciéndose con suavidad de su carne—. Todo de mí es tuyo ahora, Genno. Para siempre.

12 de marzo, 19:24.

—¡Estás sonrojado! —Hirokata soltó una carcajada.

—No lo estoy —protestó Kenji, tocándose las mejillas y notando que estaban calientes—. Solo que no esperaba... tantos detalles.

—Tus mejillas están rojas como hojas de arce.

—Esa es una comparación inusual. —Nervioso, Kenji hundió la vista en su libreta de cuero, fingiendo que tomaba notas. Pero podía sentir la mirada de Hirokata.

—¿Te molesta hablar de estos temas?

—No, no, para nada. —De nuevo evitó el contacto visual mirando la pantalla de su laptop—. ¡Qué tarde se hizo! Con razón ya me dolía la espalda. —Se puso de pie y se estiró—. Pierdo la

noción del tiempo cuando me pongo a escribir. Ya pasó la hora de cenar.

—Es verdad —respondió Hirokata, y cuando se puso de pie, Kenji recordó lo alto que era—. Supongo que te he dado suficiente material, mejor te dejo escribir tranquilo.

Kenji lo vio coger su sobretodo negro del respaldo de la silla y dar unos pasos hacia la escalera. Lo siguió.

—Seguro que tienes planes excitantes para un sábado a la noche —dijo Kenji mientras bajaban hacia la sala. Se sintió un idiota al oír sus propias palabras.

—No, no los tengo. ¿Y tú?

—Cenar y ver una película. —Se encogió de hombros—. Después escribir un poco más.

—Bien. —Hirokata asintió, satisfecho. Ya se había puesto el sobretodo y se estaba anudando la bufanda alrededor del cuello. Los dos se detuvieron frente a la puerta—. Pero, ¿qué vas a cenar? No hay nada en tu refrigerador.

—Oh. —Kenji se había olvidado de eso—. Hay un bar de sushi en la otra esquina. Siempre ordeno para llevar.

—Pero no tienes teléfono.

—Cierto —suspiró Kenji, las palpitaciones de la ansiedad creciendo en su esternón. Aun así, sonrió—. Supongo que tendré que ir personalmente.

Las gruesas cejas de Hirokata se unieron en una expresión preocupada.

—¿Podrás hacerlo?

—¡Claro! No es lejos. Además, es recoger la comida y volver.

A Kenji le preocupaba más el hecho de que Hirokata estaba partiendo, y no sabía si regresaría. Quería usar la historia de los samuráis como excusa para preguntarle cuando se volverían a ver, pero no sabía cómo preguntarlo de manera sutil, sin parecer desesperado. Hirokata todavía lucía preocupado, pero asintió de nuevo.

—Bueno, ya me has dicho el código de la cerradura, Si quieres, mañana puedo volver y terminar de contarte la historia. —Ofreció con una sonrisa.

—Si, eso estaría bien. —Intentó disimular su euforia.

—¿A qué hora te parece que venga?

—Uhm...el mediodía está bien. Me gusta dormir hasta tarde los domingos. Todos los días, la verdad.

Hirokata rio por lo bajo, miró sus propios pies y regresó su mirada a la de Kenji. Unos instantes de silencio, donde Kenji solo pudo sentir su corazón acelerado.

—Entonces...nos vemos mañana —repitió Hirokata, sin separar sus ojos de los de Kenji. Él asintió—. Ha sido un verdadero placer conocerte, Kenji Iwamoto. Todavía no puedo creer que estoy frente a ti.

Kenji tragó saliva y no dijo nada. Su corazón estaba desbocado, pero por primera vez eso se

sentía bien, placentero, adictivo. Como cuando una idea nueva brotaba en su cabeza y se el entusiasmo por escribirla se sobrecogía.

—Nos vemos. —Finalmente se despidió Hirokata.

Kenji abrió la puerta y vio su larga figura atravesar el jardín hasta el muro. En el estanque, Edogawa rampo batió sus alas con fatiga. El hombre de sobretodo negro se detuvo para presionar el código en el panel y después de que el portón se abriera, se perdió en la noche de Tokio.

Ya dentro de la sala, Kenji fue directo a servirse un vaso de wiski. Lo bebió de un solo sorbo y se preparó otro entre maldiciones.

Soy un idiota, ¿por qué lo dejé ir? No tiene mi número, tal vez nunca regrese. Tal vez no quiera regresar. Era obvio que estaba desesperado por huir. Seguro lo cansé con mis estupideces.

El alcohol bajó por su garganta y sus ojos lagrimearon por el ardor.

O tal vez sí regrese mañana, con sus cómplices, para robarme. O asesinarme. ¿Por qué le di la clave de la cerradura a un extraño? Tendría que cambiarla ¿Realmente pensé que un tipo así podía estar interesado en mí?

La chicharra de la puerta lo arrancó de sus rumiaciones. Cuando escuchó la voz acaramelada de Hirokata del otro lado, su ansiedad desapareció.

—Oye, Kenji. ¿En serio ibas a ir al bar de sushi?

—No —confesó abochornado.

Lo escuchó respirar.

—Si quieres, puedo ir y traerte la cena.

—No, no quiero molestar.

—¡No es molestia! ¿Qué traigo?

—E-el combo catorce, de salmón rojo.

—Muy bien. Enseguida vuelvo.

Ahora sí, las mariposas en el estómago de Kenji iban a enloquecerlo. Pero al mismo tiempo, no podía parar de sonreír mientras daba vueltas por la sala con pasos nerviosos. Salió al jardín y le dio un sonoro beso en el pico a Edogawa Rampo. Justo antes de que el portón se abriera de nuevo, una débil llovizna comenzó a caer.

—Aquí está —dijo Hirokata, todavía en la acera. Extendió un paquete hacia Kenji—. Combo catorce. —Kenji estaba buscando los billetes en el bolsillo de su pantalón cuando Hirokata lo interrumpió—. No, no. Yo invito.

—Gracias. —Kenji sujetó el paquete contra su pecho. Los dos engarzaron sus miradas durante largos momentos, lo que tardó Kenji en juntar coraje—. Y-ya que estás aquí... ¿n-no quieres... cenar...? —Se quedó sin aliento—. Digo, parece que va a llover más fuerte.

Sentía que la tierra iba a tragarlo, pero la sonrisa ilusionada de Hirokata lo iluminó.

12 de marzo, 21:06.

Kenji disfrutaba estar solo. Amaba estar solo, escribiendo, leyendo...perdido en sus historias o en las que otros habían escrito siglos antes de que él naciera. Su plan habitual del sábado a la noche era pedir comida y mirar alguna película en el proyector desplegable de la sala. Y eso lo hacía feliz. Odiaba la idea de que alguien lo invadiera, que interrumpiera esos pequeños rituales sagrados que había construido a lo largo de los años.

Entonces, ¿por qué esa noche odiaba pensar en que Hirokata partiera? ¿Por qué verlo quitarse el sobretodo y arrojarlo sobre el sofá de terciopelo lo hizo tan feliz?

Ignoraba la respuesta, pero tampoco quería desperdiciar tiempo buscándola. Esa noche, solo quería disfrutar de la compañía de Hirokata.

—Espero que esto esté bien —dijo mientras preparaba la mesa de la cocina—. No estoy acostumbrado a recibir visitas.

—Está perfecto —respondió Hirokata, tomando asiento—. Gracias por invitarme. Si no lo hacías tú, iba a hacerlo yo.

—¿De veras?

—¿Por qué crees que compré un combo doble?

Cuando Kenji abrió el envoltorio, vio que el paquete contenía dos cajas de sushi. Sonrió para sus adentros y lo sirvió con cuidado. Al servirle sake a Hirokata, notó que sus dedos temblaban un poco.

—Está refrescando, voy a encender el hogar —dijo después de vaciar su pocillo de un sorbo.

En realidad, quería alejarse unos metros para tranquilizarse y no abochornarse en medio de la cena. No tenía idea de cómo comportarse en situaciones así, nunca había tenido una cita. Una vez que las llamas artificiales resplandecían anaranjadas en el panel del hogar eléctrico, Kenji regresó a la mesa y se sentó frente a Hirokata. Probó la primera pieza de salmón rojo; estaba deliciosa. También lo estaba el sake, y el calor de la habitación. Y el invitado.

—¿Te he molestado antes? —dijo Hirokata cuando ya habían casi terminado la comida, pero todavía compartían sake entre risas—. Ya sabes...con lo de la escena entre Aritoki y Genno.

—Ya te he dicho que no. Solo que no esperaba que fueras tan...explícito. Pero a mi editor le va a gustar.

Hirokata volvió a reír.

—No sé cómo preguntar esto...pero, eres gay, ¿no es cierto?

Kenji tomó un profundo respiro por la nariz, y luego bebió otro trago de sake.

—Lo siento —se disculpó Hirokata—. No quería ser maleducado, pero, quería estar seguro de no haber malinterpretado...

—Está bien —sonrió Kenji—. No me has ofendido. Tienes razón; soy gay. —Dejó escapar

otra exhalación; su corazón estaba agitado de nuevo, pronunciar aquellas palabras en voz alta se sentía como una bola de demolición golpeándolo. Y al mismo tiempo, una tonelada se liberaba de sus hombros. Repitió esa frase dentro de su cabeza, silaba por silaba, y luego volvió a decirlas, orgulloso—. Soy gay.

Hirokata parecía entender el esfuerzo que había significado para él, y su sonrisa resultó tan cálida como reconfortante. Kenji se aclaró la garganta.

—¿Y-y tú? ¿También eres gay?

—Oh...—Hirokata parecía sorprendido por la pregunta—. Verás, por la forma en que yo me crie, no uso ese tipo de etiquetas.

—Pero... ¿te gustan los hombres?

—Supongo.

—¿Y las mujeres?

—Tal vez. Podría enamorarme de cualquier persona, realmente.

—Entonces eres bisexual. ¿O pansexual?

—No lo sé. Creo que lo que une a dos almas es algo más profundo que el sexo.

—Entonces eres demisexual.

Hirokata volvió a reír.

—Te digo que no me importan esas cosas. No creo que tu identidad deba definirse en torno a quien ames.

—Muy bien. —Kenji se llevó a la boca el último trozo de salmón. Afuera, un trueno coronó la lluvia que había aumentado con el pasar de las horas—. Parece que esta noche también habrá tormenta. —Miró a Hirokata con algo de timidez—. ¿Vives muy lejos?

Hirokata sonrió de costado.

—¿Por qué?

—Nada, es que...con este clima...y ya que vas a regresar en un poco más de doce horas. Tal vez...

—¿Quieres que me quede?

—Digo, como tú prefieras. Ya lo has hecho antes. Y esta vez no tienes por qué dormir en el sofá; tengo un cuarto de huéspedes en el piso de arriba. No tengo idea de porqué lo tengo, nunca invito a nadie, pero ahí está.

La felicidad refulgió en el rostro pálido de Hirokata.

—Gracias. Entonces, ¿quieres que esta noche te siga contando la historia de Genno y Aritoki?

—Oh, de hecho, preferiría descansar un poco de la escritura. —Kenji se incorporó y comenzó a limpiar la mesa—. Pensaba en ver una película e irme a dormir temprano. Fueron dos días movidos y siento el cerebro un poco quemado.

—Ya lo creo. —Hirokata quiso ayudarlo con los platos, pero Kenji se lo impidió.

Conforme la lluvia golpeaba el techo con más insistencia, decidieron dejar entrar a Edogawa Rampo a la sala. Le secaron las plumas de la cabeza con una toalla, y luego el ave se acomodó contra el hogar eléctrico para recibir el calor, mientras Kenji desplegaba el proyector.

—¿Por qué no ves películas en el televisor? —preguntó Hirokata, ya sentado en el sofá.

—La calidad es mediocre. El cine fue hecho para verse en proyector —refunfuñó Kenji, y apagó las luces. Se dejó caer junto a Hirokata, y a pesar de que sus cuerpos no se tocaban, sintió algo de vértigo por la cercanía. La única iluminación eran las llamas del hogar eléctrico, que modelaban los rasgos de Hirokata con una irresistible caricia cobre. Kenji sintió de nuevo que su corazón se aceleraba—. Bueno, ¿qué quieres ver?

—No sé. No conozco mucho de cine.

Kenji pensó unos momentos.

—Adoro el terror noventero, y Stephen King es una de mis mayores influencias. ¿Qué tal “Eso”?

—¿La original o el remake?

—¡La original, por supuesto! No vemos remakes en esta casa. Es un pecado mortal.

—Oh, lo siento.

—¿”Cementerio de animales” te parece mejor? También es de Stephen King, y tiene esa canción tan divertida de los Ramones, no me acuerdo cómo se llama...

—Cementerio de animales.

—¿Qué?

—La canción se llama igual que la película.

—¡Sí! —festejó Kenji—¿Ya ves? No eres tan ñoño como piensas. ¿Quieres verla, entonces?

—Lo que tú quieras.

13 de marzo, 00:08.

La película había terminado, y Kenji notó que le había prestado poca atención. No solo porque conocía los diálogos de memoria, sino porque la presencia de Hirokata era embriagante. No podía creer que había sido tan valiente (o descarado) de invitarlo a quedarse. ¿Y qué pasaría después? Estaba tan ansioso que hasta se arrepintió de haberlo invitado. Todo estaba sucediendo tan rápido.

—Bueno, ¿te ha gustado? —preguntó Kenji, y notó que de manera inconsciente había acercado su cuerpo al de Hirokata. Tenía abrazado contra su pecho el elefante de peluche que le había regalado.

—Uhm, bueno...fue más impresionante de lo que esperaba.

—¿Estás asustado?

—No, pero...quiero decir. Es realmente horrible lo que le sucede al protagonista de esa historia.

Kenji miró la cara de Hirokata en la oscuridad, con los reflejos del proyector iluminando sus pómulos y sus ojos. Parecía perturbado, pero Kenji no se sentía tan confiado como para preguntarle el motivo; seguro que era algo personal. Volvió a reparar en que apenas había conocido a aquel hombre hacia un día, y un pequeño vértigo lo aturdió.

—Lo siento, no creí que iba a afectarte tanto. Yo escribo cosas peores.

—No te preocupes —sonrió el otro, y extendió el brazo en el respaldo del sofá. Kenji sintió sus dedos rozándole el cuello y se estremeció. Estaban algo fríos.

—¿Quieres ver otra cosa? ¿Drácula? La de 1932. Es una de mis favoritas.

—¿Tienes algo que no sea terror?

—Me temo que no —se encogió de hombros, avergonzado. Hirokata rio.

Otro silencio, apenas interrumpido por el tamborileo de la tormenta afuera y el crepitar artificial del hogar eléctrico. Kenji contempló el rostro de Hirokata, a escasos centímetros de distancia. No supo en qué momento se habían acercado tanto, pero el aroma cerezos de su piel ahora lo estaba envolviendo, acelerándole el pulso.

—¿Por qué me miras así? —murmuró Kenji.

—Estaba pensando en que quiero besarte —confesó Hirokata, con un temblor casi imperceptible en su voz acaramelada.

Kenji se quedó paralizado, entre asustado y eufórico. Luego, sin pensarlo, se abalanzó contra Hirokata y presionó los labios contra los suyos durante un instante. Le electricidad lo golpeó, y Hirokata soltó un suspiro contra su boca.

—¿Tan malo fue? —preguntó Kenji, notando que estaba sujetándole el sweater con puños apretados.

—¿El primero?

Kenji asintió, aunque en realidad sentía que había besado a Hirokata un millón de veces antes. Le buscó los ojos con los suyos, y sintió la mano en su mejilla. Instintivamente, descansó la espalda contra el respaldo a la vez que Hirokata avanzaba. Se besaron de nuevo, esta vez Hirokata tomó el control, acariciándole los labios a Kenji con los suyos a un ritmo pausado y tortuoso, que despertó escalofríos en toda su carne.

—¿Mejor? —suspiró Hirokata, algo jadeante y sin dejar de acariciarle la mejilla. El aire caliente de su boca le acarició los labios a Kenji, quien solo pudo asentir.

Hirokata volvió a capturarle el labio superior entre los suyos, besándolos y mordisqueándolos con suavidad. Kenji dejó escapar un suspiro dentro de su boca, y al separar los labios la lengua de Hirokata acarició la suya. Otra descarga eléctrica lo encendió, y se aferró a sus hombros mientras se besaban.

13 de marzo, 01:17.

El murmullo de la lluvia creaba una melodía relajante, y en la oscuridad apenas interrumpida por el resplandor de algún relámpago, Kenji descansaba su cabeza en el hombro de Hirokata, quien le acariciaba la frente con dedos dulces. El calor de sus besos aún languidecía en los labios de Kenji, quien hacía pelotitas con la lana del sweater de Hirokata. Presionó la oreja contra su pecho, ansioso por sentirle los latidos del corazón, pero la lana era tan gruesa que no pudo oírlos.

—Supongo que deberíamos acostarnos —dijo Kenji, y al oírse se abochornó—. ¡Quiero decir...irnos a dormir!

—Te entendí —Hirokata soltó una risita y le acarició el cabello—. ¿Me muestras el cuarto de huéspedes?

Kenji lo guio escaleras arriba y luego por un estrecho corredor hasta la puerta de un dormitorio pequeño.

—Aquí está —dijo al encender la luz—. Las sábanas están limpias y hay un baño anexo. También hay toallas y un cepillo de dientes nuevo. —Notó que estaba hablando demasiado rápido, como siempre que estaba nervioso—. En la mesa de noche está el control del aire acondicionado. ¿Quieres que te preste un pijama?

—No es necesario. Dormiré en ropa interior.

¿Por qué le había dicho eso? Lo hacía a propósito: ahora Kenji no podía evitar imaginar a Hirokata desnudo. *Ese cuerpo debe ser espectacular.* Temió que sus mejillas se hubieran sonrojado una vez más.

—Bueno...yo duermo en aquel cuarto. —Señaló el final del pasillo—. Ya lo sabes. Si necesitas algo, golpea la puerta. Ah, y te aviso que sufro de terrores nocturnos y a veces me despierto gritando. No me hagas caso.

—¿Estarás bien?

—Sí, por supuesto.

Silencio incómodo otra vez. Kenji permanecía inmóvil en la puerta del cuarto de huéspedes, y Hirokata tan solo le sostenía la mirada. Él sentía tantos deseos de invitarlo, de pasar la noche besándolo como habían hecho en el sofá, y más todavía. Pero también estaba aterrado. Aterrado de sentirse tan a salvo con alguien a quien había conocido tan solo veinticuatro horas atrás. Pero, sobre todo, aterrado de sentirse vulnerable, de arruinar todo con su inexperiencia.

—Buenas noches —dijo Hirokata, y le dio otro beso tierno en los labios.

—Buenas noches —tembló Kenji, y caminó hasta su dormitorio.

CAPÍTULO NUEVE.

La alondra volaba libre por el cielo primaveral, danzando junto a los pétalos que despedían los cerezos en flor, y Gennosuke supo que su alma pronto estaría libre también. Arrodillado sobre el tatami, acarició la afilada hoja de la daga. La sangre emanó de su yema, y él contempló su mano. La herida que se había hecho cuando le juró amor a su Aritoki había dejado una cicatriz; eso lo hacía sonreír. Afuera, los gorriones revoloteaban, y lamentó no poder admirarlos nunca más. Ni ir al río a pescar, ni volver a contemplar las montañas de Asahi besadas por la nieve del invierno. ¿Sus padres estarían orgullosos de él, de que muriese como un verdadero samurái? Sollozó al pensar que una carta fue la única despedida. Apretó la daga en su mano derecha, decidido. Una punzada de miedo lo asfixió: se preguntó qué habría del otro lado: ¿el cielo, el infierno? ¿Absolutamente nada? Esa última opción lo aterró, pero no podía echarse atrás ahora. Tenía un juramento que cumplir.

Prefirió pensar que se reuniría con Aritoki, y pasarían la eternidad juntos, abrazándose, viendo los cerezos florecer y escuchando a los ruiseñores cantar.

Tomó un respiro hondo y guio la punta de la daga hacia su vientre, tres dedos debajo del ombligo. Notó que su labio inferior no dejaba de temblar...tenía tanto miedo. Pero Aritoki, su Aritoki, ya estaba esperándolo del otro lado. Los dioses los habían unido con el hilo rojo del amor, pero por algún motivo caprichoso no dejaron que Aritoki se reuniera con él en El caballo azul como habían pactado. Mejor apurarse y no hacerlo esperar.

Asestó un golpe agudo en la parte izquierda de su estómago, mucho más doloroso de lo que anticipaba, y un chillido perforó el silencio de la habitación. Apretó los dientes y los párpados. Su impulso fue quitarse la daga, pero luchó contra ese impulso. Debía actuar como un hombre, debía luchar contra su parte animal que deseaba vivir por sobre todas las cosas. Cumplir con la promesa que le había hecho a su único amor. Tomó otro respiro y movió el filo a lo largo de su estómago, cortando la carne. Le costaba respirar, y casi no tenía fuerzas en las manos. Pero continuó, hasta sentir algo cálido empapando sus muslos. Miró hacia abajo; nunca creyó que su sangre pudiera ser de un carmesí tan intenso, o tan abundante.

Gennosuke se desplomó sobre el tatami, y con su último aliento miró hacia el ventanal. Los cerezos estaban floreciendo, y él se reuniría con Aritoki en el más allá.

13 de marzo, 03:27.

Kenji despertó gritando: pudo oír su alarido de terror reverberar en las paredes de su dormitorio. Se sacudió en la cama, volteándose boca arriba y quitándose las cobijas de encima. Su cuerpo estaba cubierto de sudor frío, y su corazón estaba a punto de explotar. Se tocó el vientre: de nuevo, nadie le había hecho el harakiri.

Estoy vivo, estoy sano, fue solo un sueño, se repitió mientras intentaba normalizar su respiración, pero no había manera; un pánico intenso estaba devorándolo vivo. Ansiaba arrancarse a sí mismo de su propia carne y escapar. ¿Adonde? no importaba; escapar.

Comenzó a respirar hondo, contando cada inspiración y cada exhalación como le había enseñado el terapeuta. Su corazón galopaba cada vez más duro dentro de su pecho, pronto iba a detenerse para siempre...

No, no, fue solo un sueño. Nada más, se repitió de nuevo mientras respiraba hondo.

—¿Kenji? —Hirokata golpeó la puerta—. ¿Estás bien? ¿puedo pasar?

Demoró en responderle; contar sus exhalaciones le consumía toda su atención. Poco a poco, sus latidos fueron normalizándose.

—Pasa —dijo, todavía jadeante.

Hirokata ya había irrumpido en su dormitorio incluso antes de que él respondiera. Cuando encendió la luz, Kenji notó que Hirokata solo vestía una camiseta blanca y su ropa interior.

—¿Estas bien? —Hirokata se apuró a sentarse en la cama junto a él— ¿Qué ha ocurrido?

—Una pesadilla, nada más. —Se esforzó en sonreír—. Pero ya está pasando. No estoy mareado y las palpitaciones se están calmando.

Con el ceño fruncido, Hirokata lo observó.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Mejor sírreme un wiski.

—Ya has bebido demasiado —lo regañó Hirokata, y salió del dormitorio.

Recién en ese momento, los ojos de Kenji fueron a su figura alejándose; a su ancha espalda debajo de ese ajustado algodón blanco y a las curvas de su trasero debajo de los holgados pantaloncillos grises.

No puedo creer que estoy pensando en eso justo ahora, se dijo a sí mismo, y abrió el cajón de su mesa de noche para buscar un frasco de píldoras. Se estaba llevando una a la boca cuando Hirokata regresó de la cocina con un vaso de agua.

—Puse agua a hervir para un té de tilo. —le alcanzó el vaso de agua. Su expresión todavía lucía preocupada—. ¿Qué es eso?

—Un somnífero. —Kenji lo bajó con un sorbo de agua—. Tranquilo, me los recetó el psiquiatra, pero los tomo solo en emergencias. Como esta.

Hirokata se sentó en la cama junto a él.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, ya te digo fue solo un sueño. —Dejó el vaso en la mesa de noche y recostó su nuca en la almohada. Soltó una risita—. ¿Sabes? Creo que mi inconsciente hizo una mezcla rara: mi pesadilla de siempre mezclada con la historia que me estabas contando.

Pero Hirokata no lucía más tranquilo al oír eso.

—¿Quieres contarme lo que soñaste?

—No importa ahora. —Kenji volvió a soltar una exhalación; su respirar era normal ahora, y los latidos de su corazón también—. ¡No vayas a sentirte culpable! Siempre tengo terrores nocturnos, no es nada nuevo.

—Creo que mañana deberíamos ir a comprarte un teléfono nuevo. —Hirokata parecía asustado—. ¿Y si hubieras necesitado llamar un médico?

—Estoy bien —refunfuñó Kenji—. Además, mañana es domingo.

—El centro comercial está abierto.

Kenji volvió a protestar. El silbido de la tetera anunció que el agua ya estaba hirviendo, y Hirokata volvió a bajar las escaleras. Durante su ausencia, una ansiedad diferente atacó a Kenji: una un poco más placentera, que gritaba en su cabeza que Hirokata estaba en ropa interior, en su dormitorio.

Cuando regresó con una humeante taza de té de tilo, Kenji se sentó en la cama, le agradeció y dio un sorbo.

—¿Seguro estás mejor?

—Sí, en cuanto haga efecto el somnífero voy a dormir sin soñar toda la noche.

Hirokata se sentó a su lado, y Kenji percibió el aroma de su piel.

—Hirokata...—murmuró avergonzado—, ¿p-podrías quedarte? Me siento bien, pero...n-no quiero estar solo.

Hirokata no dijo nada, tan solo le quitó la taza de las manos y se deslizó bajo las sábanas a su lado. Kenji volvió a agitarse.

—S-solo para dormir.

—Por supuesto —Lo reconfortó el otro.

Kenji sintió las piernas desnudas de Hirokata rozando las suyas y se sobresaltó.

—¡Tienes los pies helados!

—Perdón —rio Hirokata algo culpable—. Tengo un problema de circulación.

A pesar de eso, Kenji sintió el calor subir por su piel. Más abochornado que nunca, giró sobre su lado izquierdo, dándole la espalda.

—¿Quieres que te abrace? —le ofreció Hirokata con voz reconfortante.

Kenji asintió rápido, sin decir nada, y pronto el cuerpo de Hirokata estaba arrullándolo, envolviéndolo en sus brazos. Cerró los párpados y se perdió en ese placer lánguido, en esa sensación de cálida paz que lo poseía por completo. Hasta el último de sus músculos se relajó,

acunado en un ensueño delicioso.

—Hirokata, ya que estoy despierto, ¿por qué no me cuentas que sucedió después con Aritoki y Gennosuke?

—Oh, no creo que debas escuchar eso ahora. —Le acarició el cabello con ternura—. Lo que queda de la historia no es muy agradable, podría darte más pesadillas.

—Vamos...si tuviera teléfono lo usaría para ver idioteces y distraerme hasta quedarme dormido. Pero ahora te tengo a ti.

La risa de Hirokata le cosquilleó en el lóbulo, despertándole escalofríos.

—Mejor descansa. —Le dio un pequeño beso en la oreja y jugó con su cabello hasta que Kenji se sintió escapándose con dulzura hacia el sueño.

CAPÍTULO DIEZ.

13 de marzo, 9:38.

La tormenta de la noche anterior había dado lugar a una mañana soleada y resplandeciente, la luz se filtraba a través de la ventana del cuarto de lavado, y junto al lavarropas, Kenji esperaba que la ropa se secara. Por sobre el traqueteo de la máquina, escuchó a Hirokata cerrar el grifo de la ducha. Había terminado de bañarse, y los latidos de Kenji volvieron acelerarse.

—¡Estoy lavando tu ropa! —le gritó—. Te dejé algo mío para que uses mientras tanto.

—Gracias —respondió unos segundos más tarde desde el dormitorio.

Kenji todavía estaba avergonzado: despertar junto a otra persona era algo totalmente nuevo, más si esa persona era Hirokata. Por eso había huido al cuarto de lavado antes de que el otro abriera los párpados.

Todavía no terminaba de comprender por qué había permitido que un extraño entrara a su casa, a su vida...no era algo desagradable, todo lo contrario. Pero, ¿por qué?

Estaba desplegando la ropa seca sobre la tabla y rociándola con perfume cuando Hirokata encontró el camino hacia el cuarto de lavado. Kenji no pudo evitar sonreír cuando lo vio luciendo un viejo sweater que a él le quedaba enorme, con unos pantalones de pijama que le dejaban los tobillos al descubierto.

—No te preocupes, ya termino con tu ropa y podrás cambiarte.

—No es necesario que te molestes tanto. —Hirokata alzó el cuello hacia el ventanal, recibiendo la luz del sol en su pálido rostro. Kenji admiró la curva de su nuez de Adán, tan tentadora—. ¿Has dormido bien?

Asintió.

—¿Y tú?

—Sí. —Hirokata hizo una pausa, y Kenji sintió su corazón galopar más fuerte, pero fingió estar concentrado en el planchado—. No queda mucho de la historia por contarte, supongo que esta noche llegaremos al desenlace.

—Perfecto. —En secreto, el miedo atacó a Kenji: ¿Qué pasaría cuando la historia termine, cuando no haya excusa para mantener a Hirokata a su lado? ¿Por qué lo aterraba tanto dejarlo ir? —. ¿Desayunamos primero? Puedo preparar unas tostadas.

—Eso no es muy nutritivo —refunfuñó Hirokata—. El día está precioso, y ayer cuando fui a comprar el sushi descubrí una pequeña cafetería en la esquina.

—Es donde la enfermera Ratched compra sus magdalenas —pensó en voz alta.

—Bueno, ¿quieres ir? No creo que haya mucha gente a esta hora, y no es lejos. Creo que un poco de aire fresco te hará bien después de lo de ayer. Yo estaré a tu lado todo el tiempo, y podemos regresar si te sientes mal.

Kenji terminó de planchar los pantalones de Hirokata y levantó la vista. Los ojos del hombre eran tan oscuros, tan profundos...No le daba miedo salir si Hirokata lo acompañaba.

—De acuerdo —farfulló—. Deja que me cambie.

—Y tal vez después podamos ir a comprarte un teléfono nuevo.

—No abuses.

13 de marzo, 10:17.

Kenji odiaba darle la razón a la enfermera Yoshida (o a cualquier otra persona), pero la verdad era que aquella cafetería era preciosa. Los escaparates del frente estaban enmarcados por la misma acogedora madera de nogal de las mesas y asientos de adentro, y hojas de enredaderas trepaban desde las columnas frontales hasta el toldo. Ya dentro del salón, la cálida temperatura se fundía con una delicada música tropical y el penetrante aroma de los granos de café y el pan recién horneado. Apenas cruzaron el umbral, los ojos de Kenji buscaron la mesa más cerca de la salida.

—¿Dónde te quieres sentar? —preguntó Hirokata, y Kenji señaló esa mesa junto al ventanal —. Muy bien, ve a sentarte mientras ordeno.

Kenji dejó su campera de corderoy en el respaldo de la silla y tomó asiento. Le gustaba aquel lugar: se sentía a gusto, y no creía que nada malo podría ocurrirle allí. Cómo había dicho Hirokata, no había demasiada gente a esa hora. Eso era bueno. Buscó su libreta de cuero y bolígrafo del bolsillo y comenzó a tomar notas mientras esperaba a Hirokata.

—¿Has traído tu libreta? —preguntó, ya cargando una bandeja con dos tazas de café y varios bollos de canela y manzana.

—Por supuesto —respondió serio—. No salgo a ninguna parte sin ella.

Sin embargo, guardó su libreta para que Hirokata pudiera servir el desayuno en aquella mesita de nogal redonda. El primer bocado de aquel bollo de canela lo reconfortó, así como su dulzura mezclada con la amargura del café. Pero contemplar a Hirokata sentado frente a él, sus largas piernas cruzadas, el cuello protegido por la lana de su sweater blanco, su mirada atenta y su sonrisa relajada, le despertó una euforia que le aceleró el pulso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hirokata.

—Nada. Hemos pasado casi todo el fin de semana juntos. —Kenji bebió más café, avergonzado.

—No me quejo.

—Yo tampoco, pero...

—¿Pero?

—¿No crees que deberíamos hablar sobre lo de anoche?

—Es cierto. —Hirokata se aclaró la garganta—. ¿Quieres contarme tu pesadilla?

—No, me refiero a lo que sucedió...antes.

Miró a Hirokata a los ojos y sintió sus mejillas arder. Rompió el contacto visual y le dio otro sorbo nervioso a su café.

—¿De qué quieres hablar? —La voz de Hirokata siempre era tan calmante, tan comprensiva...

—¿Q-qué significa?

Vio al otro sonreír y de nuevo se sintió un idiota.

—Me gustas, Kenji. Creí que había quedado claro. —Movi6 el cuello, para estudiar mejor su reacción—. ¿Yo no te gusto?

Ahora sí, la piel de la cara debía estar como un tomate.

—Sí, es que...—murmuró con voz casi inaudible, sus dedos jugando con las migas sobre la mesa—, todo está pasando demasiado rápido.

Un silencio horrible, espantoso. Sin embargo, cuando volvió a mirarlo, Hirokata estaba sonriendo.

—Entiendo. —Hizo una pausa y terminó su café—. Bueno, me iré esta tarde, después de terminar la historia. Seguro te sentirás más tranquilo estando solo y podrás reflexionar mejor.

Kenji respiró hondo. Una parte de él quería recuperar su tan preciada soledad, otra parte deseaba que ese fin de semana junto a Hirokata, desconectado del mundo, durara para siempre.

—Sí, así puedo concentrarme en la novela.

Terminaron su desayuno, y Kenji insistió en regresar a casa. Hirokata obedeció. Cuando abandonaron la cafetería, el viento no soplaba tan frío, y los pétalos de cerezo que llegaban desde el parque Yoyogi revoloteaban con la brisa. Durante esa breve caminata de regreso a casa, Kenji entrelazó sus dedos con los de Hirokata. Lo vio sonreír sin decir nada. Soltó su mano para ingresar la clave de la cerradura, y los dos atravesaron el jardín donde Edogawa Rampo tomaba una siesta al sol.

Ya en la sala, Kenji no se contuvo y le besó los labios a Hirokata, incluso antes de que pudiera quitarse el sobretodo. Él le rodeó la cintura con los brazos, atrayéndolo contra su torso, hasta que sus pechos estaban apretados el uno contra el otro. Cuando Hirokata le acarició las mejillas, Kenji notó que sus manos estaban frías.

—Tienes las manos heladas —suspiró—. Ven, pasa.

—Ya te dije que mi circulación está mal. —Hirokata se negaba a soltarlo. Lo besó de nuevo,

con más ímpetu, hasta que Kenji estaba deshaciéndose entre sus brazos. Se escuchó a sí mismo despedir un gemido vergonzoso dentro de su boca, y se abochornó.

Apartó sus labios de los de Hirokata y rompió el contacto visual.

—Mejor enciendo el hogar —dijo, y escuchó a Hirokata reír y arrojar su sobretodo en el sofá—. Y después nos ponemos a trabajar.

Febrero, 1829.

El invierno cubría los alrededores de la fortaleza Sanehisa con un manto de nieve, y las escarchas danzaban en el aire como abejorros en primavera. Sin embargo, Aritoki y Gennosuke aprovechaban cada oportunidad que encontraban para escabullirse del castillo y darle rienda suelta a su amor. Paseaban por el mercado de la capital fingiendo patrullar, pero en realidad sus corazones se inflamaban por tan solo caminar el uno al lado del otro en silencio, y en ocasiones visitaban templos y santuarios coronados por las montañas nevadas. Cuando no había ojos indiscretos cerca, Aritoki abrazaba a Gennosuke fuerte contra su pecho, como deseando nunca dejarlo escapar, y le besaba los labios susurrándole lo mucho que lo amaba.

Una gélida mañana los dos caminaban entre las tiendas de kimonos y los pregoneros, y una repentina nevada atacó. Apurado, Aritoki compró una sombrilla en un puesto callejero y asió a Gennosuke de la cintura. El chico reía algo avergonzado mientras los dos se cobijaban de los copos de hielo bajo la misma sombrilla.

—Pero qué imagen más romántica —se mofó Tadasue, quien hacía sus rondas por la capital.

Los dos amantes se separaron al oír esa voz, pero era demasiado tarde, el samurái se alejaba por las calles con una carcajada socarrona entre sus dientes.

—Nos ha visto —se lamentó Gennosuke.

—No te preocupes, no dirá nada —lo consoló Aritoki, aunque por dentro él también estaba asustado.

La nevada se transformó en una tormenta pasajera, y los dos se refugiaron en una casa de té para entrar en calor. Sentados junto a la entrada, los dos compartían una taza de té mientras contemplaban los majestuosos copos de nieves caer.

—Estoy cansado de esto, Aritoki —suspiró Gennosuke, sosteniendo su taza con dedos elegantes—. No quiero vivir escondiéndome.

—Aunque perteneciéramos a diferentes clanes, las relaciones entre dos samuráis no logran sobrevivir el paso del tiempo.

Gennosuke le lanzó una mirada furibunda.

—¿Crees que nuestro amor es pasajero, entonces?

—Yo no he dicho eso, sé que te amare hasta que mis huesos no sean más que polvo en el

suelo. Incluso después de eso, te seguiré amando, Genno. —Aquellas palabras parecieron calmar al chico, y Aritoki siguió hablando—. Pero, según las reglas, un samurái puede tomar a un jovencito de amante durante el tiempo en que sea su aprendiz, eventualmente los dos deberían separarse y formar una familia con una mujer.

Gennosuke se quedó pensativo durante unos largos momentos.

—Entonces la solución es muy sencilla: ¡a la mierda las reglas! Dejemos de ser samuráis. Convirtámonos en ronin, en vagabundos sin amo ni rumbo fijo. —Los ojos de Gennosuke brillaban como dos gemas mientras hablaba—. ¡Tengamos una vida apasionante y llena de aventuras! Los dos juntos, sin que nadie nos prohíba nada.

Aritoki soltó una risita.

—¿En Asahi?

—¿Por qué no? —insistió Gennosuke, quien tomaba muy en serio sus propias palabras—. En unas semanas ya será primavera, los caminos se despejarán de nieve y podríamos ir a donde queramos. Yo puedo escaparme de la fortaleza y unos días después, tú te reúnes conmigo en El caballo azul.

Aritoki sacudió la cabeza. Por mucho que le gustara la idea de Gennosuke, no dejaba de ser un plan demasiado arriesgado.

Ante su silencio, el humor de Gennosuke se tornó sombrío de nuevo.

—Hemos hecho un juramento —dijo después de un largo silencio—. ¿Lo recuerdas? Si no podemos estar juntos, me quitaré la vida y nos reuniremos en la próxima.

—Lo recuerdo. Pero eso no será necesario, ya verás. No tengas miedo por Tadasue. Aunque hable, Chikusa sabe que es un imbécil y no le hará caso. —Intentó consolarlo, pero Gennosuke volvió soltar un suspiro melancólico.

Aritoki lamentó no poder abrazar y besar a Gennosuke, y tener que utilizar nada más que sus palabras y una sonrisa para intentar alejar sus miedos, pero había mucha gente rodeándolos. De todas maneras, el muchacho no menciono más sobre el tema, y se dedicó a admirar la nevada en silencio mientras disfrutaba su té. Y Aritoki admiró el perfil todavía lozano de su amante, con sus labios prominentes y llenos como los pimpollos de un clavel, y sus mejillas pálidas por el frío cobrando un adorable rubor después de beber el té caliente.

Regresaron a la fortaleza Sanehisa para el atardecer. Después de una extenuante práctica de esgrima, todos los samuráis se fueron a dormir, y Aritoki soñó toda la noche sobre cómo sería vivir libre junto a Gennosuke bajo las montañas perfumadas a cedro de Asahi.

Marzo, 1829.

Las últimas nevadas no habían sido más que una tímida lluvia de escarchas, y en las ramas

desnudas de los cerezos ya asomaban unos pimpollos, anunciando la primavera. El clima también se estaba tornando más húmedo y cálido, Aritoki lo notó pues esa mañana ya se encontraba transpirado después de apenas unos ejercicios con la espada.

Intercambió algunas escaramuzas con Kenzo, la madera haciendo eco bajo sus pies mientras peleaban, y sus pensamientos vagaron. ¿Dónde estaba Gennosuke? Ausentarse de la práctica de esgrima era una afrenta imperdonable para un samurái, incluso para un jovencito para él.

No fue el único que notó su ausencia.

—¡Bueno! —chilló el maestro Chikusa, paseándose entre los samuráis con su espada de madera en mano—. ¿Dónde está el gusanito?

—Tal vez arrastrándose en la mierda —bromeó Tadasue por debajo de su casco protector.

—No digas estupideces —lo regañó Chikusa—. En serio, ¿dónde está?

—Pregúntele a Aritoki —se mofó de nuevo Tadasue, y se quitó el casco—. Seguramente él lo sabe dónde está.

—¿Qué mierda significa eso? —insistió Chikusa.

—Son tan cercanos...

Chikusa giró el rostro hacia Aritoki y repitió la pregunta con menos paciencia que antes.

—No lo he visto —aseguró Aritoki—. No sé dónde está.

Kenzo se acercó y también se quitó el casco.

—No lo he visto en el desayuno tampoco.

—¿Tal vez se quedó dormido? —Agregó Chiyo, también preocupado.

—¡Tráiganlo de inmediato! —rugió Chikusa— Ay, ay estoy demasiado viejo para estas cosas.

Chiyo, quien dormía en la misma barraca que Gennosuke, fue el que corrió a buscarlo. Mientras esperaba, Aritoki sintió que la preocupación crecía en su corazón como hiedra venenosa. Su intuición le decía que algo malo había ocurrido, y la mirada desafiante de Tadasue le despertaba una rabia asesina. Finalmente, Chiyo regresó a la sala de esgrima, solo.

—No está en las barracas —anunció el chico—. Pero, además, tampoco está su alondra.

Un escalofrío azotó a Aritoki.

—¿Alondra? —Chikusa frunció el ceño.

—Tenía una alondra favorita —explicó Chiyo—. Ese pájaro nunca me dejaba dormir. Y ahora no solo Gennosuke ha desaparecido, también lo ha hecho la jaula con su alondra.

El miedo ajustó los tobillos de Aritoki, paralizándolo. Su mente daba vueltas y vueltas, intentando asimilar que nunca volvería a ver a Gennosuke, cuando la voz cavernosa de Chikusa lo trajo de nuevo a la realidad.

—¿Ha abandonado la fortaleza? No tiene sentido: fue tan tenaz para que nuestro señor lo aceptara....

—Creo que Aritoki sabe muy bien el paradero de Gennosuke —dijo de nuevo Tadasue,

adelantándose.

—Ya he dicho que no sé nada —respondió él entre dientes. Su corazón galopaba tan duro sobre esa mezcla de rabia y miedo, que creyó que podía matar a Tadasue a sangre fría.

—¿De veras? —insistió Tadasue, mientras buscaba algo de los pliegues de su chaqueta—. Te estoy dando la oportunidad de entregarte con honor, Aritoki.

—No sé de qué estás hablando.

—Habla de una vez, Tadasue —lo espetó Chikusa.

El samurái sacó un rollo de papel de las mangas de su chaqueta. Estaba atado con una ramita de ciruelo, y Aritoki se estremeció al verlo. Sintió un leve mareo al ver Tadasue desplegar el papel con dedos tortuosos, y con la misma crueldad, leyó en voz alta:

«Mi alma está atada a la tuya. Te espero donde cantan los ruiseñores. Cuando florezca el cerezo, finalmente estaremos juntos»

Aritoki se estremeció al oír el contenido de aquella carta, leída con la voz tan horrible de Tadasue. Se odió a sí mismo, y al mismo tiempo odiaba a todo el mundo en aquella sala.

—¿Qué significa eso? —protestó Chikusa, confundido.

—Es una carta que Gennosuke le ha enviado a Aritoki —sentenció Tadasue—. Llegué más temprano esta mañana, y la encontré junto a la armadura de Aritoki. Seguro que Gennosuke se la ha dejado antes de huir.

Incapaz de contenerse, Aritoki se abalanzó contra Tadasue. Kenzo se interpuso, intentando calmarlo.

—Si esa carta era para mí, no tienes porqué cogerla tú —chilló Aritoki, forcejeando con Kenzo.

—Eso es lo de menos —interrumpió Chikusa—. ¿Aritoki, eso es verdad? ¿Planeaste huir con Gennosuke a pesar de que yo te prohibí que te relacionaras con él?

Aritoki se mordió la lengua y dejó de forcejear. Permaneció callado frente a la mirada severa de Chikusa. Frustrado, el maestro le arrancó la carta de las manos a Tadasue y llamó a Chiyo.

—Chiyo, Gennosuke era tu amigo, ¿esta es su letra o no?

Chiyo tragó saliva, intercambió una mirada preocupada con Aritoki y finalmente asintió. Un silencio sepulcral inundó la sala de esgrima.

—Aritoki —sentenció el maestro Chikusa—, violaste una orden directa mía. Son veinte golpes de la vara para ti. Nuestro señor Sanehisa decidirá el castigo definitivo. Ruega a todos los cielos que te permita suicidarte y conservar algo de honor.

Una suave brisa corrió entre los limoneros del patio, y le acarició la espalda desnuda. Una caricia de los cielos antes del castigo que estaba a punto de recibir. Arrodilladlo sobre un improvisado tatami en la hierba, Aritoki esperaba con su chaqueta abierta y arrugada sobre su

regazo. A pocos metros de distancia, sus compañeros samuráis observaban entre murmullos, preocupados algunos, silenciosos otros, divertidos otros. Chikusa tenía el deber de atestiguar el castigo, aunque se notaba bajo su mirada severa que aquello no le gustaba.

—No retrasemos más esto —sentenció el maestro, y le hizo un gesto al siervo con la vara de madera.

Un golpe. Aritoki contuvo la respiración y mantuvo los ojos abiertos. Era la primera vez que lo castigaban. Al principio no dolió tanto como esperaba, un sonido seco de la madera reverberando contra sus omóplatos.

Dos golpes. Ahora el dolor del primer azote se multiplicaba como miles de insectos ardientes bajo su piel, y se mezclaba con el segundo golpe.

Tres golpes. Aritoki notó que su cuerpo tenía el impulso de moverse, de huir del dolor, y necesitó de toda su voluntad para mantenerse arrodillado, sin luchar.

Con el cuarto golpe, Gennosuke apareció en su memoria, y con el quinto el dolor de su hermosura se mezcló con el ardor que brotaba en su piel herida.

Seis golpes, y Aritoki sollozó. ¿Dónde estaba Genno?

Siete golpes, el calor en su espalda era insoportable, y el dolor desplegaba sus patas de araña hasta sus costillas y piernas. Pero no podía dejar de pensar en Gennosuke.

Ocho golpes, y Aritoki odió a Gennosuke por ser tan impulsivo.

Nueve golpes, y Aritoki soltó un lamento de suplicio por primera vez. Apretó los párpados y absorbió esos desgarros de la vara entre dientes apretados.

Diez golpes, y Gennosuke volvió a nacer en su recuerdo como un verano eterno.

Once golpes, y Aritoki se transportó a los campos de Miyagino, donde Gennosuke descansaba rodeado de tréboles y abetos blancos, y el perfume a otoño los envolvía ambos.

Doce golpes y Gennosuke entrelazaba los dedos con los suyos en la oscuridad, con una timidez inusual en él. Aritoki ya no sentía las piernas.

Trece golpes y Aritoki creyó que iba a desmayarse. El recuerdo de los pies desnudos de Gennosuke jugueteando con el agua del río lo mantuvo consciente.

El golpe catorce azotó su espalda descarnada y Gennosuke lucía majestuoso bajo el cerezo.

Quince golpes y los ojos de Gennosuke brillaban como jaspes negros al recibir la alondra.

Dieciséis golpes y Aritoki creyó que recordar a Gennosuke le dolía más que el castigo, pero aun así se aferró al recuerdo del chico durante el golpe diecisiete.

Dieciocho, y oyó a los ruiñeños cantar por el ventanal de la posada, mientras Gennosuke se acurrucaba con fuerza contra su cuerpo bajo la manta que compartían.

Diecinueve, y el aire le dolía al respirar. Gennosuke lo llenaba de caricias mientras él lo penetraba. Se sentía tan cálido...

Veinte, y Aritoki se dejó hacer sobre su estómago. Aunque ya no lo golpearan más, podía

sentir los azotes palpitando en la carne de su espalda, como si ya no tuviera piel. Respiró agitado, con la cara sobre el tatami y el corazón a punto de estallarle.

¿Dónde estaba Genno?

—Muy bien, ya es suficiente —declaró Chikusa. Se aclaró la garganta—. Esperemos que el señor Sanehisa también considere que este castigo es suficiente y te perdone la vida. Ahora llévenlo al calabozo.

Dos hombres lo cogieron de los hombros, obligándolo a levantarse, y Aritoki notó que sus rodillas temblaban, apenas capaces de sostener su cuerpo en pie. Lo único que lo mantenía consciente era el recuerdo de Gennosuke, el saber que el muchacho estaba esperándolo en la posada El caballo azul. Y de pronto, de ese conocimiento se encendió una chispa de esa esperanza. Esa chispa creció hasta convertirse en un incendio fuera de control, y en ese fuego Aritoki encontró las fuerzas para despertar de su sopor, para actuar. Ahora la adrenalina palpitaba duro por sus venas, y una fuerza inusual revivió en sus músculos castigados.

¡Gennosuke está esperándome, no puedo retrasarme más!, pensó mientras le arrebatava la katana de la cintura a unos de los hombres que lo empujaba. Lo desarmó con un movimiento limpio, y con una escaramuza desprolija atacó al segundo guardia. Los gritos llenaban el patio y otros samuráis se abalanzaron para detenerlo, pero Aritoki logró abrirse paso, alimentado por un repentino subidón frenético de energía. Ya no le importaba el dolor, ni la deshonra, ni luchar a muerte con sus propios compañeros. Solo podía pensar en escapar de la fortaleza, robar un caballo y encontrarse con Gennosuke.

13 de marzo, 16:22.

Kenji alejó su mirada de la libreta donde tomaba notas: hacia un rato que su corazón había empezado a latir demasiado fuerte, demasiado rápido, mientras oía la historia.

—¿Y lo logró? —preguntó, buscando los ojos oscuros de Hirokata. Del otro lado del escritorio—. ¿Aritoki pudo escapar de la fortaleza y reunirse con Gennosuke?

La expresión de Hirokata había cambiado, un aura de pesar lo envolvía.

—Escapó —dijo después de soltar un suspiro melancólico—, pero...no pudo reunirse con Genno. —Kenji notó que le costaba respirar—. Aritoki robó un caballo y también algo de dinero, y logró cabalgar hasta las montañas de Shiomi. Sin embargo, cuando llegó a la posada...

—Gennosuke se había suicidado. —Kenji terminó la frase sin siquiera pensar las palabras antes de decirlas.

—Así es. —El tono de Hirokata era calmo pero apesadumbrado y sorprendido al mismo tiempo.

—Gennosuke esperó varios días en El caballo azul, y le llegaron las noticias de que Aritoki

había sido condenado a hacerse el seppuku. Entonces liberó a la alondra, se cortó el cabello y se abrió el vientre para cumplir su promesa y unirse con Aritoki en el más allá.

Kenji hablaba como en trance mientras su corazón galopaba al punto del pánico. Un leve mareo lo atacó: no sabía de dónde provenían aquellas palabras, pero sabía con todo su ser que eran ciertas.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Hirokata, sus ojos parecían húmedos con lágrimas recién nacidas—. Ni siquiera yo sé ese lado de la historia.

—Lo sé... ¡lo sé! —aulló Kenji, casi incapaz de respirar. La adrenalina lo obligó a ponerse de pie, aunque las piernas le temblaban. Sus manos estaban empapadas de sudor frío, al igual que su espalda, y el corazón le iba a reventar—. ¡Lo he visto en mis sueños! No...lo viví... ¡Sentí el cuchillo abrirme el vientre! ¡Vi mi cabello largo caer en mechones al suelo! ¡Oí a la alondra cantar como si estuviera en este mismo cuarto! —gritó más fuerte, el pecho dolorido por la falta de aire—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que yo haya visto eso en sueños incluso antes de que me lo contaras? ¡Es imposible!

El pánico le cerró la garganta y la habitación le daba vueltas, iba a volverse loco. Quiso dar un paso y trastabilló: no sabía a dónde iba, ni qué hacer. Estaba enloqueciendo. Sí, no era un simple ataque de pánico, esta vez no había vuelta atrás. Se estaba desmoronando, y no podía respirar.

Las manos de Hirokata le sujetaron los antebrazos, y lo arrancaron de la espiral dentro de su mente. Kenji se esforzó en concentrarse en esos ojos tan cálidos, que lo miraban desesperados, y en escuchar esa voz acaramelada.

—Kenji, respira. Tan solo respira —le dijo Hirokata con calma—. Hay una explicación, pero antes debes tranquilizarte.

Kenji tomó un respiro hondo, y otro, y otro. Con la ayuda de Hirokata volvió a sentarse en la silla junto al escritorio de roble. Tomó aire en cuatro tiempos, lo mantuvo en siete y lo exhaló en ocho, y su corazón comenzó a palpar a un ritmo más lento. Sujetó la mano de Hirokata y no la soltó en ningún momento. El otro tampoco parecía querer soltarlo, tan solo mantenía sus dedos entrelazados y de tanto en tanto le prodigaba una caricia reconfortante con las yemas.

—¿Dónde has oído esta historia? —preguntó Kenji todavía jadeante—. ¿Por qué yo también la he visto en mis sueños? —Hizo una pausa antes de hablar, lo que iba a decir sonaba como una locura, pero dentro de aquel caos, tenía sentido. Además, ya no estaba seguro de qué era la cordura a esas alturas—. ¿Acaso son recuerdos de mi vida pasada? ¿Yo soy la reencarnación de Gennosuke y tú la de Aritoki?

—No —dijo Hirokata—. Yo soy Aritoki.

CAPÍTULO ONCE.

13 de marzo, 18:39.

Kenji se vio obligado a revolver el cesto de papeles en busca del frasco de píldoras nuevas que había botado. Quiso acompañarla con un vaso de sake, pero Hirokata lo regañó y le trajo un vaso de agua. Al cabo de un rato ya se sentía más tranquilo. Su respiración se había normalizado y la llovizna repiqueteando sobre los paneles del cielorraso creaban una pacífica banda sonora.

Hirokata regresó de la cocina con una taza de té para él, y Kenji se perdió en cómo las luces anaranjadas del hogar eléctrico moldeaban su rostro. Ese rostro, que se había ganado su confianza desde el primer momento en que se conocieron en el puente. Ahora todo tenía sentido, por más descabellado que sonara. Kenji nunca había creído en la reencarnación, pero cada vez que miraba a Hirokata o escuchaba su voz, sabía que algo los unía.

—¿Te sientes mejor? —Hirokata se sentó a su lado en el sofá.

—¿Por qué antes dijiste que eras Aritoki? —Kenji le dio un sorbo a su té, ansioso por conocer la respuesta.

—Porque lo soy. Hirokata Enomoto es un nombre falso.

—Eso no tiene sentido... ¡No puedes haber vivido en la era Edo! ¿Qué edad tienes?

Aritoki le cogió la mano por la muñeca con suavidad, y la guio por debajo de su sweater y de su camiseta. Kenji sintió un escalofrío al sentir la piel del otro contra las yemas.

—¿Sientes el latido de mi corazón? —preguntó Aritoki, llevándose la mano de Kenji al pecho.

—No —murmuró Kenji, y después notó que su cuerpo estaba frío. Por instinto, retiró la mano.

—Ahora entiendes por qué mis manos y pies siempre están fríos. No tengo ningún problema de circulación, o tal vez tengo uno muy grave.

Kenji tragó saliva.

—¿Estás muerto?

—No. Pero tampoco estoy vivo. Soy inmortal.

—Creo que necesito otra píldora —exhaló Kenji, una jaqueca empezando a palpar en sus sienes.

—Entiendo que esto debe ser difícil de comprender.

—¿Difícil? —soltó una risa nerviosa—. Aunque, para ser sincero, estos últimos días pusieron

a prueba mi concepto de “normalidad” ...ya me siento más allá del bien y el mal. Si me dijeras que eres una extraterrestre, probablemente también te creería.

Aritoki sonrió sin mostrar los dientes, sus ojos lucían cansados. Por primera vez, Kenji pudo contemplar el agotamiento de cien años en esos iris de terciopelo marrón. Afuera la lluvia aumentaba, y durante largos momentos ninguno de los dos habló.

—¿Cómo te ha ocurrido esto? —preguntó Kenji con un murmullo.

La pregunta pareció causarle dolor a Aritoki, quien pensó con mucho cuidado antes de responder.

—¿Quieres oír el final de la historia? —ofreció, Kenji se apuró a asentir, dejó la taza de té sobre la mesita y cruzó la pierna sobre el sofá—. Muy bien, pero te advierto: no estoy orgulloso de muchas de las cosas que voy a contarte.

Tardé tres días en llegar a las montañas de Shiomi, y cuando por fin crucé la puerta de El caballo azul, el posadero se asustó al ver mi aspecto. Yo ya no lucía como un samurái del clan Sanehisa, sino como un ronin desesperado. Pero fue bueno que no me reconociera, ya que Aritoki Manaba era un prófugo de la ley. Cuando pregunté por Gennosuke, tampoco reconoció aquel nombre, por lo que supongo él habrá dado un seudónimo para protegernos. Sin embargo, cuando lo describí físicamente, el hombre se puso pálido como un fantasma. Con una angustia pesada en su voz me explicó que había hospedado a un chico así, y que este había cometido harakiri en su habitación. Cuando oí esas noticias, sentí que yo mismo estaba muriendo. Me negué a creerle, pero el posadero me mostró el lugar donde había improvisado una sepultura para Gennosuke. En cierta manera me alegró que fuera cerca de la base de la montaña, donde muchos ruisñores cantarían para acompañarlo toda la eternidad.

Pero no era suficiente.

Desde aquel entonces, nada nunca fue suficiente.

Todavía yo era un joven impulsivo de veinticinco años, con la sangre caliente y más bríos que cerebro. Y mientras lloraba sobre esa lápida sin nombre y le arrancaba las hierbas que crecían alrededor, solo podía desear asesinar a Tadasue.

Y así lo hice, unos días más tarde. Regresé a la capital y aceché el mercado, hasta que lo encontré haciendo sus rondas y lo asesiné a sangre fría. Le abrí el cuello tan rápido que el desgraciado nunca supo lo que le ocurrió, o quién lo hizo. Y ese fue el problema: fue demasiado rápido. Aun con mis manos empapadas con su sangre tibia, yo estaba insatisfecho. Durante las décadas y décadas que viví después, imaginé miles de muertes diferentes para Tadasue, una más cruel que la otra, y me arrepentí de no haberlo planeado mejor.

Pero nada de eso me devolvía a Gennosuke.

No me importaba ser un ronin, un vagabundo sin amo a quien servir, no me importaba la falta

de hogar fijo, pero me dolía saber que no volvería a ver a mi Gennosuke. Y que era demasiado cobarde para suicidarme, para cumplir la promesa que le había hecho.

Así que la siguiente noche de luna oscura, cometí lo indecible. Yo...desenterré a Gennosuke, y lo bañé en las aguas de la laguna Isamu. Casi no había luz, pero su piel resplandecía como el jade blanco bajo las estrellas. Lo sostuve y mojé su frente y sus brazos con las aguas de la laguna Isamu. Incluso su cadáver era hermoso, pero cuando abrió los ojos...ya no era hermoso.

Ya no era Gennosuke.

Era...una cáscara vacía, como un monstruo, un pollo corriendo sin cabeza.

¿Me odias por lo que te estoy contando?

—Sigue...—murmuró Kenji.

Cuando me di cuenta de la atrocidad que había hecho, no supe a quién acudir por ayuda. Hasta que recordé a los monjes en el templo del monte Utsu. Fueron ellos los que me habían contado sobre la laguna, aquel día cuando nosotros fuimos a llevar una ofrenda, e imaginé que eran los únicos que podrían ayudarme. Tampoco tenía otra opción: Gennosuke se había convertido en un muerto errante, incapaz de articular palabra o reconocermelo. Su alma incapaz de descansar. Y todo había sido por mi culpa.

El abad me recibió a pesar de mi aspecto tosco, y escuchó mi historia con paciencia y sin prejuicios. Fue liberador quitarme todo ese dolor de mi pecho.

—Lo que has hecho fue un error —sentenció el abad después de escuchar mi historia. Su voz era calma—. Atrapaste a Gennosuke en una cueva entre el presente y el futuro. No puede morir, pero tampoco puede vivir. Y su alma no puede descansar ni reencarnar mientras su cuerpo físico siga deambulando.

—¿No hay manera de revertirlo?

—Me temo que no. —El abad sacudió la cabeza y suspiró—. La muerte no acepta devoluciones. Solo puedes hacer un intercambio con ella. Si alguien ocupara el lugar de Gennosuke, entonces él podría morir y su alma estar en paz.

No tuve que pensarlo ni siquiera un segundo.

—Yo tomaré su lugar.

Fue la primera vez que vi al anciano asustado.

—¿Estás seguro? Si tomas su lugar, entonces no podrás morir. El tiempo se detendrá para ti, tu alma nunca podrá reencarnar. Todos los hombres le temen a la muerte, pero ninguno realmente comprende la tortura que puede ser la inmortalidad.

—¿Y Gennosuke? ¿Podrá reencarnar algún día?

—Tal vez sí, tal vez no. Debes tener esto bien en claro: si intercambias con Gennosuke la

maldición, entonces solo él podrá liberarte. Sus almas quedarán ligadas. Y si él nunca reencarna, no puedes encontrarlo, o no te reconoce, entonces nunca podrás morir. ¿Estás seguro que podrás tolerarlo?

Acepté sin pensarlo: era mi responsabilidad que Gennosuke pudiera descansar en paz. Era mi deber liberar su alma del dolor que yo le había causado. Así que esa misma noche, los monjes lo capturaron merodeando por el bosque. Lo ataron de brazos y piernas y lo desnudaron. Pintaron encantamientos con tinta roja en todo su cuerpo mientras recitaban sutras. Hicieron lo mismo conmigo. Me tumbé toda la noche en el tatami del templo, oyendo los cantos guturales de los monjes y dejando que cubran mi cuerpo con caracteres mágicos mientras la luz de la luna llena se filtraba por el ventanal.

Al amanecer, Gennosuke finalmente logró morir. Los monjes le dieron una sepultura digna bajo la sombra de un hermoso ciruelo, y encendieron velas y rezaron por el descanso de su alma.

Pero para mí, el intervalo entre el presente y el futuro se cortó para siempre.

Desde aquel año, 1828 según el calendario moderno, yo he tenido el aspecto de un joven de veinticinco años. Deambulo en un limbo entre la vida y la muerte. Mi corazón ya no late, pero tampoco envejezco. Ninguna enfermedad puede afectarme, ningún método por violento que sea, puede asesinarme.

—¿Lo has intentado? —preguntó Kenji con un susurro angustiado.

—Varias veces, pero nunca ha funcionado. —Aritoki sonrió con melancolía.

Kenji hizo silencio, absorbiendo con lentitud toda esa información nueva, tan pesada, tan abrumadora. Los ojos le palpitaban con una leve jaqueca, y sintió su corazón latiendo un poco más rápido de lo normal. Sin embargo, el pánico estaba lejos, y su mente estaba tanto fascinada como asustada por la historia de Aritoki. Lo miró de nuevo: esa cara angulosa de pómulos altos y piel pálida, teñida de cobre por la escasa iluminación y las llamas del hogar. Estudió sus ojos con cuidado, mientras el sonido de la lluvia le acariciaba los oídos a la distancia. Una poderosa emoción lo sobrecogió, a pesar de que no sabía cómo describirla. Tenía tantas preguntas...pero apenas podía articular una palabra. Instintivamente, extendió su mano y tocó de nuevo el pecho de Aritoki. El otro no se movió ni un milímetro. Otra vez, Kenji comprobó que aquel corazón no latía.

—¿Cómo es ser inmortal? —murmuró Kenji.

—No tan bueno como los hombres creen. Solitario.

—Debes haber visto cosas increíbles.

—Lo hice. —Otra vez esos labios curvados en una sonrisa nostálgica—. Viví como un ronin sin amo hasta mediados de la era Meiji, vagabundeando y tomando trabajos ocasionales con mi espada, no siempre honorables. Pero poco me importaba el honor a aquellas alturas. Los años

pasaron y vi a Japón abrirse al mundo occidental, hasta que los samuráis no fueron más que un recuerdo. Aun así, siempre había formas de sobrevivir. Vi la guerra, las dos, y los horrores de la bomba atómica. También vi mucha belleza, y mucha compasión entre los hombres. A pesar de la miseria que los rodeaba, algunos nunca perdían la esperanza, y decidí dejar de vivir como un ermitaño y regresar a la sociedad. Para mediados del siglo veinte, logré crearme una vida nueva entre los mortales. Mis conocimientos de la era Edo me permitieron tener una posición acomodada como historiador y antropólogo, aunque de tanto en tanto me veo obligado a mudarme y comenzar de nuevo bajo un nuevo nombre. Es sospechoso que nadie me vea envejecer, por lo que tampoco puedo darme el lujo de entablar amistades cercanas. Tampoco me interesa mucho formarlas: cualquier vínculo me obligaría a vivir otra vez la muerte de un ser querido. Así que preferí dedicarle mis energías al estudio, a conocer a fondo el siempre cambiante mundo moderno. Encuentro sosiego en el arte, en la literatura, en las noticias de nuevos descubrimientos. En las asombrosas tecnologías nuevas, aunque soy un desastre para comprenderlas del todo. Pero llegado un tiempo, todo parece tan aburrido, tan monótono. Esos monjes tenían razón: es la muerte lo que le da sentido a la vida. Lástima que yo era un chiquillo estúpido, y solo pude entenderlo cuando ya era tarde.

Kenji tan solo respiró profundo, su mano todavía sobre el corazón de Aritoki.

—A mi me aterra morir —susurró—. Desde que mis padres murieron, yo...me aterra pensar en cuándo me llegará la hora a mí.

—No le tengas miedo a la muerte. —El tono de Aritoki era profundo y reparador—. No sabes lo afortunado que eres de poder morir—. Le cogió la mano y le besó los dedos con dulzura. Luego le estudió el rostro con dedicación—. Cuando ese momento llegue, habrás vivido una vida larga y plena, y habrás llenado al mundo de historias magníficas. Estoy tan orgulloso de lo que te has convertido. Siempre fuiste tan...brillante. Eso es, tú resplandesces.

Kenji se descubrió encorvándose, un poco abochornado de oír aquellas palabras. Y al mismo tiempo, un calor irradiaba desde lo profundo de su pecho hacia todo su cuerpo. Perdido en el sonido de la lluvia y en las manos de Aritoki acariciando las suyas con ternura, se dio cuenta de que lo había extrañado. Toda su vida había extrañado a Aritoki, aunque nunca lo había sabido hasta ahora.

—Ya te he contado el final de la historia. —Aritoki quebró el silencio con un murmullo ronco, y se aclaró la garganta—. Seguro tienes mucho que pensar, ¿quieres que me vaya?

Kenji se impulsó hacia Aritoki, lanzando un gemido lastimoso antes de besarlo. No quería pasar más tiempo separados, así que lo besó con torpeza y desesperación. Pudo percibir a Aritoki sonriendo entre besos, y pronto las manos del otro le estaban sujetando las mejillas. Estaban frías, pero aun así lograban encenderle la carne con sus caricias, y Kenji rodeó la cintura de Aritoki con sus brazos, apretándose más fuerte contra su cuerpo. No quería dejarlo ir nunca.

—No tienes idea de lo mucho que te he extrañado —murmuró Aritoki, algo jadeante, y su aliento caliente le acarició los labios. Jugueteeó un poco con las puntas de sus narices y volvió a besarlo.

—Pero, yo no soy Gennosuke —respondió Kenji cuando el miedo le punzó el pecho.

Aritoki tan solo sonrió, dibujando un delicado círculo con el pulgar en su mejilla.

—No lo eres. Y al mismo tiempo, lo eres. —Lo besó de nuevo, los labios aprisionándole el labio superior con especial ahínco—. No sabes lo afortunado que soy de haberte encontrado.

Kenji volvió a perderse en los labios de Aritoki, en el sabor de su lengua y en cómo le mordisqueaba el cuello hasta que la cabeza le estaba dando vueltas. Ni siquiera reparó en qué momento se habían levantado del sofá, solo supo que en mitad de las escaleras Aritoki lo empujó contra la pared para besarlo otra vez, impaciente, y cuando presionó el cuerpo contra el suyo le notó la erección contra la entrepierna. Él todavía estaba nervioso como para endurecerse, pero un cosquilleo insoportable y placentero a la vez le abrasaba toda la carne.

Con torpeza encendió la luz del dormitorio, y vio a Aritoki arrancarse el sweater y la camiseta que llevaba debajo con un solo impulso apurado. Kenji lo imitó y las manos le temblaron un poco: era la primera vez que alguien lo miraba desnudo y aquello lo intimidaba un poco. Cuando Aritoki volvió a abrazarlo, sus torsos desnudos se rozaron por primera vez., y Kenji se aferró con fuerza a esos hombros, descansando la mejilla en la curva de su cuello. Se quedaron así unos largos momentos, quietos, las yemas de Aritoki deslizándose por su espina y llenándolo de deliciosos escalofríos.

—¿Te molesta que mi piel este fría? —le susurró Aritoki al oído, sin dejar de abrazarlo.

—No me importa —murmuró. En aquel momento, lo único que podía sentir era un profundo y desbordante amor por Aritoki, uno que jamás imaginó experimentar por ninguna persona. Alzó el rostro para besarlo—, pero...

—¿Es tu primera vez? —Aritoki le buscó la mirada con ternura.

Kenji asintió.

—No tengo condones —farfulló—, ni lubricante.

—No necesitamos, no hay nada que pueda contagiarte. Además, no he estado con nadie desde 1925.

—¿1925?

—La era Taisho...Conocí a un chico y creí que eras tú. —Le dio un pequeño beso en los labios.

—¿Nadie más en todo este tiempo?

Aritoki se encogió de hombros.

—No me interesa nadie más. Supongo que te estaba esperando. ¿Y en tu caso? ¿Por qué un escritor lindo y famoso todavía es virgen?

—No soy lindo —protestó—. Tal vez yo también te estaba esperando, pero recién ahora me doy cuenta.

Aritoki soltó una risita y lo besó con dulzura.

—Vi que en el baño tienes aceite corporal. Usaremos eso.

—¿Sirve?

—Sirvió en 1828 —dijo Aritoki con una sonrisa confiada, antes de alejarse y entrar al baño.

Cuando estuvo solo, Kenji entró en pánico. Abrió la cama, apurado, y se quitó los pantalones con la misma prisa. Notó que ya estaba durísimo. ¿Debía quitarse la ropa interior también? El corazón le latía tan fuerte que parecía iba a escapársele del pecho. Aritoki regresó del baño con la botellita de aceite en la mano, y al verlo Kenji se tranquilizó y se agitó al mismo tiempo. Sentado en la cama, sus ansias se multiplicaron al ver a Aritoki quitarse los pantalones, y se sintió un idiota por no haberlo ayudado. Sus labios se unieron una vez más, y Kenji percibió que Aritoki estaba intentando tomar todo con calma. Dejó que lo acostara boca arriba y sintió el cuerpo frío cubriéndolo. Kenji le abrazó los hombros, y se deshizo en suspiros mientras Aritoki le besaba el cuello y el pecho. Cuando le descubrió los pezones, se dedicó a torturarlos con los labios y los dientes, y Kenji se encontró retorciéndose debajo de él. Aritoki continuó deslizándose hacia la parte inferior de su cuerpo, besándole el miembro por encima de la ropa interior antes de quitársela.

—¿Esto tampoco te lo han hecho antes? —preguntó Aritoki mientras le cubría la erección de besos y caricias de su lengua.

—N-no...—tembló Kenji. La boca de Aritoki se sentía tan caliente, y lo engullía de una manera que lo enceguecía de placer. Quiso contenerse, pero el orgasmo lo sacudió con el nombre de Aritoki entre los dientes—. P-perdón...—dijo jadeante.

—¿Por qué? —Aritoki se incorporó un poco y extendió el brazo hacia la mesa de noche, en búsqueda de la botellita de aceite. Cuando sus rostros estuvieron a centímetros de distancia, Kenji lo besó, tan satisfecho como todavía hambriento.

Aritoki se acomodó entre sus brazos, y le indicó que separara las piernas. Kenji obedeció, y sus labios se unieron al mismo tiempo que Aritoki lo penetró con un dedo.

—¿Duele? —preguntó con un susurro a milímetros de su boca.

—No. Se siente bien.

Feliz con la respuesta, Aritoki continuó mientras Kenji se desarmaba por completo. Giró sobre su codo para estar más cómodo, y Aritoki agregó un segundo dedo a la vez que le depositaba besos tímidos en el hombro y el oído.

—¿Puedo follarte ahora?

Kenji gimoteó un vergonzoso «sí» antes de que Aritoki entrara en él a ritmo lento. El dolor se mezcló con el placer, y Kenji arrugó las sábanas con los dedos. Pero nada de eso se sentía nuevo,

era como si él y Aritoki nunca se hubieran separado. Aritoki le rodeó el pecho con el brazo y le besó el cuello. Kenji giró la cara para encontrarle los labios y besarlos mientras lo penetraba. La cadencia era exquisita, y poco a poco Kenji fue exigiéndole que aumentara, hasta que sintió a Aritoki en lo más profundo de él, y el placer volvió a cegarlo.

Entre jadeos y párpados entornados, vio el rostro de Aritoki contraerse con gozo. Los ojos apretados mientras un gemido de alivio brotaba de sus labios enrojecidos. Aquello le pareció hermoso, y compartieron un último beso agónico mientras la tensión se disipaba de sus músculos.

Afuera la lluvia había cesado, y el silencio bañaba la habitación. Kenji permanecía abrazado a Aritoki, quien se negaba a soltarlo. El muchacho sintió su cuerpo cansado, el placer palpitando con suavidad en su interior hasta desvanecerse. Su mente también estaba agotada, y, aun así, llena de preguntas. Miró el rostro dormido de Aritoki y se le ocurrieron mil preguntas más para hacerle. Sin embargo, el sueño lo venció y se encontró perdiéndose entre los brazos de Aritoki.

CAPÍTULO DOCE.

14 de marzo, 9:43.

Kenji abrió los párpados, todavía envuelto en un placer lánguido y exquisito. Estiró las piernas bajo las sábanas y encontró las piernas de Aritoki enredada entre las suyas. Eso lo hizo sonreír. Poco a poco fue despertando, y absorbiendo las sensaciones que lo invadían: el cuerpo de Aritoki pegado contra su espalda, el brazo cruzado por delante de su pecho y el aliento acariciándole la curva del hombro. Kenji no pudo evitar sonreír. Giró despacio, con cuidado de no despertarlo, y contempló el rostro dormido de Aritoki. No podía creer lo hermoso que era. Deslizó las yemas por su piel; se sentía fría, pero eso no le desagradaba. Reparó de nuevo en que el corazón no le latía, ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que un hombre siguiera vivo desde el periodo Edo?

Estaba perdido en sus pensamientos cuando lo sobresaltó el sonido del portón abriéndose a la distancia. Todo su ser se puso en alerta, y segundos después escuchó que la puerta se abría, seguida por el murmullo de varias voces.

—¿Kenji-kun? —Lo llamó la enfermera Yoshida desde la planta baja.

—Mierda, mierda, mierda —farfullaba Kenji mientras se levantaba de un salto, buscando sus ropas esparcidas en el suelo.

—¿Qué pasa? —Aritoki se desperezó.

—Es la enfermera Ratched. —Kenji se colocó el sweater a toda prisa. Podía escuchar otras voces masculinas junto a ella.

—¿Quién?

—¡Escóndete! —Kenji le arrojó el sweater a Aritoki sobre la cabeza y salió del dormitorio.

Ya en el borde de la escalera, Kenji vio a la enfermera Yoshida acompañada del doctor Akaneya. Bajó a la sala y, para su sorpresa, Hokama-san también estaba con ellos.

—¡Ahí está! —chilló su agente al verlo, y corrió a su encuentro—. ¡Pedacito de mierda antisocial y neurótico, me tenías tan preocupado! —Cuando lo abrazó, Kenji notó que olía a sudor debajo de su gruesa campera—. ¡Me alegra tanto que estés bien!

—¿De qué estás hablando? —protestó Kenji.

—Hace tres días que no respondes llamadas ni mensajes de texto —explicó el doctor Akaneya—. Me contacté con tu agente y él tampoco sabía nada de ti, tampoco le respondías los correos electrónicos. Buscamos a la enfermera Yoshida, ya que ella conoce la clave de tu cerradura.

—Definitivamente tengo que cambiarla —masculló Kenji por lo bajo.

—¿Qué estuvo haciendo estos días? —lo regañó la enfermera—. ¿Por qué desapareció?

—Estuve escribiendo. —Se encogió de hombros—. Ya saben cómo me absorbo cuando estoy trabajando en una novela nueva.

—¿Por qué no respondías los mensajes? —lo espetó Hokama-san.

—Perdí mi teléfono y la tormenta me dejó sin Internet. —No parecían creerle—. Pero ya ven, estoy bien.

La mirada de la enfermera Yoshida viró hacia Aritoki, de pie al borde de las escaleras.

—Muy bien, parece.

Ahora todos admiraban boquiabiertos a Aritoki mientras descendía las escaleras, y Kenji sintió el calor subiendo por sus mejillas.

—Doctor Akaneya, ¡al fin perdí la virginidad! Es un progreso, ¿no?

—¿C-con él? —Akaneya se ajustó las gafas.

—Hay que admitir que es un hombre muy hermoso —sentenció Hokama-san—. ¡Qué alto!

Aritoki se acercó y les dedicó una respetuosa reverencia a los recién llegados.

—Les presento a Ari...

—Hirokata Enomoto —lo interrumpió Aritoki, y terminó de saludar a todos.

—Hokama-san —Kenji se dirigió a su agente, entusiasmado—, ¡Estoy escribiendo la novela romántica que querías! Será una novela Boy's Love.

—¿Boy's Love? —El hombre regordete se dejó guiar al escritorio, donde Kenji le mostró los primeros capítulos que había imprimido.

—Claro, Hirokata es mi consultor.

—¿Consultor? —se mofó la enfermera Yoshida—. ¿Así le dicen ahora?

—No sea grosera, enfermera Ratched. Siempre le dije que un escritor necesita documentarse bien. —Volvió su atención a Hokama, quien ya estaba leyendo las primeras páginas—. ¿Qué te parece, que te parece? ¿Te gusta?

—S-sí...tiene potencial....

—¿Puedo ofrecerles una taza de té? —ofreció Aritoki.

—No, gracias —respondió el doctor—. Ya que Kenji está bien, podemos retirarnos.

—Sí, váyanse —protestó Kenji, y los acompañó a la salida.

—Estoy tan orgullosa de que finalmente haya salido de su capullo. —La enfermera Yoshida lo abrazó antes de despedirse.

Kenji cerró la puerta y cuando volteó vio a Aritoki acercándose a la vez que se ponía el sobretodo. Sentado al escritorio, Hokama-san seguía inmerso en la lectura.

—Yo también me voy —susurró Aritoki, ajustándose la bufanda alrededor del cuello—. Mejor te dejo trabajar tranquilo con tu agente. ¿Nos vemos para cenar?

—Me encantaría —asintió Kenji.

Sentía muchos deseos de besarlo, pero se tuvo que conformar con intercambiar una profunda mirada cómplice.

14 de marzo, 17:43.

El anochecer llegaba perfumado con los cerezos del parque Yoyogi, y Kenji estaba en su jardín alimentando a Edogawa Rampo, con el cabello todavía algo húmedo después de la ducha. Un hormigueo nervioso ardía en su estómago de tan solo pensar que Aritoki cruzaría el portón en cualquier momento. Tenía tantas preguntas para hacerle.

—Deberías secarte el cabello, te vas a resfriar —lo regañó al verlo.

Cuando Kenji volteó para mirarlo, vio que traía dos paquetes del mismo bar de sushi del sábado. Su pulso se aceleró al verlo, y todas las preguntas en su mente se borraron. No necesitaba saber nada, mientras tanto Aritoki estuviera junto a él. Esta vez, no se contuvo de abalanzarse a sus brazos y besarlo. Al separarse sus labios, Aritoki estaba jadeante y sonrojado.

La noche se sentía un poco más cálida así que Kenji no encendió el hogar eléctrico al entrar. Después de coger el sobretodo de Aritoki vio que se había cambiado; todas sus ropas eran negras ahora.

—Hokama-san ya se ha ido —le dijo, guiándolo a la cocina.

—Oh, ¿fue una tarde productiva?

—Sí, le ha gustado la novela. —Kenji disponía la mesa para cenar, acomodando vasos, palillos y servilletas—. Estuvimos discutiendo detalles e ideas, pero de seguro la van a publicar. Le dedicó una mirada algo tímida—. Gracias.

—Gracias a ti.

Otra vez Kenji sintió su corazón acelerarse. ¿Así se sentía estar enamorado? Le gustaba, pero también le daba miedo. Una parte de su cabeza gritaba que había conocido a Hirokata hacia solo tres días, otra parte le aseguraba que había amado a Aritoki desde hacía siglos.

—Oh, y ya tengo Internet —dijo, invitando a Aritoki a sentarse—. Hokama-san llamó a la compañía desde su teléfono y ya restauraron el servicio.

—Eso es bueno.

—Supongo —refunfuñó Kenji, llevándose el primer bocado de salmón a la boca—. Me gustaba estar aislado del mundo.

Aritoki río, y él lo observó comiendo durante unos largos segundos.

—¿Por qué comes? —le preguntó—. Digo, ¿lo necesitas?

—No, no lo necesito. Pero me gusta comer. Hace un largo tiempo descubrí que cumplir con los rituales humanos me ayudaba. Ya sabes, comer, dormir, trabajar...No dependo de ninguno de

ellos para seguir vivo, pero me ayuda a crear esta ilusión de que no he perdido mi humanidad. Supongo que me volvería loco si dejo de hacerlos. —Kenji debía lucir perturbado, así que le dedicó una sonrisa reconfortante—. Cuando yo era mortal, creía importante muchas cosas que con el paso del tiempo probaron ser insignificantes. Y daba por sentado lo que verdaderamente valía. Creo que todos los hombres cometen ese error. Por ejemplo, ahora, estar cenando a tu lado, simplemente comer y charlar contigo, nada más que pasar el tiempo en compañía tuya, me hace sentir el hombre más afortunado del mundo.

Kenji tragó saliva; él también se sentía afortunado, pero a pesar de ser escritor, no encontraba las palabras para expresárselo.

Cenaron entre charla animada y risas. Kenji no cesaba de atosigar a Aritoki con preguntas sobre el pasado: ¿cómo fue la restauración de Japón? ¿cómo era la vida de un samurái? ¿Y la de un ronin sin amo? ¿Había llegado a conocer a todos esos escritores de la era Taisho? ¿Había llegado a ver la gran torre de Asakusa antes de que el terremoto la destruyera? Y Aritoki respondía con una mezcla de paciencia y melancolía, disfrutando de sus reacciones.

Después de cenar, Aritoki lo ayudó a desechar los contenedores de sushi vacíos y se dejó caer en el sofá de la sala.

—¿Hoy también quieres ver una de tus películas de terror?

—No —respondió Kenji—, hoy me apetece leer un poco. —Dio unos pasos hacia la biblioteca y le señaló uno de los estantes más altos—. Edgar Allan Poe. Está arriba de todo. Tú eres más alto que yo.

Aritoki se levantó del sofá y, luego de ponerse en puntas de pie, logró alcanzar la copia de “Narraciones Extraordinarias de Edgar Allan Poe”.

—Aquí está —exclamó Aritoki—. ¿Quieres que leamos juntos?

Kenji asintió, y los dos regresaron al sofá de terciopelo verde inglés. Kenji abrazó el elefante de peluche que Aritoki le había regalado y se acurrucó contra el cuerpo frío del otro.

—“El tonel del amontillado” —suspiró Kenji—. Es mi cuento favorito.

Después de hojear un poco el libro, Aritoki encontró el cuento, y comenzó a leer en voz alta, con Kenji hecho un ovillo contra su pecho. Le gustaba su voz, le gustaba que lo abrazara. Le gustaba cómo el tiempo se detenía junto a Aritoki.

Las horas transcurrieron y pronto Kenji se encontró perdido una vez más, afiebrado entre los besos y abrazos de Aritoki.

—Aritoki —le susurró al oído—, esta noche yo quiero estar arriba.

—No tengo ninguna objeción —sonrió el otro.

14 de marzo, 23:17.

—Yo me pregunto —suspiró Kenji, mientras los dos descansaban desnudos en su cama—, ¿esto cuenta como necrofilia?

—Yo diría que sí —rio Aritoki, abrazándolo más fuerte contra su pecho.

—Bueno, creo que apropiado para un escritor de terror.

Los dos rieron de nuevo, antes de que Aritoki lo besara con ternura. El orgasmo le había teñido las mejillas de un adorable rosado, y Kenji encontraba delicioso el aroma de su sudor. Podía sentir su agotamiento en cada caricia lenta sobre su mejilla, en cada beso en su frente y mejillas. Lo vio descansar al cabeza en la almohada y cerrar los párpados, con una sonrisa satisfecha en sus labios, pero Kenji no estaba agotado. Al contrario, se sentía más hambriento que nunca por Aritoki.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó, descansando su codo en la cama—. Quiero decir, ¿mi cara es igual a la de Gennosuke?

—No te pareces a él, de lo contrario hubiera sido más sencillo reencontrarnos.

—Ya me parecía: siempre dices que él era muy hermoso, pero yo sé que no lo soy. Mis labios y nariz son muy grandes, mis ojos muy pequeños, y no veo nada sin mis lentes. Mi cabello es un desastre y peso sesenta kilos...

—Nada de eso importa. —Aritoki rio de nuevo—. No son esas cosas lo que hacen a alguien hermoso. Me ha llevado mucho tiempo aprenderlo, la mayoría de los hombres no lo entiende nunca.

—Pero... ¿cómo supiste que yo era Gennosuke?

Aritoki abrió sus ojos y giró el rostro para mirarlo.

—Bueno, cuando leí uno de tus libros.

—¿De veras?

Aritoki asintió.

—Fue inesperado...ya había perdido toda esperanza de encontrarte. Pasaron tantas décadas... consideré que tal vez tu alma no reencarnaría nunca, o que simplemente no estaba destinada a reencontrarse con la mía. Hasta que un día, en la sección de novedades en una librería, me llamó la atención la portada de “La revolución zombi no será televisada”. No sé por qué: nunca me interesaron las historias de terror. Pero tenía que comprar ese libro. Tenía que hacerlo. Al leer las primeras páginas, supe que eras tú. Era como oír la voz de Gennosuke hablándome de nuevo.

Kenji soltó una risita, y se sintió ruborizar más. Un poco abochornado, besó los labios de Aritoki, sus lenguas rozándose con timidez.

—Pero...—pensó Kenji en voz alta—, esa novela ya tiene unos cuantos años. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace bastante. Verás, por más feliz que me hizo saber que tu alma había reencarnado, mi plan original era mantener mi distancia. Bastante sufrimiento le traje a tu vida anterior. Esta vez,

me conformada con tan solo verte vivir. Ver que disfrutabas de tu corta vida mortal como un escritor famoso. Allí fue que me convertí en tu fanático número uno. Sin embargo, cuando te vi en el puente...cuando vi lo que estabas a punto de hacer...no pude contenerme. Tuve que intervenir.

—Entonces sí eras tú quien me estaba siguiendo.

—Culpable. —Aritoki sonrió, y abrazó a Kenji más fuerte.

Kenji se perdió en ese abrazo, en esa piel perfumada a madera de cerezo. Sin embargo, había algo en la historia de Aritoki que no lo terminaba de convencer.

—De todas maneras...podías haberme ayudado sin decirme quien eras, o simplemente llamar a una ambulancia.

—Tenía al amor de mi vida nuevamente frente a mis ojos: no pude evitarlo.

Kenji miró a Aritoki adormecerse, pero la preocupación seguía punzando su pecho.

—Pero, ¿por qué? —insistió— ¿Por qué decidiste contarme la historia?

—No es posible esconderte nada —murmuró Aritoki con una sonrisa frustrada. Luego abrió los ojos y tomó un respiro hondo antes de decir sus próximas palabras—. Quiero que me ayudes a morir.

CAPITULO TRECE.

15 de marzo, 01:22.

El pavor de aquellas palabras despejó toda somnolencia de Kenji. Envuelto en las sábanas de su cama, no dejaba de observar a Aritoki, quien también se había despertado de golpe gracias a su reacción.

—¿Qué has dicho? —La voz de Kenji temblaba, y se encontró oteando la mesa de noche en busca de sus ansiolíticos, pero pronto regresó la atención hacia Aritoki.

—Tú eres el único que puede hacerlo, eso me dijeron los monjes. Ya intenté de todo: abrirme el vientre, las venas, saltar de una ventana. Incluso me disparé en la sien, y nada ocurrió.

Kenji sacudió la cabeza, cada uno de esos escenarios le provocaba más horror que el anterior, y ni siquiera quería escucharlos.

—¿Me estás pidiendo que te mate? —El pecho comenzó a dolerle.

Aritoki hizo una pausa.

—Solo tú puedes hacerlo —murmuró—. Piensa que es como hacerle un favor a un ser querido con una enfermedad terminal.

—¿Cuál es tu enfermedad? —Kenji se descubrió alzando la voz— ¿La inmortalidad?

—Sí —declaró Aritoki. Era la primera vez que lo veía tan acongojado—. No tienes idea de la tortura que es vivir para siempre. El mundo sigue su paso, y yo permanezco estático. Solo.

—No estás solo ahora —masculló Kenji.

—¿Por cuánto tiempo? —Aritoki le acarició la mejilla, obligándolo de nuevo a mirarlo a los ojos—. Kenji, aunque tú llegues a los cien años, tu vida es increíblemente breve para mí. ¿Qué pasará cuando te vayas? ¿Perderte de nuevo? ¿Cuántos siglos tendré que esperar para volver a reunirnos? No creo poder aguantarlo. ¿Y si nunca volvemos a encontrarnos? Quedaría atrapado para siempre en esta existencia. No soportaría la eternidad, mucho menos solo. —Kenji soltó una exhalación que le hizo doler más el pecho—. Mira, es sencillo. En casa tengo una jeringa con morfina preparada para esta ocasión. Solo tienes que inyectarme. Ya lo he intentado antes, y ni siquiera una dosis mortal pudo conmigo. Tienes que hacerlo tú. Me quedaré dormido sin sentir nada, y me habrás liberado.

Kenji sintió otro escalofrío recorriendo su columna vertebral. Su espalda ya estaba cubierta de sudor frío, y no podía dejar de negar con la cabeza.

—No puedo hacerlo —respondió con un nudo en la garganta—. No puedo.

Cuando juntó coraje para volver a mirar la cara de Aritoki, la encontró teñida de una tristeza infinita.

—Entiendo —murmuró a un volumen casi inaudible. Después hizo una larga pausa—. Tal vez lo mejor será que me vaya ahora.

Kenji asintió, aunque no quería que Aritoki se fuera. Lo vio vestirse, mientras un nudo en la garganta le impedía hablar o respirar.

—Te dejaré mi dirección por si algún día quieres volver a verme —dijo Aritoki antes de retirarse.

20 de marzo, 15:22.

Kenji abrió los ojos y se dio cuenta de que había dormido toda la mañana y parte de la tarde. Y, como cada vez que despertaba, esa agobiante sensación de vacío se apoderó de su pecho. Estiró el brazo hacia la mesa de noche, en busca del frasco de píldoras, y bebió una con el resto del sake que había quedado en el vaso desde la madrugada.

Miró la pantalla de su teléfono: tres correos electrónicos, dos mensajes de texto y tres llamadas perdidas, tanto de Hokama-san como del doctor Akaneya.

Desearía despertar un día y que Internet ya no exista, refunfuñó, arrojando su teléfono nuevo sobre el colchón.

Se levantó y se dio una ducha caliente, mientras su teléfono seguía vibrando con otra insistente llamada del doctor Akaneya. La ignoró, como venía haciendo hacía tres días atrás, y como había hecho la semana anterior.

La primavera ya resplandecía afuera, y no era necesario abrigarse tanto, sin embargo, Kenji se envolvió en su sweater favorito y bajó hacia la sala bañada de luz solar. Ni siquiera fingió intentar sentarse a escribir. Ni se detuvo a mirar la laptop en su escritorio, no la encendía hacia días. De lo contrario, al ver la página en blanco la estrellaría contra el suelo como había hecho con su antecesora.

Fue directo a la cocina y se preparó una taza de café que le sabía a poco. Todo le sabía a poco últimamente. Consideró leer algún libro de su biblioteca, pero el teléfono de dejaba de sonar, fastidiándolo.

—¿Por qué jodes tanto, Hokama-san? —farfulló Kenji al mismo tiempo que encendía la cámara frontal del teléfono.

—Esa no es manera de hablarle a tu agente —protestó el hombre del otro lado de la videollamada. Como siempre, una expresión preocupada le avejentaba el ceño—. Parece que no has recibido mis correos electrónicos recordándote la fecha límite del manuscrito.

—Los recibí. Te estaba ignorando.

Las mejillas de Hokama-san se inflaron como dos tomates.

—¿Kenji, no he recibido ni un solo capítulo tuyo desde la semana pasada!

—Porque no escribí una mierda desde la semana pasada.

—¿Por qué? No me digas que tienes...

—Tengo bloqueo de escritor.

—Te dije que no me dijeras. —Hokama se enjugó el sudor de la frente, la cámara del teléfono tembló—. ¿Qué ha ocurrido? Cuando fui a tu casa estabas tan entusiasmado con la novela esa de los dos samuráis...Gennosuke y, ¿cómo se llamaba el otro?

—Aritoki. —Aquel nombre dolía.

—¿Sabes lo que me costó que la editorial aceptara una historia Boy's Love?

—Lo siento, Hokama-san. Simplemente...no puedo escribir esa historia. Todo esto ha sido una pésima idea. No sirvo para el romance.

—¿Y que ha ocurrido con tu consultor, no puede ayudarte?

Kenji no dijo nada, tan solo sintió las punzadas en su pecho quitándole el oxígeno.

—Kenji-kun... ¿sabes lo que significa incumplimiento de contrato?

—Me importa una mierda. No puedo escribirla, no estoy inspirado.

—¿La inspiración es para amateurs! Tú lo dices todo el tiempo. Mira, tan solo un capítulo. Escribe un capítulo así la editorial deja de presionarme, y yo dejo de presionarte a ti.

Era la primera vez que Kenji perdía una discusión con Hokama-san, aunque incluso después de cortar la llamada, se preguntó si tenía la fortaleza para seguir escribiendo la historia de Gennosuke y Aritoki. O cualquier historia.

20 de marzo, 17:15.

Después de darle su pienso a Edogawa Rampo, el ave remojó sus zancas en el estanque y Kenji decidió tomar su segunda taza de café en la mesa del jardín. Las luces del sol todavía languidecían en el horizonte, creando una preciosa paleta de nacarados y ocre. A la distancia, las copas de los cerezos del parque Yoyogi rebosaban de vida y primavera, y Kenji recordó que, en el papelito que Aritoki le había dejado más de una semana atrás. La dirección era cercana al parque de cerezos. Y se odió a sí mismo por no tener el coraje de visitarlo.

El portón se abrió sin que él lo esperara, y durante una fracción de segundo, la ilusión de volver a verlo se sintió dolorosa.

—El doctor ya le dijo que tiene que reducir la cafeína —lo regañó la enfermera Yoshida, quien traía el cárdigan lavanda bajo el brazo y una caja de magdalenas—. Por lo menos está tomando algo de vitamina D.

—¿Cuándo me voy a salvar de usted, enfermera Ratched?

La mujer dejó la caja de magdalenas sobre la mesa de madera del jardín, la abrió y, con una exhalación agotada, se dejó caer en la silla junto a Kenji.

—El doctor me dijo que faltó a dos sesiones. —Ella volvió a regañarlo, a la vez que cogía una magdalena.

—Esas sesiones no sirven para nada.

—No con esa actitud. ¿Cómo espera mejorar? —Kenji no respondió, tan solo alejó la mirada hacia los distantes cerezos, y ella siguió hablando—. Tampoco debería mirar esas películas de terror antes de ir a dormir. Le van arruinar el cerebro.

—Hablar con usted me arruina el cerebro.

— ¿Está tomando su medicación?

—Todos los días, religiosamente —respondió Kenji, y no estaba mintiendo: tomaba los ansiolíticos en tiempo y forma. Y nunca se había sentido más miserable en toda su vida.

—¿Y su novela romántica? Escribir siempre le mejora el ánimo.

—No esta vez.

Un silencio, y Kenji se perdió en el aroma a cerezos en la brisa.

—Está más melindroso que de costumbre. ¿Tiene mal de amores? ¿Pasó algo con su novio?

—¡No era mi novio! —Él se sintió ruborizar.

—Bueno, ¿dónde está ahora? —De nuevo, Kenji se quedó mudo—. ¿Eso lo tiene tan amargado? Todas las parejas tienen problemas.

—No somos pareja.

Kenji vació su taza de un sorbo; el café ya estaba frío. Su vista volvió a vagabundear entre los lejanos pétalos de los cerezos, floreciendo para morir al cabo de pocos días.

—Me gustaría ver los cerezos —murmuró—. Enfermera Yoshida, ¿podría llevarme en su auto?

Ella se atoró con una magdalena.

—¿Quiere que lo lleve al parque Yoyogi?

—En realidad no. Quiero visitar a alguien que vive cerca de allí, y no creo poder ir solo. ¿Me acompañaría?

—Por supuesto. Podemos ir mañana, anunciaron que la floración llegará a su punto álgido.

Kenji asintió y volvió quedarse pensativo. La angustia desplegaba patas de araña por todo su pecho, y él hasta hubiese preferido que la enfermera Yoshida se negara. Tomó un respiro hondo para calmarse.

—Enfermera Ratched, ¿usted sabe cómo inyectar a una persona?

—Pues claro, es una de las primeras cosas que nos enseñan. —La mujer alzó una ceja, curiosa—. Nos hacen practicar con naranjas.

A pesar de la tristeza, Kenji sonrió al recordar que tenía muchas naranjas en su refrigerador.

—¿Podría enseñarme?

CAPITULO CATORCE.

21 de marzo, 9:25.

Al volante la enfermera Yoshida no dejaba de parlotear sobre el gran avance que aquello significaba para su agorafobia, y sentado junto a ella, Kenji luchaba contra las náuseas que subían por su esófago.

—Sí que es un peligro al volante.

—Usted siempre habla de películas, bueno, mi favorita es Mad Max. En la guantera hay unas pastillas para la cinetosis, son del señor Yoshida.

Kenji tomó una pastilla sin necesidad de agua. Aunque sus náuseas poco tenían que ver con el movimiento del auto. Tenía las palmas sudadas, y mantenía su ansiedad a raya concentrándose en el paisaje a través de la ventanilla. Conforme se acercaban al parque Yoyogi, el perfume se tornaba más penetrante, y Kenji cerró los párpados para dejarse ahogar en esa fragancia dulce, amaderada y salvaje. Borearon el parque, y lo dejaron atrás para detenerse apenas unas calles después.

—Bueno —dijo ella, deteniendo el auto sin apagar el motor—, esta es la dirección que me dijo.

Kenji observó la casa de arquitectura tradicional que se imponía solitaria pasando los límites del parque. Las copas de algunos árboles le acariciaban los aleros de tejas verde oscuro, y las cortinas cerradas de los ventanales no dejaban ver el interior. Kenji sintió que una mano invisible el estrujaba el corazón, y tragó saliva para darse valor.

—¿Esta es la casa de su novio? —La voz de la enfermera lo regresó a la realidad—. Veo que se buscó uno bien forrado.

—No es mi novio. Ya puede irse, gracias.

Ella dijo algo más, pero él no la oyó. Bajó del auto y al hacerlo, Aritoki salió de la casa, vistiendo un holgado sweater blanco. Kenji se detuvo sobre sus pasos un momento, y los dos tan solo engarzaron miradas desde la distancia. Aritoki lucía tan sorprendido como conmovido por reencontrarse con él. Kenji tomó otra profunda bocanada de aire y caminó a su encuentro, hasta que los dos estuvieron cara a cara bajo el alero de la entrada.

—No esperaba verte —Aritoki dibujó el atisbo de una sonrisa. Luego alejó la mirada y extendió la mano para saludar a alguien.

Kenji giró y vio que la enfermera los observaba desde el auto.

—¡Ya le dije que se fuera! —rugió.

—¿Quiere que lo pase a buscar más tarde?

—¡No! ¡Gracias! ¡Váyase! Y conduzca con cuidado.

—Qué mal carácter. —Ella encendió el motor y le dedicó una última mirada a Aritoki—. ¡Qué guapo es!

Aritoki rio por lo bajo, y cuando el auto desapareció en la lejanía, los dos permanecieron mudos. Kenji sintió su pulso acelerarse.

—P-perdón por venir sin anunciar.

—No seas tonto. Ven, pasa.

Aritoki lo condujo adentro. Su residencia era la típica casa japonesa de puertas corredizas y resplandeciente piso de madera pulida. Kenji dejó sus zapatos en la entrada y curioseó la sala. Con una sonrisita pensó que era el lugar perfecto para que viviera un samurái inmortal. Lo único que le recordaba que no había viajado en una máquina del tiempo al periodo Edo era el televisor de la pared.

—¿Quieres té? —ofreció Aritoki.

—Gracias.

Kenji tomó asiento en el suelo, junto a la mesa de café del centro de la sala. Luego sus ojos viraron a la biblioteca, y se puso de pie para mirar mejor los títulos.

—¡Tienes “Decapitación para la luna de miel”! ¡Y “Caníbales sádicos”! —festejó al ver sus propias novelas en el estante del otro.

—Ya te dije que soy tu fan —respondió Aritoki, regresando a la sala con una bandeja y una tetera humeante.

Mientras Aritoki servía el té, Kenji ojeó la copia de “Caníbales sádicos”. Tenía el lomo algo y las esquinas algo desgastadas, y eso lo hizo sonreír. A ese libro le habían dado mucho amor. Volvió a dejarlo en su lugar y se sentó junto a Aritoki.

—Me alegra mucho verte —dijo Aritoki, ofreciéndole la taza—. ¿Cómo va tu novela?

—Oh, estoy bloqueado de nuevo.

—¿En serio? —se lamentó Aritoki.

Kenji bebió en silencio, esperando que la bebida reconfortante lo relajara. A pesar de todo, la presencia de Aritoki siempre lograba calmarlo.

—¿Sabes? —dijo Aritoki después de unos momentos de silencio—. Creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Mi petición...imagino que debe haber sido perturbadora para ti. Debí haber sido más cuidadoso.

—¿Realmente quieres morir? —preguntó con un hilo de voz, y notó que sus manos temblaban

un poco mientras sostenía la taza. Vio la nuez de Adán de Aritoki moverse hacia arriba y abajo, luego asintió—. ¿Por qué?

—Estoy cansado —masculló—. La inmortalidad es...como una madrugada eterna. Como si el amanecer no fuera a llegar nunca.

Kenji ponderó con cuidado esas palabras.

—Lo haré —dijo con tono casi inaudible, pero Aritoki lo oyó. Lo oyó y sus ojos se humedecieron con alivio—. No quiero, pero...sería egoísta negártelo. No puedo prolongar tu sufrimiento por un deseo egoísta de retenerte.

No pudo seguir hablando, tenía un nudo asfixiante en su garganta y ya no podía luchar contra sus propias lágrimas. De todas maneras, Aritoki no lo dejó continuar: le cogió el rostro con ambas manos y se adelantó para besarlo. Kenji pudo saborear lo salado de sus lágrimas mezclándose con las suyas.

—Gracias —susurró Aritoki contra sus labios, sus frentes pegadas con suavidad y las manos todavía sosteniéndole las mejillas con dulzura.

Una parte de Kenji quería retractarse; negarse a inyectarle la morfina y dejarlo ir para siempre. Apretó los dientes y reprimió ese deseo, mientras las lágrimas le rodaban por el rostro. Aritoki lo besó de nuevo, con dulzura y calma. Kenji iba a decir algo cuando el otor lo interrumpió.

—Pero antes...Hoy es la floración. Quiero ver los cerezos contigo antes de irme.

21 de marzo, 11:18.

Una repentina bajada de la temperatura hizo que Aritoki tuviera que ponerse su sobretodo antes de salir. Caminaron por la avenida que guiaba al parque Yoyogi, y en el camino Aritoki compro dos cafés para llevar. Kenji todavía sostenía su taza de cartón cuando cruzaron las gigantes puertas torii de la entrada. Bajo la sombra de los cerezos, varios grupos de jóvenes improvisaban picnics sobre la hierba, pero Kenji no podía compartir su alegría. Mientras paseaban por el sendero a través de la arboleda, Kenji no dejaba de mirar a Aritoki, pensando en lo buenmozo que era, con el viento acariciándole los cortos mechones de cabello negro de la frente y los pétalos de cerezo capturados en sus hombros.

—Es la primera vez que vengo a este parque —dijo Kenji, guardando sus manos en los bolsillos de sus tejanos.

—También la mía.

—¿De veras? ¿En casi doscientos años nunca has venido a ver la floración de los cerezos?

Aritoki se encogió de hombros.

—Justamente: dicen que ningún cerezo florece igual a otro, pero, después de casi doscientos

años, yo los veo a todos aburridos. —Miró alrededor, hacia la gente que admiraba y se detenía a fotografiar los árboles—. El tiempo me ha quitado esa capacidad de contemplar la belleza de los cerezos, y creo que eso es terrible.

Alzó la vista hacia las copas de los árboles, el rosado furioso de los cerezos resplandeciendo como gigantes copos de algodón de azúcar, las ramas rebosantes de primavera bamboleándose con suavidad gracias al delicado viento. Luego su atención regresó a Aritoki, y Kenji intentó con todas sus fuerzas fijar ese momento para siempre en su memoria.

—Pero...—dijo Aritoki—, me hace feliz que al fin puedo reunirme contigo bajos los cerezos.

Kenji apretó los dientes, luchando de nuevo contra las lágrimas que amenazaban con aparecer. No quería llorar en público, no quería llorar en su último tiempo con Aritoki. Volvió a mirarlo mientras caminaban bajo el sol del mediodía, que contrastaba con el viento de un invierno que se negaba a irse, y una agridulce mezcla de euforia, felicidad y dolor lo invadió. Era el momento más feliz y más desolador de toda su vida, y a pesar de todo, Kenji se sintió afortunado de poder sentir aquel dolor.

Siguieron caminando en silencio, Kenji tan solo absorbiendo la compañía de Aritoki, consciente de que pronto no podría disfrutarla más, y la ansiedad ardiendo en su pecho, todavía en estado de negación y buscando una salida.

Caminaron por el puente de madera sobre el lago, y se detuvieron a mitad de camino a observar las calmas aguas cristalinas. Con cada minuto que pasaba, Kenji sabía que le sería más difícil cumplir su promesa, pero a la vez, no quería que las horas transcurriesen. Quería detener el tiempo y quedarse junto a Aritoki para siempre, bajo los cerezos.

—Quiero que me prometas algo —dijo Aritoki, sin alejar sus ojos del agua. Kenji asintió—. Después de que yo me vaya, quiero que seas feliz. Quiero que tomes tu medicación y le hagas caso a tu médico. Sé que te gusta estar solo, pero no te aísles, sal de vez en cuando a hacer paseos lindos como este. Come cosas mejores que tan solo tostadas con mantequilla. Escribe muchos libros sangrientos, y sobre todas las cosas, no te cierres a conocer a alguien más.

Kenji tomó otro respiro hondo, y el aire le dolió en el pecho y la garganta. No pudo evitar lagrimear, y Aritoki entrelazó los dedos con los suyos sobre la baranda del puente.

—No llores —le susurró Aritoki al oído—. Solo prométeme que serás feliz con alguien más. Alguien que te ame tanto como yo te amé. No te será nada difícil encontrarlo

Kenji apretó los dedos del otro, y no le importó si alguien los miraba. Otra vez, se encontró en cómo se sentía sostener la mano de Aritoki, para retener esa sensación en su piel para siempre.

—Es un día hermoso —suspiró Aritoki—. Estoy realmente agradecido—. Cuando nadie los miraba, acercó su rostro y le besó la mejilla a Kenji. Un beso tierno y breve, acompañado de un susurro—. Vamos a casa, hagamos el amor una última vez.

21 de marzo, 18:22.

Kenji descansaba entre los brazos de Aritoki, con el último orgasmo todavía resonando entre sus muslos temblorosos y la piel húmeda por el sudor. Haciendo juego con el dormitorio, la cama de Aritoki era un tatami tradicional, y Kenji se había desacostumbrado a acostarse en uno. Sin embargo, amaba que Aritoki lo abrazara fuerte mientras su corazón galopaba a punto de reventar, amaba sentir el aroma de su sudor envolviéndolo, amaba el contraste entre la piel fría del otro y su propia carne que se sentía hervir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Aritoki, acariciándole el cabello con dulzura. Él asintió, abrazándolo todavía más fuerte, un intento vano en retenerlo para siempre. Aritoki soltó una risita cansada y siguió descansando, regalándole suaves caricias a Kenji en silencio.

Las últimas horas Kenji se había olvidado del mundo: solo existía Aritoki, sus manos, su piel, su respiración, su miembro y su boca. Se descubrió a sí mismo frenético al principio, apresurado por poseer a Aritoki, sus músculos alimentados por una mezcla de miedo y pasión. En cambio, Aritoki parecía decidido a tomarse su tiempo, a adorar cada centímetro de Kenji con una devoción casi tortuosa, retrasando cada caricia hasta enloquecerlo.

Ahora, esa deliciosa neblina en la que los dos se habían sumergido se disipaba, recordándole a Kenji que era la última vez que estarían juntos.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó de nuevo contra el pecho de Aritoki.

El otro tardó en responder que sí, y esa simple sílaba fue suficiente para aterrorizar todavía más a Kenji. Usó toda su fuerza de voluntad para mantener su entereza mientras Aritoki se vestía y caminaba hasta el baño. Cuando lo vio regresar con el frasquito de morfina y la jeringa creyó que iba a vomitar. Pero se mantuvo inmóvil mientras Aritoki se sentaba en la cama y cargaba la jeringa. Cuando se la entregó, notó que los dedos le temblaban.

—No tienes que hacerlo si no quieres —le repitió Aritoki con un susurro.

Y no quería hacerlo, pero tampoco quería prolongar su sufrimiento. Se enjugó una lágrima y presionó la aguja contra la fosa del codo, tal cual le había enseñado la enfermera Yoshida. La mano de Aritoki le acarició la mejilla mientras él empujaba la morfina en su vena. Cuando la jeringa estuvo vacía, Kenji ya no pudo contener el llanto. Aritoki lo abrazó.

—Gracias —le dijo mientras le besaba los labios y las mejillas húmedas.

Kenji lo abrazó tan fuerte que temió partirle las costillas, rompiendo en llanto y deseando poder retrasar el tiempo tan solo unos minutos.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me duerma? —le preguntó Aritoki con sonriente calma.

Kenji así lo hizo, acostándose a su lado y sujetándolo fuerte contra su pecho.

—Soy escritor, y aun así no encuentro las palabras para todo lo que te quiero decir —se lamentó abrazado a Aritoki.

—No necesitas decirlas. —le respondió, jugando con su cabello—. Lo sé.

Kenji le besó los labios, la frente y las mejillas, empapándole la piel con sus lágrimas calientes, hasta que Aritoki cerró los ojos.

CAPÍTULO QUINCE.

22 de marzo, 7:18.

Kenji ya había despertado, pero se negaba a abrir los ojos. Podía sentir el torso frío de Aritoki pegado al suyo en un ajustado abrazo, y se resistía a deshacerlo. Se resistía a descubrir que su Aritoki había muerto mientras dormía. Sintió las lágrimas agolparse en sus ojos cerrados, y su corazón se aceleró. Repasó el plan dentro de su cabeza, intentando calmarse: debía llamar a la enfermera Yoshida y decirle que su *amigo* estaba inconsciente. Ella sería el testigo para cuando llegara la ambulancia y declararan que Aritoki había tenido un paro cardíaco durante el sueño. Él ya había sentado las bases de una falsa enfermedad congénita que justificaba el uso de morfina, por lo que Kenji no sería acusado de nada. Estaba juntado coraje para afrontar el que sería uno de los peores días de su vida, cuando el aliento de Aritoki le acarició los labios.

Con un desesperado quejido de sorpresa, Kenji abrió los ojos. Encontró el rostro dormido de Aritoki, pacífico y despeinado contra la almohada, pero de sus labios entreabiertos escapaba un dulce aliento cálido. También su pecho se movía con una suavidad casi imperceptible al inspirar y exhalar.

—Estás vivo... ¡Estás vivo! —festejó Kenji entre lágrimas.

Aritoki despertó y, algo confundido al principio, buscó el reloj en la pared.

—No puede ser —murmuró, refregándose los ojos—. Esa dosis debería haberme matado en menos de seis horas. No entiendo qué pudo haber ocurrido.

Kenji no dejaba de llorar, pero era un llanto diferente al de la noche anterior. Ahora una alegría eufórica reverberaba en su pecho y en su garganta, y no paraba de sonreír mientras las lágrimas rodaban por su cara. Se abalanzó para abrazar a Aritoki.

22 de marzo, 8:39.

La primavera estallaba en una mañana luminosa, de cielos despejados y una brisa que transportaba el perfume del parque cercano. Kenji estaba sentado sobre sus rodillas sobre el suelo de madera de la entrada, contemplando el jardín de Aritoki. A diferencia del suyo, no tenía muchas flores, pero la hierba parecía una alfombra de jade y su perfume alimonado se mezclaba con el de los cerezos que florecían a lo lejos. Una profunda calma lo invadió, y cerró sus ojos durante un momento para absorber el aire limpio. Cuando volvió a abrirlos, Aritoki salía a su

encuentro cargando la bandeja de té. Kenji sonrió: la belleza de aquella mañana se amplificaba gracias a la presencia de Aritoki.

—¿Cómo te sientes? — se apuró a preguntarle Kenji, mientras Aritoki se sentaba en el suelo frente a él y servía té verde para dos.

—Bien —le respondió, ofreciéndole la tacita—. Como si hubiera tenido un sueño muy profundo y reparador. Todavía no comprendo por qué no funcionó.

Kenji bebió. El brebaje caliente le reconfortó al bajar por su garganta, y alejó la vista para contemplar las copas de los cerezos rosadas que se alzaban a la lejanía.

—Perdóname —murmuró Kenji—, pero estoy feliz de que no haya funcionado.

Algo avergonzado, miro a Aritoki. Él también estaba sonriendo.

—Yo también estoy feliz —respondió. Extendió el brazo y acarició la mejilla de Kenji, antes de acercarse y besarle los labios. Cuando sus labios se separaron, Aritoki no le soltó la mejilla, y descansó la frente contra la suya con ojos cerrados—. Estoy agradecido de que haya fallado.

Permanecieron abrazados unos largos momentos, el viento primaveral acariciándoles, hasta que se volvieron a separar. Lo único que Kenji ansiaba era disfrutar de aquella mañana junto a Aritoki, bebiendo té y contemplando los cerezos que asomaban en el horizonte como gigantes algodones de azúcar. Por primera vez en su vida, no le importaba no tener las respuestas a las miles de preguntas que agobiaban su mente.

—Durante todos estos años solo deseé regresar a la nada —susurró Aritoki, pensativo—. Morir. Desvanecerme. Y ahora, que finalmente he encontrado a la única persona que puede liberarme, quiero seguir viviendo, aunque sea un poquito más. Quiero compartir mi vida con la tuya. Así como me he enamorado de Gennosuke, también me he enamorado de Kenji, y ahora no quiero abandonarlo.

—No tienes por qué hacerlo.

Aritoki dibujó una sonrisa amarga.

—Pero sigo siendo inmortal. Eventualmente te perderé, y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Kenji se encogió de hombros, y Aritoki se apuró a abrazarlo más fuerte.

—¿Sabes? —dijo Aritoki sin soltarlo—. No me importa. No me importa tener que pasar la eternidad solo después de que te vayas. Tampoco me importa si no nos volvemos a encontrar. Con gusto pagaré el precio con tal de vivir, aunque sea unos años, contigo. —Le enjugó una lágrima con dulzura—. Ahora, me gustaría que pasemos el resto del día juntos, ¿o estás ocupado?

Kenji volvió a sonreír y negó con la cabeza.

22 de marzo, 17:49.

El atardecer se derretía en unos calmos tonos púrpura cuando Kenji atravesó de nuevo el portón de su casa junto a Aritoki, quien cargaba los paquetes de sushi que habían recogido en el restaurante.

—Te he extrañado, Edogawa —saludó al pájaro que remojaba sus patas en el estanque.

Una vez adentro, Kenji encendió la luz, y ver de nuevo la sala de estar lo reconfortó.

—¿Sabes? —le dijo a Aritoki—. Es la primera vez que paso la noche fuera de mi casa.

—¿De veras? —Aritoki lo acompañó a la cocina.

—Sí...no me malinterpretes: ha sido un día hermoso, pero...ya sentía deseos de regresar —confesó con una sonrisita culpable. Aritoki tan solo lo besó y lo ayudó a servir la cena.

Disfrutaron del salón rojo y una charla animada mientras una suave lluvia primaveral comenzaba a repiquetear sobre los paneles traslúcidos del techo. Sin embargo, algunos remanentes de ansiedad todavía punzaban el pecho de Kenji, quien todavía no terminaba de convencerse de que Aritoki estuviera a salvo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Aritoki después de que hubieran terminado la cena.

—Nada...yo...me siento muy afortunado de que estes aquí conmigo —murmuró Kenji.

Aritoki le cogió las mejillas con ternura y lo besó. Kenji sintió su corazón acelerarse.

—Yo también me siento afortunado. Me he reencontrado con mi alma gemela, y su reencarnación también me ama.

Kenji abrazó fuerte a Aritoki, apretando el rostro contra su pecho frío. Todavía podía palpar el miedo a perderlo.

—¿Quieres ver una de tus películas? —ofreció Aritoki sin soltarlo, acariciándole el cabello con dedos lentos.

—No. Estoy muy cansado, prefiero ir a dormir temprano.

—Muy bien.

22 de marzo, 22:19.

Había sido un día agitador, y sin embargo Kenji no podía dormir. No dejaba de mirar a Aritoki acostado a su lado. Una parte de él no lograba acostumbrarse a esa tranquilidad: temía quedarse dormido y encontrarlo sin respirar al día siguiente. En silencio, admiraba su rostro, el puente de su nariz, sus gruesas pestañas y la forma de sus labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aritoki sin abrir los párpados.

—Nada. Tan solo... ¿estás seguro de tu decisión? No me gusta pensar en que pasarás solo toda la eternidad una vez que yo esté muerto.

—Tal vez nos volvamos a encontrar. —Aritoki abrió los ojos—. Igual que ahora.

—¿Y si no? —Kenji podía percibir la angustia en su voz, y en su pecho—. No quiero que vivas sufriendo para siempre. Pero tampoco quiero que mueras. Tiene que haber alguna solución.

Aritoki le acarició la cara para tranquilizarlo.

—Ya te he dicho que no me importa. Soy feliz con pasar esta vida tuya contigo, por corta que me resulte.

—¿Y después? No quiero dejarte solo.

Aritoki lo calló con un beso lento.

—No te preocupes por el después, Kenji —susurró contra sus labios—. La vida es el ahora.

Kenji se perdió en el abrazo de Aritoki, quien se quedó dormido primero, pero en un rincón de su mente la preocupación no dejaba de retorcerse.

23 de marzo, 5:22.

La lluvia despertó a Kenji, y al segundo de abrir los ojos, se apuró a tocar a Aritoki. Verlo dormir, tan pacífico y hermoso, lo hizo entrar en pánico. Recién cuando el otro curvó sus labios en una sonrisa somnolienta, Kenji se tranquilizó.

—Parece que el invierno no quiere irse —murmuró Aritoki al oír la lluvia.

Kenji asintió. Ya no podía volver a conciliar el sueño, y se acostó boca arriba, dejando escapar una exhalación.

—¿No puedes dormir? —preguntó Aritoki, despabilándose.

—No puedo dejar de pensar. —Kenji volvió a suspirar—. No entiendo por qué no funcionó lo de la morfina.

—Yo tampoco lo entiendo. Tal vez estoy maldito con la inmortalidad y no hay forma de revertirlo.

—O tal vez...—musitó Kenji—, tal vez yo no soy tu alma gemela.

Aritoki hizo una mueca, como si Kenji hubiera dicho algo ridículo, y se acercó para besarlo.

—Lo eres —le susurró contra los labios antes de besarlo de nuevo, esta vez mordisqueándole el labio inferior con más bríos, la lengua abriéndose paso dentro de su boca con suavidad.

—¿Estás seguro? —tembló Kenji, derritiéndose bajo el cuerpo frío de Aritoki.

—Segurísimo —jadeó Aritoki, arrancándole la camiseta y besándole el pecho, los pezones y el estómago con hambre creciente. Los labios de Aritoki eran voraces y despiadados, y le arrancaron a Kenji unos gemidos lastimosos mientras su miembro se endurecía. La cabeza le daba tantas vueltas que ni siquiera recordó haber desnudado a Aritoki, solo se encontró mordiendo el cuello y el pecho antes de que el otro lo empujara de nuevo sobre su espalda y le abriera las piernas. La forma en que le besaba los muslos iba a enloquecerlo, especialmente

cuando se aproximaba a su entrepierna a una velocidad tortuosa. Le llenó el miembro de besos y caricias, hasta que Kenji estaba retorciéndose de placer, perdido en la boca caliente de Aritoki.

—Si realmente tienes dudas de que yo sea tu alma gemela —suspiró Aritoki cuando hizo una pausa para respirar—, entonces me detengo ahora mismo.

—¡Desgraciado! —Kenji estaba protestando cuando Aritoki lo penetró, y el placer lo obligó a apretar los párpados y expulsar otro lamento.

Aritoki embestía con suavidad en su interior, llenándolo, y Kenji apretaba sus antebrazos rogándole por más. Sus labios se encontraron de nuevo, frenéticos, y Aritoki aceleró.

Kenji cernió sus muslos y sus brazos alrededor del cuerpo de Aritoki, y hundido en la ceguera del placer, supo con total convicción de que Aritoki y él eran almas gemelas.

23 de marzo, 7:25.

El agua de la ducha le acariciaba el pecho, todavía arrebolado por los orgasmos, y Kenji se deleitaba en el hermoso ardor que había quedado en sus músculos mientras se enjabonaba el cabello. Los brazos de Aritoki abrazándole la cintura desde atrás, lo arrancó de sus pensamientos.

—Quiero despertar así todos los días. —Aritoki le susurró en la curva del hombro y el cuello, antes de darle un pequeño beso allí—. Ya he pasado demasiado tiempo alejado de ti.

Al sentir el cuerpo empapado de Aritoki envolviéndolo, Kenji sintió un escalofrío, y se perdió en los suaves mordiscos a lo largo de su hombro, en las manos acariciándole la piel mojada de las caderas con una lentitud tortuosa.

—¿Tanto necesitas pensarlo? —dijo Aritoki ante su silencio.

—No estaba pensando en eso.

Aritoki soltó una risita y lo ayudó a enjabonarse el cabello con manos tiernas.

—Oh, ¿en qué pensabas entonces?

—Tú leíste “La revolución zombi no será televisada”.

—Por supuesto, ya te dije que soy tu fan. Leí todos tus libros. —Aritoki seguía lavándole el cabello con ternura.

—Bueno, recuerdo que un tipo en Internet dejó una reseña diciendo que era ilógico que el protagonista viajara a una isla caribeña en medio de una epidemia. ¡Y ese era mi punto! Yo quería demostrar lo ilógicos que eran los seres humanos en medio de una crisis.

—No entendió el libro.

—Eso mismo estaba pensando. —Kenji giró para mirar a Aritoki, y le abrazó los hombros—. No importa que tan claro seas, a veces los lectores interpretan lo que se les antoja.

—¿Por qué hablas de eso hora?

Kenji sonrió, y durante unos momentos se perdió en lo irresistible que se veía Aritoki bajo la ducha, con el cabello negro mojado y los labios hinchados por cuanto él los había besado. Los besó una vez más antes de seguir hablando.

—¿Los monjes te dijeron que la reencarnación de Gennosuke iba a ser capaz de matarte? ¿O eso es lo que tú interpretaste?

—Sí. Me dijeron que solo mi alma gemela podría liberarme de la inmortalidad.

—¡Exacto! Piénsalo bien, trata de recordar: ¿te dijeron que solo yo podría matarte, o que solo yo podría liberarte?

Aritoki hizo una pausa, pensativo.

—Fue hace mucho tiempo —murmuró.

—¿Usaron la palabra “matar”?

Aritoki sacudió la cabeza.

—No estoy seguro ahora. Dijeron que solo tú podrías liberarme de la inmortalidad.

Kenji sonrió, y lo abrazó más fuerte,

—Eso no es lo mismo que matar. Por eso no funciona lo de la morfina. Eres inmortal y nadie puede matarte. Pero, de alguna manera, yo estoy destinado a revertir la maldición y liberarte de la inmortalidad.

—¿Cómo? —preguntó Aritoki.

—No tengo idea.

CAPÍTULO DIECISÉIS

23 de marzo, 8:19.

—Deberías desayunar algo más nutritivo —lo regañó Aritoki mientras él quemaba las tostadas en la cocina—. Especialmente en medio de una novela.

—No creo que pueda terminarla. —Kenji resopló entre risas, y volteó el cuello hacia su amante, quien ponía agua a hervir para el té. Cruzaron miradas: Aritoki todavía estaba despeinado y sonrojado. Kenji adoraba verlo así, y no pudo contener acercarse para besarlo. La lluvia sobre el techo proveía un acogedor arrullo, que fue interrumpido por su teléfono.

—¿Ves? Por eso odio Internet —protestó Kenji, ignorando el teléfono y volviendo a besar a Aritoki. El teléfono dejó de sonar, pero fue reemplazado por la chicharra de la puerta.

Entre más protestas, Kenji soltó a Aritoki, caminó hasta el panel de la pared y respondió.

—¡Kenji-kun! —aulló su agente del otro lado—. ¡Te estoy llamando y no respondes! ¡Déjame entrar!

Kenji lo ignoró.

—¿Quién es? —preguntó Aritoki, sirviendo el té.

—Hokama-san. —Kenji regresó su atención a las tostadas, untándolas con mantequilla.

—¿Vas a dejarlo afuera, con esta lluvia?

—Ese es el plan. —Kenji le dio una mordida a la tostada.

La puerta se abrió de repente, y un empapado Hokama-san irrumpió en la sala.

—¡Al fin recordé el maldito número de la cerradura! —maldijo el hombre entre dientes.

—Realmente tengo que cambiarlo —susurró Kenji.

Al verlo, su agente corrió hacia él, lo abrazó de la cintura y cayó al suelo sobre sus rodillas.

—¡Maldito seas, Kenji! Mira cómo me tienes, ¡estoy desesperado! —rogaba el hombre, sacudiéndolo—. ¡Tienes que terminar esa puta novela o la editorial va a colgarme!

—Ya te dije que no puedo, Hokama-san. Simplemente no puedo, estoy bloqueado.

—¡A la mierda el bloqueo! —estalló—. Te digo una cosa: si me hundo, te llevo conmigo. —Recién en ese momento, Hokama-san notó a Aritoki, observando la escena desde la cocina. Se puso de pie, algo avergonzado—. Oh, no sabía que tenías compañía. Buenos días...ah, no recuerdo su nombre...

—Ari...—Estaba por responder Kenji, cuando fue interrumpido por Aritoki.

—Hirokata. Hirokata Enomoto.

—¡Cierto! —sonrió Hokama, y le dedicó una reverencia.

Al oír ese nombre, Kenji sintió una explosión de luz brillando dentro de su cabeza. Ese glorioso momento de inspiración cuando cada pieza encajaba en su lugar y, durante unos breves segundos, todo tenía sentido en el universo.

—Eso es...—pensó en voz alta, y luego repitió, eufórico—. ¡Eso es! —Su corazón galopaba fuerte, como a punto de reventar, y el entusiasmo le hacía hervir la sangre, mezclado con alegría y esperanza. Miró a Aritoki—. ¡Lo tengo! ¡Ya he resuelto el problema!

Aritoki no parecía entenderlo, y alzó sus cejas, curioso. Kenji giró el cuello y volvió a enfrentarlo a su agente: ya habría tiempo después para explicarle todo a Aritoki.

—He tenido una idea brillante, Hokama-san —le explicó, guiándolo hacia el escritorio donde tenía su laptop—. Ya sé cómo resolver el nudo de la novela.

—¿De veras? —Los ojos del hombre resplandecieron con ilusión.

—Sí, ¿qué te parece si agregamos un segundo arco? La primera mitad de la novela será un romance histórico, donde vemos enamorarse a los dos samuráis, Aritoki y Gennosuke. Pero la homosexualidad es un tabú en esa época y los amantes se suicidan haciéndose el harakiri.

—Sabes muy bien que la editorial te pidió un final feliz.

—La segunda mitad de la novela —continuó Kenji, ignorándolo—, es un romance contemporáneo, donde vemos a las reencarnaciones de Aritoki y Gennosuke reencontrarse a través del tiempo y siendo finalmente felices en una época más tolerante con las relaciones gay.

Cuando terminó de hablar, con el rabillo del ojo Kenji buscó a Aritoki, quien soltó una risita cómplice.

—¡Me encanta, son como dos historias en una! —festejó Hokama-san, sentado a su lado en el escritorio—. ¿Eso se te ha ocurrido recién? —Kenji asintió con la cabeza y el hombre se precipitó para besarle la frente con un sonoro beso—. ¡Te amo, geniecito demente! ¡Sabía que no ibas a decepcionarme!

—¡Basta, basta! —Kenji lo apartó, disgustado.

—¡Muy bien! —aplaudió, Hokama-san—. Pero, en lugar de dividir la novela en dos, mejor alternar capítulos de la trama antigua con la trama moderna. Creo que será más dinámico para el lector.

—Como quieras. —Kenji se encogió de hombros.

—¿Cuándo puedes tenerla lista?

—Tres meses.

—Uno.

—Dos. —Kenji miró de reojo a Aritoki—. Terminaré más rápido con la ayuda de mi consultor.

—Será un placer —dijo Aritoki, y le dio un sorbo a su té.

23 de marzo, 13:45.

Después de pasar toda la tarde discutiendo detalles del manuscrito, Kenji acompañó a Hokama-san a la puerta. Cuando lo despidió, el agente estaba afónico, incluso Aritoki tuvo que echarle unas gotas de miel a su té en medio de la reunión.

La lluvia había cesado, y Kenji se dejó caer triunfante sobre la silla de su escritorio.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos? —le preguntó Aritoki una vez que estuvieron solos.

—Descubrí cómo revertir la maldición. —Kenji cruzó los dedos detrás de su cabeza, y estiró la espalda, orgulloso.

—¿Escribiendo nuestra historia?

—Exacto. Verás, hace cientos de años, los monjes intercambiaron a Gennosuke por Aritoki. El tiempo se detuvo para Aritoki, haciéndolo inmortal, pero siguió adelante para Gennosuke, cuyo cuerpo ya había muerto. Ahora vamos a hacer otro intercambio: Aritoki por Hirokata. Aritoki, el samurái, vivirá para siempre en las páginas del libro, y Hirokata se convertirá en un hombre mortal de veinticinco años.

Mientras lo escuchaba, Aritoki esbozó una sonrisa.

—El tiempo se detendrá para Aritoki dentro del libro, y seguirá adelante para Hirokata fuera de él.

Kenji asintió.

—Deberás abandonar tu identidad de Aritoki, y vivir como Hirokata Enomoto por el resto de tus días.

—Puedo hacerlo. —Aritoki se sentó a su lado—. Si tú estás conmigo.

—Tal vez es una locura sin sentido...

—No lo es —lo interrumpió Aritoki—. Aritoki se convertirá en inmortal dentro de tu novela para que Hirokata pueda ser mortal. Solo que esta vez, en lugar de encantamientos, la magia será la escritura. —Su sonrisa se hizo más amplia y besó los labios de Kenji—. Sabía que había una razón para que mi Genno reencarnara en un escritor. Antes, eran los dioses quienes le daban sentido y significado al mundo. Hoy ya no se cree en dioses, y tal vez nunca hayan existido, pero sigue habiendo escritores. Son ellos quienes crean mundos de la nada, y es la narración lo que les da a los humanos ese significado que tanto anhelan.

Kenji tragó saliva, batallando contra unas sutiles lágrimas que nacían en sus ojos.

—¿Crees que funcione? —preguntó con un hilo de voz.

La sonrisa de Aritoki lo reconfortó.

—Yo creo que sí. Cuando escribas mi historia, quiero decir... la historia de Aritoki, estarás

reconociendo su existencia. El nexo entre presente y futuro se ha detenido para Aritoki porque no existe quien lo recuerde. Una vez que tú crees a Aritoki, podrás destruirlo. Y yo, Hirokata, seré libre. —Al ver la duda en la mirada de Kenji, volvió a besarlo, sosteniéndole las mejillas con ternura—. Mira, ¿qué perdemos con intentarlo?

—Nada. —Kenji sonrió entre lágrimas—. Absolutamente nada.

CAPÍTULO DIECISIETE

16 de marzo, 14:45.

El año siguiente la floración se había adelantado. La gélida caricia del invierno le acariciaba los pómulos al caminar por el parque Yoyogi, sin embargo, el sol resplandecía como si ya fuera primavera. Las copas de los árboles estaban tupidas con pimpollos de cerezo en flor, de un rosado furioso y rebosante de vida y esplendor. Kenji se perdió en ellos durante un momento, caminando sin abrir los párpados, y dejando que ese perfume suave lo embriagara. El tiempo se detuvo, y él recordó que estaba vivo. Cuando abrió los ojos se sintió inmensamente afortunado. A su lado, Hirokata le sonrió. Vestía su sobretodo negro y lleva a una taza de café en la mano derecha. Con la izquierda, lo cogió a Kenji de la mano, entrelazando sus dedos.

—En público no —refunfuñó Kenji, y cogió su propia taza de café con las dos manos para darle un sorbo y ocultar su bochorno.

Hirokata soltó una risita.

—¿Nos sentamos aquí? —ofreció al encontrar un banco vacío en medio del parque, cerca del lago.

Kenji asintió y los dos tomaron asiento.

De nuevo, él perdió la noción del tiempo. Los cerezos en flor pintaban una escena de ensueño, y sumado al clima frío y el sabor a avellanas de su café, Kenji se sintió feliz. Pronto giró la vista hacia el rostro de Hirokata. Él también era perfecto, tal vez más que los cerezos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hirokata, le devolvió una mirada cargada de afecto.

—Te están saliendo canas. —Kenji le señaló unos cabellos plateados en su sien.

—¿De veras? —festejó Hirokata, buscándose los mechones con los dedos—. Eso es genial, significa que estoy envejeciendo.

—Solo tú te pones feliz con algo así. —Kenji bebió más café—. Eso también significa que vas a morir.

Hirokata volvió a reír y se encogió de hombros.

—Algún día. Como tú, como todos. A ti te gusta Poe, ¿recuerdas su poema “El gusano conquistador”?

—¿No te da miedo, no hubieras preferido seguir siendo inmortal?

Hirokata sacudió la cabeza, y luego miró de nuevo hacia las copas de los cerezos.

—Antes creía que los cerezos eran aburridos...todos los años florecían igual, ¿qué gracia

tenían? Pero ahora, ahora puedo verlo. Esos monjes tenían razón: los hombres valoran las cosas cuando las pierden. Se que algún día no estaré vivo para verlos florecer, por eso ahora cada floración es diferente, hermosa a su manera única. —Miró de nuevo a Kenji—. Me siento afortunado de poder contemplar los cerezos a tu lado de nuevo, de poder compartir los años que me queden contigo. No importa cuántos sean. ¿Qué es la vida si no eso, compartirla con quién amas? —Hirokata entrelazó sus dedos con los de Kenji, y esta vez él no lo rechazó—. Gracias, Kenji, me has devuelto el ahora. Cada minuto, cada momento es precioso.

Kenji sintió un nudo en la garganta, y lo único que pudo hacer fue apretar los dedos de Hirokata, que se sentían calientes a pesar del frío. Pero tuvo que separarlos cuando el teléfono empezó a sonar.

—Uff, es Hokama-san jodiendo otra vez —farfulló Kenji luego de mirar la pantalla, y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su chaqueta de corderoy—. “Cuando florezca el cerezo” hoy ya lleva treinta semanas consecutivas en el puesto número uno de los más vendidos en Romántica.

—¡Eso es genial! —sonrió Hirokata—. Estoy orgulloso de ti.

—Es genial, ¿sabes por qué? ¡Porque al fin soy libre! Puedo regresar a escribir terror y no más cursilerías románticas. —Kenji soltó una risa impostada.

Hirokata río y le dio otro sorbo a su café.

—¿Ya tienes una idea para tu próxima novela?

—¡La tengo! Va a ser de zombis...ya sé que me van a acusar de ser monotemático, pero yo escribo lo que a mí se me antoja. —Acortó la distancia entre él y Hirokata y le cuchicheó—. Escucha esto: zombis en un parque acuático durante un fin de semana largo.

—Pero ¿qué produce la epidemia? —Hirokata preguntó, serio.

—No lo tengo muy en claro todavía. —Kenji buscó su libreta de cuero en el bolsillo—. Algún tipo de virus que se transmite por aire.

—¿Y por agua no? —agregó Hirokata—. Porque estoy pensando en...

¡Tiburones zombis! exclamaron los dos al unísono.

—Dios mío, eso es brillante. —Kenji escribía en su libreta a toda velocidad: su mente iba más rápido que sus dedos. Escuchó de nuevo la risita de Hirokata y alzó la mirada hacia él—. Regresemos. Ya estuve fuera de casa mucho tiempo, y quiero empezar a escribir hoy mismo. Además, Edogawa Rampo debe tener hambre.

—Como usted guste, señor escritor —respondió Hirokata, y se puso de pie.

Rumbo a casa, el viento barría algunos pétalos de cerezo perdidos en el pavimento. Kenji cogió la mano de Hirokata mientras caminaban, y no le importó si alguien los miraba.

16 de marzo, 17:23.

Estaba anocheciendo, y a través de los paneles traslúcidos del techo los últimos rayos de sol inundaban de una luz nacarada la sala de estar. Como había refrescado, decidieron dejar entrar a Edogawa Rampo, y el ave se paseaba frente a la biblioteca con sus largas zancas. La cafetera emitía un suave traqueto, y pronto el aroma a café acarició la nariz de Kenji, sentado al escritorio frente a su laptop.

Hirokata le trajo una taza de Marfil negro y se sentó a su lado. Kenji le sonrió al coger la taza.

—¿Sabes? —dijo Hirokata, pensativo—. Has hecho por mí lo mejor que una persona puede hacer por otra.

—Oh, ¿y qué es eso? —Kenji le dio un sorbo al café.

Hirokata se sentó a su lado, el aroma que despedía su cuello debajo del grueso sweater de lana era una exquisita mezcla de cerezos.

—Has escrito mi historia. Supongo que es lo máximo a lo que podemos aspirar los seres humanos: que alguien recuerde nuestra historia y crea que vale la pena contarla.

Kenji no pudo evitar encogerse hombros. Hirokata lo abrazó contra su pecho y se perdieron largos momentos aquel abrazo cálido.

—Vamos, señor consultor. —Kenji se enderezó—. Es hora de ponernos a escribir sobre esos tiburones zombis.

La noche los encontró intercambiando ideas y risotadas. Kenji, más entusiasmado que nunca, alternaba su atención entre las notas de su libreta y lo que bosquejaba en su laptop con dedos ansiosos. Perdido en la euforia de su propia inspiración, en ese glorioso momento cuando las ideas eran tan vividas que hasta se sentían tangibles, se dio cuenta de que Hirokata lo estaba observando con una mirada aterciopelada.

—¿Por qué me miras así? —murmuró, casi tímido.

—Cuando estás entusiasmado eres todavía más hermoso.

Abrumado por las emociones que explotaban en su pecho, Kenji sonrió y bajó la vista, pero luego tomó impulso para coger a Hirokata del sweater y besarlo con fuerza.

Fin.

Hola, y muchas gracias por leer mi novela. Ojalá la hayas disfrutado. Para estar al tanto de mis próximos lanzamientos puedes seguirme en Amazon o suscribirte a mi newsletter [aquí](#)

(Al suscribirte recibes un regalito: un cuento ambientado en el universo de El chico del pañuelo morado)

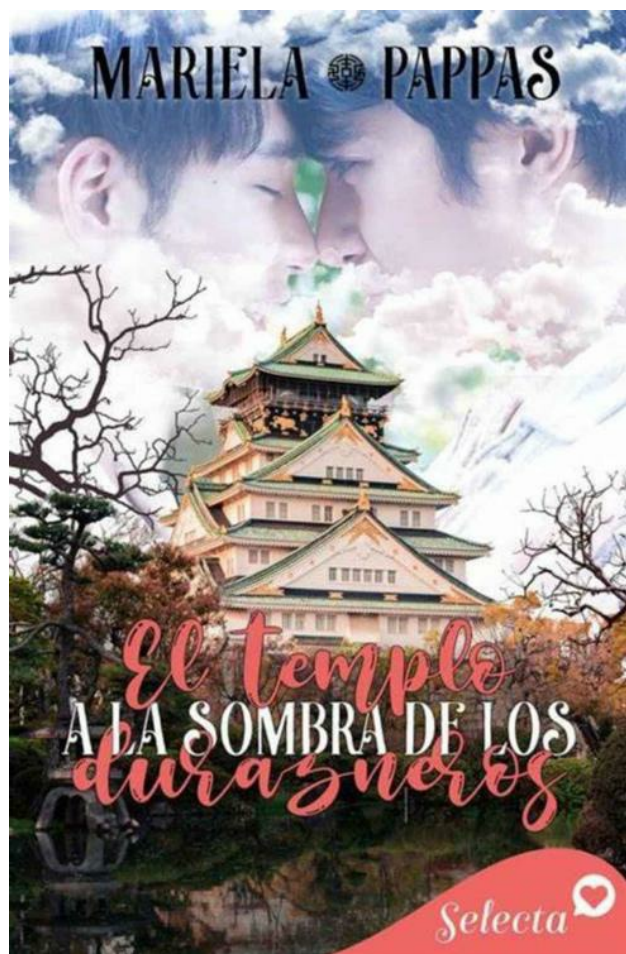
¡Nos vemos la próxima!

OTROS TÍTULOS:

¿Ya leíste mi primera novela?

El templo a la sombra de los durazneros

Una historia Enemies to lovers, ambientada en el Japón feudal y con elementos sobrenaturales. ¡Y por supuesto, Boy's Love!



Un templo embrujado.
Un aprendiz de samurái y un
joven noble coreano.
Un amor inesperado.

Sinopsis:

—¡Mortales! —exclamó, con los ojos dorados entrecerrados—. ¿Por qué cuando desean algo actúan como si no lo desearan?

Japón, 1643. Al aprendiz de samurái Aori Ryotaro le asignan entretener a Park Song-Ho, el hijo de un noble coreano, durante una visita diplomática. Las personalidades de ambos muchachos chocan al instante; Ryotaro es testarudo e impulsivo, y Song-Ho, además de frío y altanero, posee una belleza andrógina que despierta la pasión tanto en hombres como mujeres cuando recita poesía o danza con su abanico. También despierta una extraña sensación nueva en Ryotaro cada vez que mira esos almendrados ojos negros.

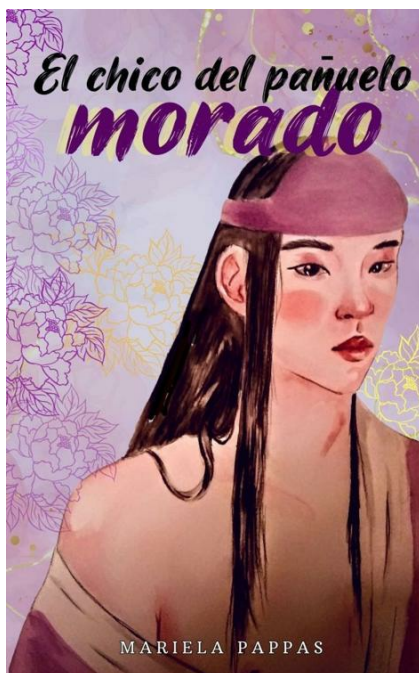
Cuando Ryotaro se entera que Song-Ho sueña con ser escritor, le ofrece una visita guiada a un viejo templo embrujado. Pero lejos de asustarse, Song-Ho se encuentra fascinado por los fantasmas que allí habitan. Y por Ryotaro. Los paseos por el bosque encantado se repiten y, a la sombra de los durazneros, Song-Ho y Ryotaro se enamoran. Sin embargo, Ryotaro está obligado, según las costumbres de los samuráis, a convertirse en el amante de su maestro, el Capitán Sakuma. Y el padre de Song-Ho ya lo ha comprometido, en contra de su voluntad, con una noble coreana.

A pesar de provenir de dos culturas diferentes, los dos muchachos deben elegir el honor por encima de su amor, pero eso es imposible cuando Ryotaro y Song-Ho han encontrado, el uno en el otro, el único lugar donde pueden ser ellos mismos. Porque seguir viviendo el uno sin el otro significaría morir en vida. Existir, pero no vivir, al igual que los fantasmas que habitan en el templo a la sombra de los durazneros.

Disponible en Ebook y Tapa blanda.

[Consíguela aquí](#)

EL CHICO DEL PAÑUELO MORADO



Sinopsis:

Una noche, el samurái Shogo Okuma contrata los servicios de Haruki, un androide diseñado para el trabajo sexual.

Lo que iba a ser algo de una vez se convierte en una obsesión para Shogo, quien cada vez necesita más de ese muchacho de delicados labios y profundos ojos negros. El samurái se repite una y otra vez que Haruki no es humano, que es un artificial creado para cumplir los deseos de sus clientes. Que no siente placer ni es capaz de enamorarse.

Ambos tienen en común que sus vidas se basan en obedecer.

Aunque tal vez, juntos, Shogo y Haruki intenten desafiar eso.

CAPÍTULO DE REGALO:

—Sabía que regresaría, señor. —Haruki se llevó la taza de porcelana a los labios con un movimiento tan lento como seductor. Sus gruesas pestañas se batieron al mirarlo.

Shogo también bebió, con la esperanza de disipar la vergüenza. Había vuelto a romper la promesa que se había hecho a sí mismo. Después de varias noches de insomnio en las barracas de la fortaleza Kigomiya, de despertarse agitado y cubierto de sudor con el nombre del kagama en la garganta, se vio obligado a concertar una segunda cita en la casa de té. Otra vez había conducido su motocicleta por las ajetreadas calles del barrio rojo, abriéndose paso entre las geishas artificiales, los palanquines y los automóviles. Las parpadeantes luces de los rascacielos nunca cesaban, y él mantenía el rostro oculto bajo el casco con la luna llena en la frente.

El mismo hombre regordete de la recepción le dio la bienvenida con una sonrisa socarrona, y le descontó otros veinticinco millones de su estipendio antes de guiarlo escaleras arriba.

Y ahora Shogo no soportaba mirar el rostro de Haruki sentado bajo el almendro artificial luciendo tan hermoso como siempre. El samurái apartó la vista hacia un rincón, y encontró apiladas con descuido varias cajas que en algún momento habían estado atadas con lazos. Pudo divisar pliegues de satén y seda en el interior de algunas, así como envoltorios de bombones y frascos de perfume.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso.

—Oh, ¿eso? —Haruki volteó el cuello con desdén—. Son regalos de mis tantos admiradores.

—¿Además de pagarte te hacen regalos? —De pronto Shogo sintió una punzada por visitarlo (ya dos veces) con las manos vacías. Aquel submundo poseía una serie de reglas que él desconocía, y eso lo hacía sentirse todavía más torpe.

—Nadie me paga. —Se encogió de hombros—. Yo no veo un centavo de lo que recibe la casa de té. De todas maneras, no soy humano. No necesito dinero para subsistir. —Haruki sonrió antes de servirle más té—. Yo no pido nada, ellos tan solo me colman de regalos.

—A mí también me han ofrecido un regalo ayer. —Shogo se quedó pensativo unos instantes. —Ha sido mi señor. No lo acepté.

—¿Por qué no?

—No lo merecía.

—Entonces su señor no se lo hubiera ofrecido. —Haruki notó que su taza estaba vacía y le sirvió más—. Tal vez nuestros trabajos no sean tan diferentes después de todo. —Shogo pensó que el kagama acababa de decir una gran verdad—. De todas maneras, confieso que me gusta el sabor del chocolate, aunque no necesito alimento. Lo que más me gusta recibir son cartas de

amor. No hay nada como leer la apasionada carta de un amante, y después tirarla a la basura.

—Eres cruel —murmuró Shogo.

—Debo serlo. —Haruki se abanicó con la pantalla de lavandas—. Crueldad y belleza siempre vienen juntas.

El samurái admiró al chico sentado junto a él a la mesa de té. Deleitó sus ojos por la curva de su cuello pálido y los atisbos de carne que se podían apreciar por entre las solapas del kimono morado. Los pequeños pies blancos asomaban de entre los faldones, descansando con placidez en el suelo de madera, peligrosamente cerca de su rodilla. Su vista volvió a subir hasta el rostro varonil y aniñado, que le devolvía la mirada con dos profundos ojos negros y húmedos, tan húmedos como los labios nacarados. El flequillo le caía desordenado a ambos lados de la frente, enredándose caprichosamente en las pestañas. Y la sonrisa de Haruki fue tan amplia que las rodillas de Shogo temblaron. Pero en ese momento también reparó en que las mejillas de Haruki estaban sonrojadas, de un irresistible tono rosado, y en que una suave capa de sudor acariciaba su nuez.

—Atendiste a otro cliente antes que a mí. —Shogo pensó en voz alta.

Le pareció que había desarmado a Haruki durante un segundo. Pero pronto el kagama volvió a sonreír.

—Sí —confesó mientras cogía la tetera con dedos delicados y servía más té—. Y atenderé a otro después de que usted se vaya. —Clavó sus ojos en Shogo—. Mi señor, ¿saberlo lo pone celoso o lo excita?

—Ninguna de las dos —sentenció antes de beber—. No me hace sentir nada.

—Los humanos mienten muy mal. —Una risita tintineante, y Haruki se abanicó con más ímpetu, los largos mechones azabache de su cabello se ondearon como peonías al viento.

Esa provocación de Haruki despertó un incendio en el pecho de Shogo, y sintió unos deseos rabiosos de vengarse.

—Con tu cliente, ¿has tenido un orgasmo?

Haruki cesó de abanicarse y contuvo el aliento, sin separar sus ojos de los de Shogo. Era la primera vez que Shogo lo veía tan serio.

—¿Qué quiere oír, mi señor?

—La verdad.

—Ningún hombre viene aquí por la verdad. —Volvió a reír.

—Yo sí —aseveró, y guio sus manos hacia el obi del otro.

Intentó con torpeza desatarle el nudo que llevaba al frente, no tenía idea de cómo hacerlo. Su respiración se agitó y sus dedos se enredaron en los cordones turquesa. Haruki acudió al rescate con sus dedos delicados.

—Dijo usted que había estado con mujeres, pero mi señor no sabe desatar un obi —se mofó

Haruki, desatando los cordones y apartando el cinturón a un lado.

Shogo refunfuñó y, cuando Haruki se abrió el kimono y reveló su piel desnuda resplandeciendo bajo los reflejos de neón que se filtraban por el ventanal, soltó un suspiro quedo. El chico se dejó caer de espaldas, la blancura de su torso y sus muslos enmarcados por los caprichosos pliegues morados de su kimono. Con los párpados y labios entrecerrados se rendía a la mirada de Shogo, y de tanto en tanto suspiraba como si pudiera sentir sus ojos sobre la piel. El samurái se inclinó un poco hacia adelante para disfrutarlo mejor, y sintió su corazón golpear fuerte contra sus costillas al admirar tanta belleza etérea. La forma en que el pecho subía y bajaba con lentitud al respirar lo estaba hipnotizando, y sintió las molestas punzadas creciendo entre sus piernas, envueltas en un calor insoportable. Shogo siguió estudiando al kagama en silencio, perdiéndose en la cremosidad de sus muslos, desesperado por deslizar las yemas sobre ellos. Observándolo más de cerca, encontró el rubor de ese encantador tono rosado desparpillado en el esternón y debajo del ombligo. Shogo se acercó todavía más, y notó que la piel de Haruki se cubría de escalofríos, los hermosos vellos negros erizándose entre suspiros.

—Mi señor —dijo a modo de súplica—, dígame qué quiere.

El miedo se anudó más fuerte en su garganta: no encontraba la respuesta a esa pregunta. Todavía no comprendía qué lo había arrastrado de nuevo a aquella casa de té, en contra de todos los valores que un samurái debía honrar. Pero allí estaba, absorbiendo la majestuosa desnudez de Haruki y sintiendo que iba a perder la cordura en el próximo segundo.

—No lo sé... —murmuró—. Podría pasar toda la hora mirándote.

—Eso sería aburrido —rio.

—No para mí.

Ante la risa de Haruki, Shogo sintió su dureza, una necesidad primitiva de poseer al chico. Pero aun así se contuvo, no lo tocaría, no por ahora, y continuó sus caricias usando nada más que sus ojos. Durante unos largos momentos, lo único que llenó la habitación fue la lenta respiración de Haruki.

—¿Disfrutas tener sexo con humanos? —Shogo rompió el silencio.

—Es mi trabajo —respondió en tono monótono—, es para lo que me crearon. Me programaron para hacerlos disfrutar a ustedes, no al revés.

—Sí, pero... antes dijiste que, aunque no necesitas alimentarte para vivir, te gustaba el chocolate. Y la primera vez que estuve aquí, me dijiste que los almendros son tu flor favorita.

Sin decir una palabra, Haruki le buscó la mirada una vez más. Shogo se perdió en el abismo de esos ojos tan negros y tan humanos. Se forzó a recordarse que el chico no era más que un sintético.

—Otra vez —sonrió el kagama— mi señor ha dejado pasar media hora hablando.

—Tengo un pedido. —Shogo se aclaró la garganta, abochornado por sus próximas palabras

—. ¿Podrías... podrías hacer lo mismo que hice yo la vez anterior?

—¿Mi señor quiere mirar cómo me masturbo?

Nervioso, Shogo asintió, y en secreto agradeció que el chico no usara un lenguaje más grosero. Vio que una sonrisa algo malvada despertaba en los labios húmedos de Haruki, y que envolvía con delicadeza su propio miembro entre los dedos. Mantuvo un ritmo lánguido y perezoso hasta endurecerse.

—¿Así? —ronroneó Haruki, sin interrumpirse—. ¿O quiere que use algo?

—¿Usar qué?

El kagama se detuvo y se incorporó apenas. Abrió una puerta en la pared, y la inmensa variedad de artefactos sexuales hizo que Shogo apartara la vista.

—Por favor —ofreció Haruki—, elija uno.

—Elige tú —respondió sin mirar. El miembro le ardía de frustración. Y cuando tuvo el coraje de volver a mirar, Haruki sostenía en la mano derecha un falo de cristal, donde varias esferas se apilaban de menor a mayor grosor.

—Este es mi favorito —le guiñó el ojo y acarició el juguete con dedos soeces y afectuosos.

Con una mezcla de fascinación y sufrimiento, Shogo observó cómo se preparaba Haruki. La anticipación le provocaba dolor entre las piernas, un dolor cada vez más insoportable, pero Shogo se olvidó de sí mismo y se volcó por completo al espectáculo del chico abriendo las piernas delante de él y enterrándose despacio en aquel juguete de cristal. Un sonido que escapó de la garganta de Haruki le despertó un relámpago en la espina dorsal.

—Ojalá fuera Shogo-san dentro de mí —se quejó Haruki, y abrió solo un ojo para mirarlo—. Aunque mi intuición me dice que mi señor disfruta el sufrimiento.

Shogo se encontró jadeando, esforzándose por no pestañar, no quería perderse ni un instante de ese espectáculo. Haruki, los brazos arqueados detrás de su espalda, sostenía el peso de su cuerpo en la planta de sus pies y en las palmas de sus manos, y usaba sus caderas para subir y bajar, hundiéndose cada vez con más ahínco en aquel juguete adherido al piso. Los gemidos marearon a Shogo.

—No finjas —lo regañó el samurái—. Me daré cuenta.

—Oh, jamás se daría cuenta —Haruki se mordió los labios, como descubierto en plena travesura, y continuó moviéndose. Los gemidos escandalosos fueron reemplazados por el silencio, apenas perforado de tanto en tanto por un grave y profundo suspiro. Y aunque más sutil, ese sonido fue mil veces más poderoso, cada vez.

—¿Te gusta? —preguntó Shogo, apenas capaz de respirar.

Haruki sonrió mostrando los dientes y asintió, sin abrir los párpados ni detener sus briosos movimientos.

—¿Quiere saber algo? —dijo entrecortado—. Desde que me dijeron que vendría a visitarme,

no he dejado de pensar en mi señor. No sé por qué. Antes me preguntó si había tenido un orgasmo con mi cliente anterior, y sí, lo hice. No es algo común, ocurrió porque yo no dejaba de imaginar que era mi señor quien estaba dentro de mí. —Las últimas palabras salieron con dificultad, como si sufriera al pronunciarlas. Con un movimiento súbito y violento, el artefacto estuvo enterrado en toda su totalidad, y el chico echó la cabeza hacia atrás para liberar un lamento agudo y pornográfico.

Te está mintiendo, se dijo Shogo, te está diciendo exactamente lo que tú quieres oír. Ese es su trabajo, para eso lo programaron. Pero, aun así, él no podía apartar la vista del kagama abusando de sí mismo, del encantador círculo que formaban sus labios al gemir su “mi señor”, y de cómo su nivea piel se sonrojaba por el placer. Haruki envolvió su miembro con la mano derecha, castigándolo al mismo tiempo que el artefacto de cristal desaparecía en su interior. Cada movimiento y cada sonido poseían algo animalístico y genuino, algo que le hacía creer a Shogo que Haruki realmente estaba gozando.

—Mi señor —suplicó el kagama con un hilo de voz—, ¿puedo acabar? N-no puedo aguantar más.

Al samurái se le escapó una exhalación antes de asentir. Su miembro dolía ansioso, pero no le importaba, solo le importaba ver disfrutar al muchacho. Se olvidó de sí mismo mientras veía a Haruki eyacular entre lamentos deliciosos, sus fluidos empapándole el propio pecho y el estómago, los muslos le temblaban.

El silencio pronto ganó la habitación, y la felicidad se apoderó de Shogo al ver a Haruki sonriente y satisfecho, tumbado entre la tela arrugada de su kimono morado.

—Eso fue divertido —Haruki respiraba agitado. Volteó la cara para mirarlo, sus mejillas estaban teñidas de un adorable carmín que lo hacía todavía más irresistible—. La próxima, si mi señor quiere, puedo usar dos.

A Shogo una agitación lo sacudió por dentro: había algo aterrador en ese muchacho.

—Me voy, ya es mi hora —dijo. Y al ponerse de pie, el dolor por su erección se intensificó todavía más.

—Quedan ocho minutos —lo corrigió Haruki después de voltear el cuello hacia el dispositivo en la pared—, y mi señor aún no se ha aliviado. —El kagama estiró el brazo para acariciarlo, pero Shogo lo evitó.

—No importa. Estoy bien. Gracias.

Hizo otra estúpida reverencia y caminó hacia la puerta. Oyó que Haruki le decía algo, pero no entendió bien qué. Lo único que le importaba a Shogo en ese momento era huir. Huir de la belleza de Haruki.

Una vez en la acera, se cubrió la cabeza con el casco y puso en marcha su motocicleta. Dejaba la casa de té atrás, y el semblante pacífico y feliz de Haruki no lo abandonaba. Shogo se odió a sí

mismo cuando durante el primer semáforo rojo buscó el dispositivo móvil de su chaqueta y envió un mensaje al emisario de Kigomiya:

—Mi señor, ¿su oferta sigue en pie?

[Consíguelo aquí](#)

SOBRE LA AUTORA:

Mariela Pappas es una escritora de fantasía, romance y Boy's Love de Buenos Aires, Argentina. Estudió Bellas Artes y en el 2019 finalizó su diplomatura en estudios Nikkei en el Centro Nipón Argentino y actualmente está terminando la carrera de Historia del Arte.

En 2018 ganó el premio Toshiba Homocrisis por su cuento Meiyo, en 2019 su cuento El festival de las Linternas ganó la convocatoria de Literatura LGBT de Revista Tártarus. Publicó cuentos en antologías nacionales como Omelas (Grupo Pórtico), Lo Ominoso y Buenos Aires Fantástica (Ed. Thelema), e internacionales como American Monsters (Fox Spirit Books) y Monstruosas (Ed. Tinta Púrpura).

En el año 2021 Penguin Random House publicó su primera novela, “El templo a la sombra de los durazneros”, un romance gay con toques sobrenaturales ambientado en el Japón feudal. Actualmente combina publicar sus novelas con editoriales tradicionales con la auto publicación en Amazon a través de su sello Crisantemo dorado Boy's Love.

Más novedades de sus próximos libros en su sitio www.marielapappas.com



marielapappas_escritora

[Newsletter](#)

-
- [1] Protagonista de la novela Psicosis de Robert Bloch llevada al cine por Alfred Hitchcock.
 - [2] Villana de la novela y película Alguien voló sobre el nido del cuco.
 - [3] Número de emergencias en Japón.
 - [4] Villana de la novela “Misery” de Stephen King.
 - [5] Técnica de esgrima japonesa que involucra clavar la espalda en la garganta del oponente.
 - [6] Cuando un muchacho llegaba a la mayoría de edad se afeitaba el frente de su cabeza. El flequillo largo simbolizaba un rol sexual pasivo, así como la disponibilidad para aceptar un amante.
 - [7] Pantalón de piernas anchas que usaban los samuráis.